Sirviendo

El servicio cristiano, la batalla espiritual, los conflictos, etc., son elementos que se combinan permanentemente en nuestra experiencia diaria desde que hemos dispuesto nuestro corazón para servir al Dios vivo y verdadero.

Sobre el particular, T. Austin-Sparks nos dice: "Tarde o temprano, cuando llegamos a las manos del Señor, cualesquiera que sean nuestras expectativas, llegamos al punto en que descubrimos que el servicio del Señor nos prueba en la esencia misma de nuestro ser, y el punto de apoyo es, sobre todo, si estamos obteniendo alguna gratificación, placer o satisfacción personal en esto, o si tenemos tal devoción al Señor que somos hallados en Su servicio y plenamente en ello, sólo porque es para Él, para Su placer, para Su satisfacción, por lo que Él es y por Sus misericordias. Dios nos pone totalmente en estrecho en aquella cuestión".

En la presente edición abordamos algunos aspectos muy útiles a la hora de enfrentar nuestra vida de servicio en la casa de Dios. Agradecidos de poder contar con las enseñanzas del hermano Romeu Bornelli, obrero brasileño que visitó las iglesias en Chile en dos ocasiones durante el año 2010 y cuyo ministerio fue de mucha bendición a todos los santos.

Rogamos al Señor, una vez más, que estas palabras sean de aliento y confirmación para todos los hermanos.

INDICE

TEMA DE PORTADA

3 **EL SERVICIO EN LA CASA DE DIOS** / Romeu Bornelli

22 **LAS RESTRICCIONES DE CRISTO** / Gonzalo Sepúlveda

29 **LA BATALLA CONTRA EL ENEMIGO** / Rodrigo Abarca

46 **¿PUEDE EL HOMBRE VIVIR LA VIDA CRISTIANA?** / Roberto Sáez

57 **SUS JUICIOS SON VERDADEROS Y JUSTOS** / Rubén Chacón

LEGADO

65 **EL SERVICIO AL SEÑOR** / T. Austin-Sparks

REFLEXION

75 **EN EL CAMINO** / Alexander McLaren

ESTUDIO BIBLICO

76 **VIENDO A CRISTO COMO EL HEREDERO DE TODAS LAS COSAS** Stephen Kaung

VIDA CRISTIANA

91 **EL BAUTISMO** / Watchman Nee

FAMILIA

95 **EL AMOR DESPUES DEL AMOR** / Marcelo Díaz

DESDE LA CIENCIA

100 **UN DESAFIO A LA CIENCIA** / Ricardo Bravo

TESTIMONIO

108 **DIOS CONOCE NUESTRO NUMERO TELEFONICO** / Ken Gaub

PAGINA DEL LECTOR

112 **CARTAS**

AGUAS VIVAS · UNA REVISTA PARA TODO EL CUERPO DE CRISTO · **Nº 63**

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda. **DISEÑO:** Mario Contreras.
IMPRESA EN CHILE EN DICIEMBRE DE 2010.

La segunda Epístola a los Corintios es un verdadero «manual de servicio» para quienes han sido llama-

El servicio en la casa de Dios

Lecturas: Efesios 3:2; 1ª Corintios 4:1-2, 9:17; 1ª Pedro 4:10.

Romeu Bornelli

Noten ustedes cuántas veces la palabra *administración* o *administradores* aparece en estos textos. El Señor nos ha confiado algo relacionado con su dispensación. La palabra que Pablo usa en Efesios 3:2 habla de una economía, algo que Dios nos confió, tan precioso, porque toca aquello que está y estuvo eternamente en su corazón,

y entonces nos fue dispensado. Y se requiere de los administradores que cada uno sea hallado fiel.

Cuando Pablo escribe a Timoteo, él coloca una cadena de cuatro eslabones. Él le dice: «*Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros*» (2ª Tim. 2:2). *Pablo* es el primer eslabón, *Timoteo* es el segundo eslabón, *hombres fieles* e *idóneos* son el tercer eslabón, y *otros* es el cuarto eslabón. Entonces se ve la transmisión de la palabra en este versículo. Ahora, el tercer eslabón, hombres fieles e idóneos, nos habla de una cualidad de carácter.

Como hablamos durante estos días, nuestro problema no es la vida. Nosotros ya tenemos vida. Cristo nos dio vida; pero cuando a la vida se asocia la disciplina, entonces tenemos el carácter. Es difícil hacer una ecuación de la vida espiritual, pero esta, sin duda, es una ecuación significativa: Vida + disciplina = carácter. Por eso estamos en la escuela de Cristo, para ser discipulados o disciplinados. Él dice: «*…aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas*» (Mat. 11:29).

Nuestro discipulado es un discipulado a Cristo. Nosotros no formamos discípulos los unos de los otros; no atraemos discípulos a nosotros mismos. En este sentido nuestro ministerio es como el de Juan el Bautista. Cuanto más él predicaba, menos discípulos tenía, porque apuntaba hacia el Cordero de Dios. Este fue el privilegio de Juan el Bautista. Cuando el Señor Jesús pasó cerca de Juan el Bautista, este extendió su dedo y dijo: «*He aquí el Cordero de Dios*». Ese fue su privilegio. Él dijo: «Yo no soy el novio, soy el amigo del novio».

Cuando Juan el Bautista dijo: «*He aquí el Cordero de Dios*», respondió con esa frase la mayor pregunta del Antiguo Testamento, la pregunta de Isaac a su padre Abraham. Cuando el Señor pidió a Abraham que llevara a Isaac al monte Moriah, en el camino, Isaac dijo: «*Padre, yo veo el fuego y el cuchillo, pero, ¿dónde está el cordero para el holocausto?*» (Gén. 22). Es la pregunta más grande del Antiguo Testamento.

Dos mil años después, Juan el Bautista da la respuesta: «*He aquí el Cordero de Dios*». Y cuanto más él predicaba, cuanto más presentaba al Cordero, más discípulos del Cordero hacía. Este nuestro ministerio, esta es nuestra función. Si somos idóneos, si somos fieles, no haremos discípulos para nosotros mismos; haremos discípulos del Cordero.

Cuando Pablo escribió la 2º epístola a los Corintios, que procuraremos estudiar hoy, destacó nueve aspectos que hablan de esa idoneidad ministerial; de hombres fieles e idóneos. Pablo fue un ministro idóneo, pues tenía el carácter de Cristo formado en él. Él podía decir: «*De aquí en adelante nadie me cause molestias; porque yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús*» (Gál 6:17). Esa es nuestra necesidad, para que podamos ser mayordomos fieles.

La segunda epístola de Pablo a los Corintios es llamada la autobiografía de Pablo. Sin duda, ella es como un manual de servicio. Si queremos realmente aprender algo sobre el servicio cristiano, 2ª Corintios es absolutamente necesaria. Vamos, entonces, a ver algunos aspectos de esta epístola.

1. Sentencia de muerte

«Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos» (2ª Corintios 1:9).

Esta es la primera marca que debe ser evidente en nuestro servicio al Señor, tal vez la más básica e importante. Si nosotros queremos servir al Señor, necesitamos una sentencia de muerte. ¿No es impresionante esto hermanos? Sentencia de muerte. ¿Para qué? Para que no confiemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos.

Por causa de la dificultad en comprender y vivir esta sentencia de muerte, mucho del servicio a Dios es hecho en la energía de la carne. Y no hay nada más problemático que un servicio a Dios hecho en la energía de la carne, porque, en primer lugar, no produce un verdadero servicio a Dios, y en segundo término, produce un anti-servicio a Dios. Nosotros causamos confusión en la casa de Dios, nos ministramos a nosotros mismos, provocamos partidismos, nos ponemos celosos unos de otros, consideramos a los otros inferiores a nosotros mismos y causamos todo un problema en la casa de Dios, porque no tenemos una sentencia de muerte.

Pero, ¿qué significa sentencia de muerte? Veamos unos versículos más sobre esto.

«…no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica» (2ª Cor. 3:5-6).

Este es un aspecto que nos ayudará a entender esta sentencia de muerte. Intentaremos hacer esto bien práctico. Haremos una aplicación. Todos nosotros tenemos algo del depósito de la revelación de Cristo que nos fue dada. Este depósito es precioso. Pero, ¿sabe cuál es el desafío? Que no confiamos en el depósito, sino que confiamos en que el Espíritu Santo podrá usar este depósito para edificar la iglesia.

Hay una tentación tan grande, a medida que el Señor va haciendo un depósito en nosotros, y es que nosotros confiemos en nuestro depósito, especialmente los jóvenes, llenando nuestra cabeza de conocimientos, estudiando la palabra y estudiando libros. Esto es muy importante, absolutamente necesario. Pero qué tentación tenemos de confiar en nuestro depósito y prestar a Dios un servicio intelectual, un servicio en la energía de la carne.

Más allá del conocimiento por

revelación, más allá del conocimiento a través del estudio, más allá de estar cerca del Señor para aprender de él, aprender por medio de la visión y revelación, necesitamos aprender por el compañerismo con Cristo, por el discipulado a Cristo.

Nosotros tenemos que colocar nuestro cuello en el yugo de Cristo. Si no, seremos inútiles en la casa de Dios. Vamos a ministrar conocimiento, o algo de nosotros mismos, o incluso del depósito que recibimos; pero no tendrá valor espiritual, porque en la casa de Dios, nosotros no podemos ser maestros que enseñan, intelectualmente, la enseñanza en sí misma. La enseñanza en la casa de Dios es una transmisión de Cristo.

Por eso en Juan 6:63, el Señor dice: «*…las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida*». No son doctrina, no son conocimiento, alimento para la mente. El Señor se da a través de su palabra. Ese es el ministerio de la palabra: Cristo mismo siendo dado a nosotros. Mas, para que Cristo sea dado a nosotros, una barrera tiene que ser quebrada en nosotros, una cáscara muy gruesa. Esa cáscara se llama el ego. Entonces Dios usa las circunstancias.

El asunto en 2ª Corintios 1:9, la sentencia de muerte que Pablo presenta aquí, está especialmente ligada con las circunstancias, ya que en el versículo anterior, él habla sobre la naturaleza de la tribulación que les sobrevino en Asia; una tribulación tan grande que ellos se desesperaron de su propia vida. ¿Ven ustedes el discipulado a Cristo? ¿Creen que Pablo sería el siervo que llegó a ser sin ese tipo de trato? Claro que no.

En 2ª Corintios 11 Pablo habla de muchas de sus adversidades: náufrago en el mar muchas veces, en vigilias muchas veces, en ayunos, en peligros, entre personas de su misma patria, entre falsos hermanos. Muchas aflicciones. Y el Señor usó todo eso para producir el carácter de Cristo en Pablo. Él podía decir: «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*» (Gál. 2:20), por causa de la sentencia de muerte.

Esta es la primera marca de nuestro servicio al Señor: sentencia de muerte. A veces pensamos que el Señor tuvo una ganancia tan grande cuando él nos llamó. Nosotros somos siervos tan especiales, tan preparados, conocemos tanto, tuvimos una buena escuela, un buena cuna, nuestros padres ya eran cristianos, nuestros abuelos y bisabuelos ya eran cristianos; somos hijos de Abraham. ¡Cuánto orgullo! El Señor no puede usar nada de eso, a menos que pase por la cruz.

La vida de altar fue la marca de la vida y el servicio de Abraham. Abraham edificó cuatro altares, y eso habla de su sentencia de muerte. El primer altar, en Génesis 12:7, es el altar de la revelación. El Dios de gloria apareció a Abraham, y éste levantó un altar. Luego, en el versículo 8, Abraham va armando sus tiendas entre Bet-el y Hai. Bet-el habla de la casa de Dios, y Hai significa un montón de ruinas, que es un tipo del

Es difícil hacer una ecuación de la vida espiritual, pero esta, sin duda, es una ecuación significativa: Vida + disciplina = carácter.

mundo. Entonces, cuando miramos al mundo, nos acordamos de Hai. El mundo es un Hai. ¡Ay de nosotros, si nos involucramos con el mundo! El mundo es un montón de ruinas. Entonces Abraham, colocó su segundo altar entre Hai y Bet-el; él estaba entre el mundo y la casa de Dios, ni en el mundo ni en la casa de Dios. Ese es el altar de la separación.

Después, en Génesis 13:18, Abraham levanta el tercer altar, junto al encinar de Mamre, que está en Hebrón, y Hebrón habla de comunión. Ese es el altar de la comunión. Después, el último altar, en Génesis 22, donde Abraham coloca a su hijo. Ahora, vea lo que significa aquí la sentencia de muerte. Cuando Abraham recibió a Isaac del Señor, aquel no era sólo un hijo, era el hijo de la promesa. Toda la promesa de Dios reposaba sobre Isaac. Isaac era un tremendo don de Dios para Abraham. «*Y serán benditas en ti todas las familias de la tierra*».

¿Sabe lo que hizo Abraham con Isaac? Él puso a Isaac dentro de la tienda. La tienda es donde nosotros guardamos nuestras cosas. Abraham recibió un don maravilloso; él tomó ese don y lo guardó en la tienda; pero no lo hizo pasar por el altar. Un día, nuestro Señor le dijo: «*Abraham… vete a tierra de Moriah*». La tierra de Moriah es donde se levantó el templo de Salomón, según Crónicas 22. Allí se levantó la casa de Dios, en el mismo lugar donde Abraham hizo aquel sacrificio.

Entonces, el Señor le dijo: «*Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas… y ofrécelo allí en holocausto*» (Gn. 22:2). Entonces Abraham toma el don de Dios, el don precioso, y lo pasa por el altar. Después que eso aconteció, el Señor le dijo: «*De cierto te bendeciré, y multiplicaré…*» (v. 17).

¿Sabe por qué nosotros no somos bendecidos en nuestro servicio, por qué no multiplicamos nuestro servicio? Porque el don que recibimos no ha pasado por el altar, que habla de la obra de la cruz. Sentencia de muerte: No confiar en el don, seguir un camino de discipulado a Cristo, aprender de él, que es manso y humilde. Todo aquello que colocamos en nuestra tienda: nuestros valores, nuestros dones, nuestras capacidades, nuestros talentos, esos que recibimos de Dios, los guardamos en la tienda. Si ellos no pasan por el altar y son recuperados en resurrección, son inútiles para el Señor.

Todo lo que ponemos en la tienda y no pasa por el altar, tiene la capacidad de corrompernos. Entonces, cuando el Señor pidió a Isaac a Abraham, lo que él quería en verdad

era al propio Abraham; porque el corazón de Abraham, su esperanza y confianza, estaban ligadas a Isaac. Y en Romanos capítulo 4, Pablo nos dice que, por causa de esa experiencia, Abraham aprendió a creer en el Dios que «*…da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen*» (Rom. 4:17).

¿Usted vio ese orden ahí? ¿En qué sentido Abraham conoció a Dios como el Dios que llama a la existencia a cosas que no existen? Cuando nació Isaac. Abraham era un viejo, su esposa era vieja y estéril; era imposible que tuviesen hijos. ¿Qué es lo que usted piensa cuando ve que el Señor le dijo a Abraham que iba a tener un hijo? Imagínese a Sara pasando delante de Abraham, arrastrándose, ya anciana. Abraham debió pensar: «De ahí no va a nacer hijo alguno». Ni siquiera Sara lo pensó, por eso ella ofreció a Agar para Abraham.

Agar es el fruto de la carne; Agar somos nosotros tratando de ayudar a Dios; es nuestro esfuerzo; es lo contrario de la obra del altar. Entonces cuando Abraham usa a Agar, ese es un andar carnal. Entonces, primero él aprendió a creer en el Dios que llama a existencia las cosas que no existen. Isaac era imposible, pero Dios lo trajo a la existencia. ¿Esto no nos parece súper maravilloso?

Sin embargo, el Señor tiene algo más. Ahora, él toma a aquel que vino a la existencia, ese fruto imposible, ese don de Dios, y lo lleva al altar, para que Abraham aprenda una segunda lección: a confiar en el Dios que vivifica a los muertos, porque ese es el ministerio cristiano. Si nosotros no confiamos en el Espíritu Santo, en el propio Señor, en la vida del Señor en nosotros, nada podemos producir. Aunque tengamos un don, nuestro don va causar un estrago en la casa del Señor.

Esa es la gran lección de la 1ª carta a los Corintios. Ellos eran carnales. «*¿No sois carnales, y andáis como hombres?*» (3:3). Pero en el capítulo 1, Pablo dice que ellos fueron, en todo, enriquecidos en Cristo, en toda palabra y todo conocimiento, y no les faltaba ningún don (v. 7).

¿Cómo puede una iglesia tener toda palabra, todo conocimiento, no faltarle ningún don, y ser tan carnal? Porque el don camina junto con la carne. ¿Y qué quiere hacer el Espíritu Santo? Quebrantar la carne, sacar la carne afuera. Circuncisión del corazón por la palabra, en el Espíritu, retirando lo que es natural, terrenal, humano, lo que finalmente es carnal, para que entonces podamos servir con el don espiritual y de forma espiritual. Entonces, esta es la sentencia de muerte.

Hechos 20:24 tiene otro ejemplo más de esta sentencia de muerte. «*Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios*».

Esa primera frase, «*ni estimo preciosa mi vida para mí mismo*», es im-

posible para nosotros. Todos nosotros amamos nuestra vida y la amamos hasta el fin. Nuestro Señor amó a los suyos hasta el fin, y nosotros nos amamos a nosotros mismos hasta el fin. Sólo hay una manera de no considerar nuestra vida preciosa para nosotros: es la sentencia de muerte. Sabemos quién es el Señor y quiénes somos nosotros, conocemos el privilegio de nuestro llamamiento, y conocemos la obra del Espíritu removiéndonos de la vida de la carne, de la dependencia de la carne, de la vida natural, de talentos naturales, incluso de dones espirituales, e introduciéndonos en una vida y ministerio genuinamente espiritual.

Esta es la sentencia de muerte. ¿Cómo opera Dios esto en nosotros? A través de la obra de la cruz. ¿Cuál es la obra de la cruz en la práctica? Creo que ustedes han leído esa frase en muchos libros. Nuestros hermanos Austin-Sparks, Watchman Nee, Stephen Kaung y muchos otros usan esa frase: El camino de la cruz, la obra de la cruz. ¿Qué significa eso?

Por un lado, el Señor actúa en nosotros usando las circunstancias. Es lo que ya vimos en 2ª Corintios 1:8. Una tribulación desesperante, que nos hace desesperar de nuestra propia vida, porque ese es el primer lado de la obra de la cruz: Dios, en su providencia, arregla las circunstancias. Nosotros necesitamos ser muy cuidadosos cuando rechazamos las circunstancias, porque estamos rechazando el trabajo de la cruz.

Madame Guyon, una sierva de Dios, una dama de la nobleza francesa, oró un día para que el Señor removiese de ella los adornos naturales. Ella se dio cuenta que su belleza, su cultura, su riqueza, eran impedimentos para servir al Señor. Entonces oró: 'Señor, quita mis adornos'. ¡Qué oración! Y el Señor fue removiendo aquello, y ella aprendió a los pies de la cruz, siendo una sierva preciosa del Señor. Nuestro hermano Watchman Nee, hablando de ella, dijo que nosotros necesitamos aprender a arrodillarnos y a besar la mano que trata con nosotros, como hacía Madame Guyon.

Esta hermana llegó a ser conocida por la obra de la cruz en su vida. El Señor la despojó de todo, incluso de su belleza. Ella tuvo una enfermedad en la piel y quedo muy fea. El Señor removió todo, y le dio todo. Por eso en 2ª Corintios 6:10 Pablo dice: «*como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo ... como pobres, mas enriqueciendo a muchos ... como entristecidos, mas siempre gozosos*». ¿No es una paradoja? Ese es el resultado de la obra de la Cruz.

Entonces, la cruz trabaja por las circunstancias, y obra también por la palabra. «*Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y penetra…*» (Heb. 4:12). Ese es el otro lado de la obra de la cruz. Entonces, el camino de la cruz, es someternos a las circunstancias que Dios arregla para tratar con nosotros, es someternos a la acción de la palabra de Dios, que va dividir el alma del espíritu, lo natural de lo espiritual, lo terreno de lo celestial.

Esa es la obra de la cruz. Entonces, guarde esos dos aspectos: someternos a la Palabra y someternos a los tratos de Dios. Eso nos hará espirituales, eso grabará en nosotros la sentencia de muerte. Este es el primer aspecto.

2. El testimonio de nuestra conciencia

El segundo aspecto de nuestro servicio cristiano: 2ª Corintios 1:12, «*Porque nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia*». No hay como servir al Señor sin un testimonio adecuado de nuestra conciencia.

Hermanos, este asunto es tan importante, que no hay cómo valorarlo demasiado. Todo cuanto lo valoremos, aun será poco. ¿Sabe por qué? En nuestro espíritu, nosotros tenemos el ejercicio de tres funciones de acuerdo con el Nuevo Testamento. Tenemos la facultad de la intuición. Eso sería como una lámpara. Intuición es recibir luz y dirección del Señor; intuición del Espíritu, dándonos luz y dirección.

Hay otra función del espíritu: la comunión. Para eso, piense en una mesa. La intuición es como una lámpara; la comunión, como una mesa. Tenemos comunión en el Espíritu, porque Dios es Espíritu; sus adoradores lo adoran en Espíritu. La comunión es una de las funciones de nuestro espíritu.

Pero hay una tercera: nuestra conciencia. Ella es una función de nuestro espíritu. Ahora piense en una puerta. ¿Para qué sirve una puerta? Para regular lo que entra y lo que sale. Esa es la función de la conciencia. Nuestra conciencia trabaja todo el tiempo, incluso cuando estamos durmiendo, porque ella es una función espiritual. A veces el Señor nos despierta de algún sueño, porque de alguna manera ese sueño no está siendo agradable para él. Ese es el testimonio de nuestra conciencia.

La conciencia es un órgano maravilloso. A veces cuando el Espíritu Santo habla a nuestra conciencia, nosotros tratamos de esquivar esa voz del Espíritu Santo, tratamos de justificarnos; pero el hablar del Espíritu en nuestra conciencia es directo, no pasa primero por la mente. Somos nosotros los que tratamos de usar nuestra mente para oscurecer lo que el Espíritu habló a la conciencia, y ahí nos causamos problemas a nosotros mismos, porque muchas veces el Espíritu está diciendo: 'Haga', y la mente dice: 'Ahora, no; mañana lo haré'.

Muchas veces, el Señor, por el Espíritu, dice a nuestra conciencia: 'Trata aquel asunto'. Y nuestra mente dice: 'Pero la culpa fue del hermano; es él quien hizo eso; ella habló aquello; yo fui rechazado y mis sentimientos están heridos'. Pero el Espíritu Santo continúa hablando: 'Haga… vaya… hable'. Ese es el testimonio de nuestra conciencia. Entonces, nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia.

¿Sabe lo que Pablo le llega decir a Timoteo? Él dice: «*…manteniendo la fe y la buena consciencia, desechando la cual naufragaron en cuanto a la fe al-*

gunos…» (1ª Tim. 1:19). ¡Cuán serio es este versículo! Si rechazamos la buena conciencia, nosotros vamos a naufragar en la fe, porque la conciencia es este órgano de discernimiento del Espíritu.

¡Cuán importante es oír el hablar del Espíritu en nuestra conciencia! Por eso, Pablo habla de mantener una conciencia buena y también de una conciencia limpia. Eso es absolutamente necesario en la casa de Dios; si no, nos vamos defraudar los unos a los otros, vamos a tener toda una confusión, porque no estamos oyendo el hablar del Espíritu a nuestra conciencia. Por eso él dice: «Nuestra gloria es esta». Esta es una palabra muy fuerte. Si pasamos por alto la conciencia, no respondemos, no la oímos, nosotros seremos inútiles en el servicio al Señor. Entonces, esa es la segunda marca.

3. Un espíritu coordinado

«*Cuando llegué a Troas para predicar el evangelio de Cristo, aunque se me abrió puerta en el Señor, no tuve reposo en mi espíritu, por no haber hallado a mi hermano Tito; así, despidiéndome de ellos, partí para Macedonia*» (2ª Cor. 2:12-13).

Aquí tenemos una lección maravillosa para el servicio cristiano. Pablo tenía un 'espíritu coordinado'. Él era un gran apóstol, un hombre de Dios; tenía claridad en la visión de Cristo y la iglesia, una tremenda carga por la obra. Y mire lo que dice aquí: «Se me abrió puerta en el Señor». ¿Usted vio a Pablo desperdiciar alguna puerta? Él era aquel que predicaba y predicaba, pero aquí se abrió una puerta, y Pablo no predicó. ¿Por qué? Porque él no tuvo reposo en su espíritu. ¿Cuál fue el motivo de eso? Él no encontró a Tito.

De alguna manera, la obra en Troas era dependiente de Tito. Pablo no podía trabajar solo; él discernió eso. Él no pensó para sí: 'Yo soy Pablo. ¿Quién es Tito? Tito es mi discípulo, él lo aprendió todo de mí; él no va a hablar nada nuevo. Yo soy más viejo, tengo más experiencia que él. Si Tito no vino, predicaré solo'. Pero Pablo no obró así, porque él tenia un espíritu coordinado. ¿No es maravilloso eso, hermanos?

¡Cómo edificamos nuestro imperio personal! Ministerios personales. Promovemos nuestro propio ministerio. No tenemos alianza unos con otros; no nos esperamos los unos a los otros. Nos promovemos, y no estamos coordinados unos con otros. Esta es una gran lección: un espíritu coordinado.

Cuando estudiamos 1ª Corintios 12, usted sabe que allí se habla sobre el cuerpo de una manera muy hermosa. Vamos a hacer una figura de aquel capítulo, para tratar de ayudar. Imagínese que somos una oreja en el cuerpo de Cristo. Este cuerpo tiene que estar bien coordinado, porque él sólo funciona así, en esa coordinación y dependencia de los unos con los otros.

Entonces, imaginemos que somos una oreja, y tenemos la habilidad de oír al Señor. Eso es maravilloso, pero

no estamos contentos; nosotros queremos ser ojo. Entonces quitamos la oreja de su lugar y la ponemos delante del ojo, porque la oreja quiere mirar. Entonces, van a ocurrir tres cosas: Primero, el cuerpo va a dejar de oír, porque la oreja no está en su lugar, no está ejerciendo su función, aquello para lo cual fue dotada y preparada por el Señor. Ella quiere ser ojo, y entonces el cuerpo no oirá, porque la oreja está fuera de su lugar.

Nosotros siempre queremos ser el otro, queremos tener el don del otro. Cuando esa oreja se pone al frente, provoca un segundo problema: ella va a obstruir el ojo. El ojo quiere mirar, pero la oreja no lo deja, ella quiere ocupar ese lugar. Entonces, el cuerpo va a quedar totalmente deficiente, porque esa oreja salió de su lugar, y ella no va conseguir mirar. Hay tres problemas: el cuerpo no va a oír; el ojo no va a mirar, y la oreja no va a mirar, porque ella no fue capacitada para eso.

Entonces, es tan necesaria en el cuerpo de Cristo esta coordinación. Por eso, 1ª Pedro 4:10 dice: «*Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros…*». Si usted es ojo, usted no es oreja; si usted es nariz, usted no es el oído. «*Dios coordinó el cuerpo*», en la versión portuguesa (1ª Cor. 12:24). Pablo muestra aquí un espíritu coordinado.

Esto es muy importante en el cuerpo de Cristo. En nuestro servicio cristiano debemos recibirnos unos a otros, respetarnos unos a otros y apreciarnos unos a otros, porque la gracia de Dios es multiforme. Debemos alentarnos unos a otros en nuestro servicio y advertirnos unos a otros. Si la oreja tiene algo que cause un problema de audición, la misma oreja no puede quitar eso; se necesita un instrumento y colocarlo en la oreja para remover esa cera. La oreja misma no puede hacerlo; necesita de otro instrumento que haga eso para ella. Esa es la coordinación del cuerpo de Cristo. Necesitamos aprender eso y vivirlo.

Una de las cosas que más obstaculiza el servicio al Señor es nuestro exceso de sensibilidad. Somos hipersensibles. Es casi como llevar un letrero: 'Estoy sufriendo, estoy herido; no me toquen'. ¡Cuántos problemas causamos!

Muchas veces, cuando algún hermano, después de orar mucho tiempo, constreñido por el Espíritu Santo, viene a nosotros para hablar, por ejemplo, algo sobre nuestra vida conyugal. ¡Ah, eso es un problema! Porque el hermano se va a acercar y nos va a decir: 'Mi hermano, he percibido esto, esto y esto. En el amor del Señor, en la verdad del Señor, me gustaría que usted considerase este, este y estos aspectos'.

Cuando eso ocurre, la primera reacción de la persona que está oyendo es pensar así: '¿Por qué él no se preocupa de su propia mujer? ¿Por qué no se preocupa de su casa? ¿Por qué no se preocupa de sus hijos? ¡Cuántas deficiencias tiene este hermano!'. ¿No es así? Entonces, avanzamos tan lento, porque somos de-

masiado sensibles y vamos pisando sobre huevos. Hermanos, ese es el relacionamiento del mundo, no el de la casa de Dios, porque en Su casa el relacionamiento es «*…exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado*» (Heb. 3:13). Porque, ¿cuál es el peligro? Que seamos endurecidos por el engaño del pecado.

Nosotros pensamos que somos mejores que el pecado, y olvidamos que el pecado es astuto, sutil, y nos engaña. Por eso, nosotros necesitamos esa coordinación en el cuerpo de Cristo, ayudarnos unos a otros, para quitar los impedimentos de los unos y de los otros, y poder avanzar juntos coordinadamente.

Cuando Pablo escribe sus 13 epístolas, él cita más de setenta nombres, de diversas ciudades. ¿No es impresionante? A algunos llama 'mis amados', o 'mi amado'. En aquel tiempo no había avión, ni autos, ni teléfonos, ni Internet, y él cita más de setenta nombres de personas que se relacionaban de manera tan próxima: hermanos, colaboradores, otros obreros. Relacionamiento personal, coordinación. Esta es la tercera marca.

4. Somos para Dios

«*Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento. Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a éstos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquéllos olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente? Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo*» (2ª Cor. 2:14-17).

La lección aquí, para el servicio cristiano es que nosotros somos para Dios un incienso. Versículo 15: «*Porque **para Dios** somos grato olor de Cristo*». No pierda esa expresión: Nosotros somos para Dios. No somos, en primer lugar, para la iglesia, ni para la obra, ni los unos para los otros, ni para el mundo. Nosotros somos, «*para Dios*», grato olor de Cristo.

Yo creo que los hermanos conocen la biografía de nuestro hermano Watchman Nee. Cuando él ya estaba cumpliendo casi veinte años en prisión, recibió algunos donativos de su hermana. El sistema carcelario filtraba todas aquellas cartas. Usted no podía escribir en ninguna carta el nombre de Dios, el nombre de Jesús, nada de eso. Entonces él escribió una pequeña nota para agradecer a su hermana, una nota muy linda. Dice así: «Gracias por los donativos que me envió, no me ha faltado nada».

Y ahora él agrega una frase, cambiando el nombre de Dios, que no podía usar, por la palabra Alegría, y la última frase de él para su hermana, fue: «Conservo mi Alegría». ¿Qué quería decir con eso? Que él permanecía en Dios, y Dios permanecía en él. Porque somos para Dios, no para la obra, no para la iglesia,

no para el mundo. Nosotros somos para Dios. Cuando la obra nos fuere quitada, cuando los hermanos nos sean quitados, cuando no tengamos más contacto con el mundo, por algún motivo (prisión, enfermedad), nosotros somos para Dios grato olor de Cristo.

Cuando estaba concluyendo su ministerio, nuestro hermano Watchman Nee hizo una oración, diciendo así: «Señor, yo pasaría todo esto de nuevo, no por causa de tu obra, no por causa de tu iglesia, no por causa de tus hijos, sino por ti mismo».

En Juan capítulo 12, cuando María de Betania quiebra aquel vaso de alabastro y derrama el perfume precioso en la cabeza del Señor, el versículo 3 dice que toda la casa se llenó del olor del perfume. Ella hizo algo para el Señor, ella no hizo algo para la casa. ¿Percibió eso? Cuando ella ungió la cabeza del Señor, toda la casa se llenó del perfume. Esa es la obra de Dios, esa es la iglesia de Dios. Cuando nosotros ungimos a nuestro Señor, cuando nos derramamos para él, porque nosotros somos para Dios, ¿cuál es el resultado? Toda la casa se llena del perfume. Ese es el camino del Señor. Él es el foco, él es el centro.

Nosotros somos para Dios. El texto de 2ª Cor. 2: 14-17 nos va a decir un detalle más. Siendo para Dios, nosotros vamos a cumplir dos funciones en nuestro servicio o ministerio cristiano. Si usted lee el texto, verá que, para aquellos que se pierden, nosotros somos olor de muerte para muerte, y para los que se salvan, somos aroma de vida para vida. ¿Se dio cuenta de esa diferencia ahí? ¿Qué significa eso?

Cuando nosotros somos para Dios, vivimos de él, vivimos en él, y vivimos para él, nosotros producimos dos resultados: olor de muerte para muerte, y aroma de vida para vida. ¿Sabe qué significa esto? Para todo aquello que no agrada al Señor, para todo aquello que no pertenece al Señor, nosotros debemos oler a muerte. Nosotros tenemos juicio para aquello que no agrada al Señor, olor de muerte para muerte, olor de condenación.

Veamos un ejemplo. Cuando Esteban predica el evangelio en Hechos 7, aquel es un olor de muerte para muerte. Él apunta a los fariseos y les dice que ellos eran duros de cerviz y resistían al Espíritu Santo. Esteban predicó un maravilloso evangelio, y fue apedreado; olor de muerte para muerte. El Señor juzgó a aquellas personas. A través de la muerte de Esteban, ellos fueron juzgados. Ellos resistieron al Espíritu Santo: olor de muerte para muerte. Cuando Pedro predicó el evangelio, en Hechos 2, tres mil se convirtieron: aroma de vida para vida.

Nosotros debemos cumplir esas dos funciones, no solamente una. Nuestra vida debe condenar al mundo, y nuestra vida debe atraer al mundo. ¿Se da cuenta de estos dos aspectos? Condenar al mundo, atraer al mundo; condenar al pecado, atraer

al pecador; condenar la resistencia al Espíritu Santo, y abrir la puerta de la vida a otros. Mas, esto solo es posible si nosotros somos, para Dios, un buen perfume.

El contexto que usa Pablo en el versículo 14, de triunfo, «*Dios… nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús*», es una figura de lenguaje.

Cuando un general romano combatía una batalla y llevaba a sus cautivos, él hacía un desfile en Roma, normalmente en la calle central, la vía Apia. El general romano iba adelante, con sus cautivos detrás, y estos estaban desvestidos. Y había un sacerdote, que pasaba con un incienso en aquella procesión, y uno o más de aquellos cautivos sería muerto, otros serían puestos en una posición de misericordia, en una posición de bondad. Entonces, cuando aquel incienso pasaba, eso significaba muerte para unos y vida para otros. Esa es la figura que Pablo usa, olor de muerte para muerte, y aroma de vida para vida.

Y en el versículo 16, él hace una pregunta: «*Y para estas cosas, ¿quién es suficiente (*idóneo*)?*». Vea esa expresión: idoneidad. La idoneidad habla de una condición de carácter. Pablo habla de que, para que seamos olor de muerte para muerte y olor de vida para vida, nosotros necesitamos ser idóneos. ¿Quién es idóneo para estas cosas? ¿Quién es suficiente para estas cosas? Porque hay una necesidad de que el carácter de Cristo sea formado en nosotros, para que tengamos ese olor y ese aroma. Entonces, este es el cuarto aspecto: Nosotros somos para Dios.

5. No adulterar la palabra de Dios

«*Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios*» (2ª Cor. 4:2). ¿Cuál es el aspecto del servicio importante aquí? No adulterar la palabra de Dios. Necesitamos ser tan aplicados, hermanos, como el pueblo de la Palabra, hombres y mujeres de la Palabra.

Necesitamos ser muy cuidadosos cuando rechazamos las circunstancias, porque estamos rechazando el trabajo de la cruz.

En Nehemías 8, Esdras lee la ley delante del pueblo. Ellos tenían la ley, la Torá, allá en Babilonia. Ellos podían leer, ellos conocían la ley, podían cantar salmos, podían hacer oraciones; pero no tenían lo más importante, el altar para ofrecer sacrificios. Era un culto sin sangre. Cuando ellos regresan de Babilonia, Esdras recupera la palabra de Dios. Ese fue el gran ministerio de Esdras.

«*Esdras había preparado su corazón para inquirir la ley de Jehová y para cum-*

plirla, y para enseñar en Israel sus estatutos y decretos» (Esdras 7:10). Buscar, cumplir y enseñar la palabra de Dios. Por eso, Esdras fue tan usado por el Señor. Esdras era un hombre de la palabra. ¿Sabe cuál fue el resultado del ministerio de Esdras? Esdras 7:27 dice que el Señor lo llamó para embellecer, para adornar la casa de Dios. Y, ¿cómo hizo eso Esdras? Especialmente a través del ministerio de la palabra. Y también él trajo más sacerdotes y los vasos sagrados. Él embelleció la casa de Dios.

Pero, ¿cuál es el punto central del ministerio de Esdras? Entre los judíos, él es llamado *«el escriba»*, el mayor de los escribas, porque él recuperó la palabra de Dios.

La palabra de Dios debe ser el centro de la vida de la iglesia. La palabra revelada, la palabra viva, la palabra compartida, la palabra de exhortación, la palabra de aliento, la palabra de Dios, es el centro de nuestro servicio. Entonces, no adulterar la palabra es otro aspecto muy importante.

6. Llevando la muerte de Jesús

«…llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús, se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida» (2ª Cor. 4:10-12).

¿Usted ve la lección aquí? Llevando la muerte de Jesús. Haremos una ilustración rápida para avanzar.

En Josué 4, cuando el pueblo de Dios atravesó el Jordán, guiado por Josué, el Señor ordenó que los levitas, los sacerdotes, que cargaban el arca pasasen delante del campamento. Jordán, en la Biblia, significa descenso, y habla de quebrantamiento. Cuando los sacerdotes llegaron a las márgenes del Jordán, la orden del Señor era que la planta del pie de los sacerdotes tocase el río. ¿Sabe por qué es eso? Porque Josué 1:3 dice: *«Yo os he entregado… todo lugar que pisare la planta de vuestro pie»*. Ese es el principio para la conquista de la tierra de Canaán: la vida de fe.

Entonces cuando tocaron las aguas, el Jordán se abrió y ellos entraron. Ustedes saben que ellos fueron los primeros en entrar y los últimos en salir. Ellos tenían el arca sobre los hombros; esto habla de la preeminencia de Cristo, de la primacía de Cristo. El arca sobre los hombros. No eran los sacerdotes quienes se destacaban; era el arca. Entonces ellos entraron primero en el Jordán y se pararon en el fondo del río, y todo el pueblo pasó. Y después salieron los sacerdotes.

¿Queremos servir al Señor en su casa? Esto no es romántico. Nosotros necesitamos ser los primeros en entrar en la muerte, y los últimos en salir de ella, llevando en el cuerpo la muerte de Jesús. Porque, en la medida que esa muerte de Jesús obra en nosotros, la comunión con su sufri-

miento, la obra de la cruz removiendo de nosotros lo que no coincide con el Señor. Entonces, en ustedes opera la vida. No hay otro camino de fructificación. Muerte y resurrección. «*Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto*» (Jn. 12:24). Prosigamos entonces, «*…llevando en el cuerpo… la muerte de Jesús*».

7. Una vida paradójica

«*...nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias; en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra; por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo*» (2ª Cor. 6:4-10).

Nuestro servicio cristiano es una vida paradójica. Pablo habla de cómo ellos pudieron recomendarse a sí mismos como ministros de Dios. «*…en mucha paciencia*». ¿Usted vio el carácter de Cristo aquí? Mucha paciencia. Si no, no podemos servir al Señor en su casa. «*…en tribulaciones*», porque bienaventurado el varón que soporta con paciencia las aflicciones. «*…en necesidades*». No servimos en la casa de Dios para obtener lucro o ganancia. Luego, «*…en angustias; en azotes*».

¿Sabe, hermano?, el Señor habla de un siervo, en Lucas, que azotaba a otros siervos. ¿Sabe cómo se muestra allí ese azote? En el hablar mal, en el hablar inapropiado, en el hablar injusto, en el hablar indigno. Santiago 3 dice que no podemos ser siervos del Señor si no domamos nuestra lengua. No podemos edificar la casa de Dios, si nosotros no tenemos ese dominio propio al hablar. O hablamos de más, o hablamos de menos, o hablamos lo que no es debido, o hablamos aquello que es apropiado de manera errada, hablamos con un espíritu errado, y causamos daño con nuestra lengua.

Pero Pablo dice aquí: «*…en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios…*». ¡Muchas recomendaciones! ¿Podremos nosotros recomendarnos así? ¿Podemos ponernos delante de los hermanos y decir: Nosotros nos recomendamos en todo esto? ¡Qué lista esa! Por eso 2ª Corintios es el manual de nuestro servicio. Ese carácter de Cristo necesita ser formado en nosotros, para que la casa de Dios pueda ser edificada.

Entonces en los versículos 8 al 10, Pablo habla sobre la vida paradojal, con palabras tan lindas. «*…como desconocidos, pero bien conocidos…*». Des-

conocidos de muchos, conocidos por Dios. «*…como moribundos, mas he aquí vivimos*», por causa de la sentencia de muerte. «*De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida*» (2ª Cor. 4:12). Ese es el camino de la cruz. Después, él dice: «*…como castigados, mas no muertos; como entristecidos, mas siempre gozosos*». ¿No es una paradoja tremenda? «*…como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo*».

Ese es el resultado de la obra de la cruz: la paradoja de la vida cristiana. Cuanto más es Cristo formado en nosotros, más libres somos de todo y de todos, y más somos siervos los unos de los otros. Esa es la paradoja. Libres, pero esclavos, esclavos por amor. Entonces, este es el séptimo aspecto, la vida paradójica.

8. Una mente cautivada por la obediencia a la verdad

«*Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo*» (2ª Cor. 10:4-5).

La palabra *fortaleza* en el versículo 4 es igual a *pensamiento* en el versículo 5. Las fortalezas contra Dios se levantan en nuestro pensamiento. Nuestros pensamientos son como las puertas de una ciudad. Las batallas se traban en la puerta; cuando se gana la puerta, se gana la ciudad. Nuestra mente es como la puerta.

Por eso Pablo dice a los colosenses: «*Poned la mira en las cosas de arriba*» (Col. 3:2), y a los filipenses: «*Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro… en esto pensad*» (Fil. 4:8). En 1ª Pedro 1:13, éste dice: «*…ceñid los lomos de vuestro entendimiento*». Hay mucha enseñanza en el Nuevo Testamento sobre el pensamiento. «*…transformaos por la renovación de vuestro entendimiento*» (Rom. 12:2). No podemos servir en la casa de Dios sin una mente renovada.

Hermanos, nuestra mente tiene muchas marcas. Tiene secuelas de nuestra crianza, de nuestro hogar de origen, de nuestros traumas, de toda nuestra historia. ¿Sabe cuál es el propósito del Señor en eso? ¿Será que él no estaba atento a nuestra historia? Antes de creer en él, Romanos nos va decir que, en la sabiduría eterna de Dios, él permitió y limitó todo aquello que nosotros pasamos antes de conocerlo para un propósito: «*Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia*» (Rom. 5:20). Ese fue el propósito de Dios. Nuestra historia no es simplemente quitada, nuestra historia es una base en nosotros mismos.

Cuando el Señor ordenó la Pascua, era para que el pueblo pudiese mirar hacia el pasado. ¡Eso es muy interesante! El Señor dijo: «No recordéis las cosas pasadas, no recordéis las cosas antiguas». Y, ¿por qué él estableció la Pascua? Era un memorial del pasado, mas no era un memorial simplemente de lo que ellos eran. Era un memorial doble: lo que ellos eran, y lo que el Señor los hizo.

La sangre de la Pascua. «*Cuando abundó el pecado*», la esclavitud, el miedo, «*sobreabundó la gracia*». Ese es el propósito del Señor.

Este texto de 2ª Corintios dice que nuestra mente tiene fortalezas y argumentos. Hermanos, no podemos imaginar cuánto tenemos de pensamientos que se levantan contra Dios, contra la justicia de Dios, contra el amor de Dios, contra el carácter de Dios; fortalezas, sofismas, altivez, que se levanta contra el conocimiento de Dios.

«*…y trayendo cautivo todo pensamiento a la obediencia…*». La lección aquí es la siguiente: Nosotros no podemos conducir ningún pensamiento (de otros) cautivo a la obediencia a Cristo, si nuestros propios pensamientos no fueron previamente llevados cautivos. Por eso Pablo dice: «*…porque las armas de nuestra milicia no son carnales*» (2ª Cor. 10:4). La mente de Pablo era la mente de Cristo, los sentimientos de Pablo eran los sentimientos de Cristo, la vida de Pablo era la vida de Cristo; entonces, él podía destruir fortalezas.

Se cuenta también del hermano Nee, que una vez él tuvo una reunión con veinte obreros, en el centro de entrenamiento en el monte Kuling, en China; una reunión para ayuda personal. Entonces, cada hermano fue hablando algo de su historia actual y el estado en que se hallaba en su servicio al Señor. Y el hermano fue discerniendo y diciendo lo que sería necesario para un próximo paso a cada uno de aquellos obreros, a cada uno en su momento. Porque el hombre espiritual juzga o discierne todas las cosas. ¿Por qué es posible hacer eso? Porque nuestra propia mente es llevada cautiva a la obediencia a Cristo.

Hermanos, que el Señor nos ayude en esto. Nuestra mente originalmente era un depósito de basura. Él nos llamó para convertir nuestra mente en un rico depósito de Su palabra. «*La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros…*», instruyendo, aconsejando, exhortando, amonestando, «*…llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo*».

9. El celo de Dios

«*Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo. Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo*» (2ª Cor. 11:2-3).

La novena marca, el «*celo de Dios*», no es celo propio. No es celo de *mi* obra, no es celo de *mi* iglesia. A veces escuchamos esa expresión, '*mi* iglesia'. Sólo hay uno que puede decir eso: nuestro Señor. «*Edificaré **mi** iglesia*». Sólo él tiene iglesia. Nosotros no tenemos iglesia; él tiene iglesia. Nosotros no tenemos obra; él tiene obra. Entonces, no es el celo del hombre: «*os celo con celo de Dios*».

Aquí tenemos dos cosas. Primero, Pablo dice: «*Pero temo…*». Nosotros debemos temer esto en nuestro servicio, en nuestro ministerio entre

los hermanos, nuestro ministerio en la casa de Dios. «*…temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos (vuestra mente) sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo*». Vean que otra vez la mente se enfatiza: «*…vuestras mentes sean corrompidas y se aparten de la simplicidad y pureza que son de Cristo*» (en la versión en portugués).

¿Qué significa «simplicidad y pureza»? Nosotros necesitamos trabajar en la casa de Dios con celo de Dios, para promover dos cosas: simplicidad y pureza. ¿No es lindo eso? ¿Sabe qué significa simplicidad? Significa tener un solo foco; ojos simples. Recuerden Mateo 6:22: «*Si tu ojo es simple…*». Hay una versión que dice: «*Si tu ojo es bueno…*», pero no es la mejor traducción. La palabra griega *aplos* significa simple. «*Si tu ojo es simple, todo tu cuerpo estará lleno de luz*». ¡Qué maravilla!

Si tenemos un solo foco, todo nuestro cuerpo tendrá luz. Si tenemos un foco dividido, queremos servir a Dios y a las riquezas, queremos tener tesoro en los cielos y tesoro en la tierra, amamos esto y amamos más aquello, entonces todo nuestro cuerpo estará en tinieblas. ¡Y qué grandes tinieblas serán! Pero si tus ojos son simples, todo tu cuerpo será luminoso.

¿Sabe lo difícil que es tomar una gallina en un corral? Es muy difícil cuando está suelta y corriendo, porque ella tiene dos campos visuales. Ella ve todo el lado derecho y todo el izquierdo, porque sus ojos no están al frente, sino a los lados. Tiene una visión dividida. Entonces es muy difícil agarrarla. Pero, ¿cómo nos hizo Dios? Con dos ojos al frente. ¿Por qué? Porque tenemos un único punto de foco. Usted no consigue enfocar dos objetos al mismo tiempo; sólo enfocamos uno.

Así es en la vida espiritual. Si sus ojos son simples, todo su cuerpo será luminoso. Un foco, una meta, un amor, una mirada. Nosotros somos llamados a eso y debemos trabajar en la casa de Dios para ser simples. Un solo foco, un solo amor, un solo Señor.

¿Y qué significa pureza? Pureza significa estar constituido de un solo elemento. Cuando somos simples, y tenemos un solo foco, ¿qué ocurre dentro de nosotros? Somos puros, constituidos de un solo elemento; porque nuestro foco es uno solo, entonces ese foco nos va a ganar totalmente. Si somos simples, entonces seremos puros; si no somos simples, seremos impuros. Ser puros es estar constituido de un solo elemento.

Veamos un ejemplo. El grafito es carbón puro; pero él es tan débil, aún más que el papel. Al pasar un lápiz sobre el papel, el lápiz raya el papel, porque éste es más fuerte que el grafito y gasta el grafito. El grafito es puro, pero débil. Él es opaco. Pero si pudiésemos tomar un pedazo de grafito y enterrarlo bien profundo, sometido a muerte, tiempo, presión, temperatura, ¿qué recogeremos después? Un diamante, porque el grafito pasó por un proceso.

El grafito no tiene cómo reflejar la luz. Sí, él es puro, pero necesita pasar por un proceso. «*…llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús… Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí…*». Ese es el proceso.

Y, ¿qué ocurre con el diamante? El diamante también es carbón, sólo carbón, carbón puro; sólo que es precioso. El grafito no revela la gloria de la luz. El Señor es la Luz, nosotros somos instrumentos para revelar la luz. Nosotros no somos la luz; él es la luz. El grafito es puro, pero no revela la luz. Pero, a medida que él pasa por ese proceso, se vuelve un diamante, y entonces puede revelar la gloria de la luz.

Cuando la luz entra en el diamante, se refracta, se divide en siete colores: la gloria de la luz. Eso es lo que el Señor quiere hace en su iglesia. Por eso, Efesios 3:10 dice que, a través de la iglesia –el diamante (vea la refracción aquí)–, la multiforme, la multifacética sabiduría de Dios, es dada a conocer a los principados y potestades. A eso fuimos llamados; sólo así nosotros podemos servir en la casa de Dios.

El Señor continúe hablando a nuestros corazones.

Mensaje compartido en Temuco (Chile), en Octubre de 2010.

¿Qué es el fruto?

El fruto es la excelencia de la vida del árbol, más allá de lo que él utiliza en sí para su auto existencia.

El fruto tiene el sabor del árbol, es separable del árbol, puede ser compartido como una bendición para otros.

Jesús nos mostró que estamos tan unidos a Él, como pámpanos a la Vid, que su vida fluye en y a través de nosotros, manifestándose a sí misma como fruto. Es decir, debemos apropiarnos y vivir su vida no consumiéndola en nosotros mismos; no, como se dice a menudo, "tratando de vivir una vida cristiana".

¡Qué egocentrismo! Más bien, permitir que Cristo manifieste Su propia vida en nosotros, que Su verdadera calidad de vida, con todo su poder para bendecir, sea manifiesta a través de nuestras personalidades transformadas, rendidas y auto-negadas.

Si no hubiera tal fruto, nosotros negaríamos el real propósito de nuestro ser "en Cristo", pero cuando soportamos, recurriendo a Él, la Fuente inagotable, y nos rendimos nosotros mismos a Su fluir, esto produce un brotar de Su vida en "fruto".

Cuanto mejor aprendemos a soportar, el fruto se convierte en “más fruto”. Pero Cristo está satisfecho sólo cuando el “más” se convierte en abundancia – “mucho fruto”.

Norman B. Harrison

Aprendiendo a servir en medio de la adversidad.

Las restricciones de Cristo

«Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz».

(Flp. 2:5-8).

Gonzalo Sepúlveda

Nos hemos familiarizado con estas palabras. Creo que casi todos nosotros podríamos repetirlas de memoria. Las proclamamos en nuestras reuniones. Sin embargo, hay una profundidad en

ellas que tal vez nunca lograremos sondear. Se ha dicho muchas veces que no bastará la eternidad para conocer la gloria y admirar la persona gloriosa de nuestro bendito Salvador.

Del cielo a la tierra

«…el cual, siendo en forma de Dios…», nos habla de su eternidad, de su potencia sin límite. La palabra del Señor nos enseña que sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho. Por amor a nosotros, se despoja de aquella amplitud, libertad y gloria. No se aferra a su condición divina, toma forma de siervo y se hace semejante a los hombres. ¿Cómo podremos nosotros imaginar, desde nuestra pequeñez, algo tan grande; que, siendo Dios, haya venido a nacer en un pesebre? ¡Cómo no iban a cantar los coros angelicales: *«¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!»* (Luc. 2:14). *«He aquí os doy nuevas de gran gozo… que ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor»* (Luc. 2:10-11).

Y, ¿qué vieron aquellos pastores testigos de la celestial anunciación? ¡Un pequeño niño envuelto en pañales! ¡El eterno restringido en el tiempo, en un cuerpo humano! En su condición divina, el Señor no se duerme ni se fatiga con cansancio (Salmos 121: 2; Isaías 40:28). Sin embargo, como hombre, él tuvo hambre, y necesitó comer. Tuvo sueño, y necesitó dormir. Se restringió al tiempo y al espacio.

Y, además de eso, tomó la condición de siervo. La traducción dice *siervo*, pero en realidad es *esclavo*, sin derecho alguno. Y vivió la humillación e injusticia más grande; fue golpeado y menospreciado, azotado, escupido, herido, restringido, hasta dar la vida por nosotros en la cruz. ¡Siendo el Rey! Esto no cabe en nuestra mente ¡Es digno de adoración el Señor!

Sin embargo, en su máxima restricción, pudo consolar muchos corazones, libertar a los cautivos, y sanar innumerables enfermos. Tales «limitaciones» no fueron un impedimento para que pudiese servirnos y darnos salvación y vida eterna.

El Señor no reclamó, ni dijo: '¿Por qué me pasa todo esto?'. Simplemente, cargó su cruz y fue *«obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»*. ¡Glorioso Señor tenemos!

En los primeros capítulos del evangelio de Lucas, se habla del niño Jesús, creciendo bajo el atento cuidado de María y José (¡Qué admirable el servicio que prestó José protegiendo al Niño!). Transcurre un largo período de tiempo en que no se sabe nada de él, no hay un registro, como si nada hubiese hecho durante ese tiempo.

A los doce años, aparece un pequeño relato, cuando María y José le buscan con angustia, entre los parientes de la caravana que regresaba tras adorar en Jerusalén. Finalmente le encuentran en el templo, sentado en medio de los principales doctores de la ley (Lucas 2: 41-52), y todos se

maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas.

Años de silencio

Y pasan dieciocho años, aproximadamente, (según Lucas 3:23), y solo entonces fue bautizado por Juan en el Jordán. ¿Qué pasó en esos dieciocho años? Recordemos que su ministerio duró unos y tres años y medio. ¡Qué poco! ¿Cómo es posible que una persona de su estatura dispusiese de un tiempo tan reducido para ejercer su precioso ministerio? Y pasan años aparentemente perdidos, como si hubiese sido absolutamente ignorado. No hay un registro escrito donde se pueda glorificar a Jesús por lo que haya hecho entre los doce y los veintinueve años.

Hasta donde nosotros conocemos, en la Escritura, antes de su bautismo público, él no había hecho un solo milagro; sin embargo, el Padre dice desde los cielos: «*Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia*» (Mateo 3:17). ¡He aquí el Siervo, preferido, amado! Oculto, sin manifestación pública, pero ya agradaba Su corazón.

¿Qué vio el Padre en el corazón de su Hijo? Lo miró y examinó, durante esos dieciocho años, y no encontró falta en él. Lo vio en la intimidad, oculto. No visible para nosotros. Solo vemos al niño envuelto en pañales, y a María, guardando todas las cosas en su corazón. Mas unos cuantos pasajes de su niñez, pero después dejamos de verle, hasta los treinta años, aproximadamente.

Nosotros no podemos leer nada de él; pero, en ese agrado del Padre, podemos ver algo – se agradó de él en la intimidad, en la soledad. Nos gusta verlo con los milagros. Nos gusta verlo victorioso, expulsando a los demonios con tanta autoridad, ¡y cómo le obedecen! Impresiona leerlo en los evangelios, ¡nunca un problema quedó sin solución en su presencia! Ninguna restricción fue un obstáculo para que él pudiese dar los mejores frutos y obtener las más grandes victorias.

Reclamos vs. soberanía

Oh, hermanos, en nuestra humana debilidad, nosotros tenemos la tendencia a reclamar por nuestra condición, y protestamos: '¡Oh, si tuviese más libertad para servir al Señor! Me falta el tiempo, mi salud esta débil, necesito más recursos para servir; los problemas me agobian, etc.', si tuviese libertad, entonces yo serviría al Señor'.

Ninguna restricción fue un obstáculo para que Él pudiese dar los mejores frutos y obtener las más grandes victorias.

En todo vemos que estamos restringidos. Sin embargo, hermanos, en ese sentido, es posible que no ten-

gamos muy buenas noticias. El Señor no nos asegura una libertad externa, visible; la libertad es un asunto del corazón. El Señor necesita que, estando en nuestra condición, podamos ser obedientes, a pesar de todo lo que nos comprime o limita.

El Señor, en su soberanía, (quien es soberano no necesita pedir opinión), simplemente preparó un determinado ambiente para cada uno de nosotros. El nos conoce muy bien y no es injusto; él sabe cuál es nuestra necesidad, y también nuestra capacidad, y su provisión es abundante para todos.

Los frutos de Cristo

Estando en esa condición de máxima restricción, el Señor Jesús dio los más grandes frutos. Y nosotros debemos mirarle y aprender de él. Él no puso condiciones para servir, simplemente fue fiel, cuando aparentemente, nada hacía. Y esa obediencia íntima, esa fidelidad íntima le capacitó para luego hacer las más grandes obras.

Hermano, tenemos dos opciones ante El: agradarle o no agradarle. Y cada uno de nosotros sabe que, cuando el Señor ha estado agradado, ¡cómo se abren las puertas, hay bendición y paz en el corazón, y el permite que sus siervos den fruto para Su gloria!

Pero, también, cuando no le hemos agradado, sentimos una frustración muy grande, y le pedimos perdón, porque nos damos cuenta, por el Espíritu que nos habita, que hemos restringido su obra. Hermanos, pensemos en esos dieciocho años de obediencia oculta, íntima, del Señor. Y el Padre dice de su Hijo: *«Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia»* (Mat. 3:17), antes que hubiese hecho un solo milagro.

Fieles en la intimidad

¿Qué está pasando con nosotros? ¿Cómo nos estamos invirtiendo? ¿Qué estamos haciendo? El Señor nos ve, ocultos. En realidad, de él no nos podemos ocultar. ¿Qué está pasando por dentro de nosotros? Estoy hablando de nuestros pensamientos, de nuestras intenciones, de nuestros juicios.

Desde la intimidad, donde nadie nos ve, nosotros podemos bendecir a nuestros hermanos, podemos bendecir a nuestro Señor y darle gracias, y esperar en él y adorarle y entregarnos a él, y orar por otros e interceder, buscando siempre el bien de su casa y de su obra.

Hermanos, la obra no es irse al fin del mundo. La obra la vivimos diariamente. Todos somos siervos, y cada día estamos sirviendo, o no estamos sirviendo, al Señor. A veces pensamos que un siervo es un misionero que se va a un lugar hostil, a predicar y a dar su vida por el Señor.

Con frecuencia nosotros le ponemos obstáculos al Espíritu Santo, toda vez que no le permitimos expresar su vida, su potencia. Si no es posible que la vida del Señor se manifieste, menos se manifestará la poten-

cia del Señor. La vida está, pero ella se limita por voluntad nuestra, porque no hay obediencia en lo íntimo, porque el Señor nos está enviando a bendecir y no a maldecir, nos está enviando a amar y no a juzgar. El Señor espera vernos fieles y santos.

Dios no renuncia

Hermanos, ¡el Señor nos ama tanto! ¡Cuán paciente ha sido con nosotros! Un hermano entre nosotros compuso esta canción: «Señor, yo sé que tú me amas, a pesar de mí». Comprendamos la inspiración del Espíritu. No podemos decir livianamente: 'No importa, hermano; a pesar de todo, el Señor me sigue amando'. «Yo sé que tú me amas a pesar de mí» es una canción para cantarla llorando, llorando nuestros fracasos, mientras celebramos Su misericordia.

Sin embargo, el Señor no renuncia a sus siervos. Él te dice: 'Yo no he renunciado a ti, ni a tu servicio, ni a la expresión de mi vida y de mi gracia y de mi poder a través tuyo'. No ha renunciado el Señor. Y nos espera, y nos habla una vez, dos y tres veces, y nos vuelve a hablar.

Su palabra nos llena de esperanza. «Siempre nos vuelves a levantar y celebramos, Señor, tu paciencia, tu misericordia. Y tenemos que juzgarnos a nosotros mismos una y otra vez: 'Señor, te restringí; perdí un día entero, perdí horas preciosas, malgasté este espacio. Dentro de mi alma, le di lugar a amarguras, a resentimientos, a cosas pasadas que las traigo al presente, y que me matan'. El Señor no renuncia, y sigue amándonos, esperándonos, seduciéndonos. ¡Cómo nos ama el Señor, hermanos!

Ejemplos de Pablo y Juan

Ahora citemos al apóstol Pablo: «*Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio, en el cual sufro penalidades, hasta prisiones a modo de malhechor; mas la palabra de Dios no está presa*» (2ª Tim. 2:8-9). Un hombre con un llamado como él, ¿no debió haber tenido la máxima libertad, todos los recursos disponibles, todos los hermanos apoyándolo? Y tenía complicaciones grandes, a veces con los propios hermanos. Y sufrió penalidades y cárceles, y azotes y naufragios.

¿Recuerdan ese relato al final del libro de los Hechos? ¡Un naufragio! Pero, si es un apóstol, ¿por qué pierde su tiempo naufragando en el mar? Como si Dios mismo le hubiese olvidado. Llegan a una isla, se salvan todos los tripulantes. Y estando en esa restricción, semidesnudos, golpeados, cansados, Pablo ora por el padre enfermo de un hombre llamado Publio, principal de la isla, el hombre se sana. Y le traen al resto de los enfermos de la isla, y todos se sanan. Ese fracaso aparente en lo externo, no fue obstáculo para que la gracia del Señor fluyera, y el Espíritu Santo le usara poderosamente.

¿Cuántas cosas las tenemos por restricciones y complicaciones? Y el

Señor ha preparado, en su soberanía, que vivamos con esas presiones, para que en ese punto, o en ese ambiente, de alguna manera, pueda manifestar Su gloria. Tal vez aquello que nos desagrada, será usado por el Señor, para que su vida y poder se expresen, si tan solo somos obedientes en la intimidad.

El apóstol Juan, según Apocalipsis, estaba en la isla de Patmos, a causa de la tribulación. Estaba restringido, estaban siendo perseguidos los hermanos. Parece ser el ambiente más adverso, exiliado, seguramente sufriendo de frío y hambre. No sabemos, pero tal fue el ambiente escogido por Dios. Él no necesitó estar en un escritorio, con aire acondicionado, con el mejor computador. En esas limitaciones, nos dio el libro de Apocalipsis, ¡con qué gloria, hermanos!

Al leer Apocalipsis, ¿quién piensa en Juan? Cuando vemos al Señor Jesús con «*sus ojos como llama de fuego*», tú te olvidas de Juan. Ese «*estruendo de muchas aguas*», el «*trono establecido en el cielo*», cuando vemos «*la esposa ataviada*», «*las bodas del Cordero*»… ¿Quién se acuerda de Juan? Y esa gloria tan grande fue escrita en el peor momento de la vida de este siervo que fue obediente en la intimidad, en medio de sus restricciones.

Elías, cercano a nosotros

Hemos considerado los ejemplos de Pablo y Juan; sin embargo, ellos todavía nos parecen casi inalcanzables; se ven tan santos, casi sin defectos. Así que, para acercar un poco el tema a nuestra condición, pensemos en el profeta Elías.

¿Qué tan grande era Elías? (1 Reyes 17). Elías oró, y no llovió, hubo sequía. Vivió en una cueva, y bebía agua de un arroyo, y los cuervos le traían pan y carne, en la mañana y en la tarde. Estuvo oculto; el siervo, oculto. Y el Señor le habla y le dice: «Levántate». (Llega un momento en que no estás más oculto, y el Señor te levanta). Y lo envía a Sarepta de Sidón, y va donde una viuda. Y la viuda estaba juntando dos palitos de leña, con la última medida de harina, para preparar un pancito para su hijo, y luego dejarse morir.

La condición no puede ser más triste. La restricción es sobremanera grande; pero llega el siervo del Señor. Y mientras el siervo del Señor estuvo ahí, no faltó la harina, ni faltó el aceite. Las limitaciones, no fueron problemas para que el poder de Dios se manifestase. Pero, en la intimidad, Elías fue fiel, fue obediente a su Dios.

Y después, peor todavía. Se enferma el niño, el hijo de la viuda, y muere. O sea, ¿no bastaba la sequía que había en Israel, que más encima viene esta crisis mayor? Vuelve a estar restringido el profeta, y el Señor se glorifica una vez más; la vida vuelve a vencer a la muerte.

Vida que vence

¡La vida vence a la muerte! No importa de cuánta muerte estés rodeado, hermano; la vida siempre

vencerá a la muerte, ¡y esa vida nos ha sido dada de gracia! La vida de Cristo nos ha sido dada de gracia. Echemos fuera la incredulidad, resistamos al maligno, resistamos aun los pensamientos de nuestra propia mente, ese análisis maligno que a veces hacemos, donde parece que son más grandes los problemas, y sufrimos por lo que pasó y por qué pasó. Hermanos, es más grande la vida que tenemos, es más poderoso el Cristo que nos ha sido dado, que está trabajando dentro de nosotros, y encendiéndose dentro de nosotros.

¿Qué dice la Escritura, hermanos? «*Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho*» (Stgo. 5:16). Hermanos, no sea que pequeñas cosas perturben el corazón, y estas cosas, en la intimidad, entorpezcan el fluir de Su vida.

«*Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras…*» (Stgo. 5:17). ¡Cómo nos consuela esta palabra! Porque a cualquier otro siervo bíblico, tenemos la tendencia a verlo tan elevado. Pero Elías, «*era hombre…*». No era ángel, sino hombre. Somos hombres. «*…sujeto…*». De nuevo, están ahí las restricciones, la presión que hay sobre nosotros.

Este «*era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras*». Y Dios lo usó. ¡Y de qué manera lo usó! Hermana, el Señor te quiere usar a ti, y no esperes que para usarte te envíe a China, o a la selva amazónica. No digo que aquello no sea una gloriosa opción. Gracias al Señor por todos los misioneros que hay en el mundo entero. Pero, hermana, hermano, usted es un siervo del Señor, ahora mismo, esta noche, mañana, todo el día. En su casa, usted es un siervo, una sierva.

Somos siervos los unos de los otros, para bendecirnos los unos a los otros, para bendecir la obra del Señor, para ser generosos con la obra del Señor, para santificar el nombre del Señor, para interceder por la sociedad entera; para que el Señor, de alguna manera, nos use para bendecir a un vecino, a un amigo, a un compañero.

¿Cómo te usará el Señor? No sé. Pero en esa restricción, el Señor es poderoso para usarte.

Miremos al Señor Jesús, hermanos. Su mayor restricción significó vida para nosotros. ¿Será que ese problema más grande tuyo va a terminar en vida de resurrección? ¡Hermano, debe ser así, tiene que ser así, porque la vida siempre triunfa sobre la muerte!

¡Gloria al Señor!

Síntesis de un mensaje compartido en Temuco, en septiembre de 2010.

Cristo ha tomado nuestra naturaleza en el cielo para representarnos, y nos ha dejado a nosotros en la tierra con Su naturaleza, para representarlo a él.

John Newton

La iglesia debe estar consciente de su batalla diaria y respetar los principios del Señor que le garantizan victoria.

La batalla contra el enemigo

Rodrigo Abarca

Los ataques del enemigo permiten la manifestación del poder de Dios en nuestra vida; esto es, el poder de la resurrección de Cristo. Ahí tenemos a un hombre como Pablo, que camina en la voluntad del Señor, que ama al Señor, que está haciendo la obra del Señor como ningún otro quizás en la historia del cristianismo, y de pron-

to, empieza a sufrir una oleada de terribles dificultades y ataques. Viene a Jerusalén, lo toman preso, lo golpean y lo ponen en una cárcel con acusaciones injustas. Mientras los judíos traman y maquinan cómo matarlo, se pasa dos años en la cárcel y el gobernador, que debería dejarlo libre en justicia –porque no tiene ninguna razón para retenerlo–, lo mantiene encarcelado para congraciarse con los judíos, mientras espera que ellos lo sobornen para matarlo.

Pablo se entera de esto y se da cuenta de que la única manera de mantenerse a salvo es apelando al César. Entonces, el gobernador lo manda a Roma, pero, cuando el apóstol va en camino, se hunde su barco, pasa una noche y un día agarrado de una tabla, y finalmente sale a la playa. Entonces, cuando preparan una fogata para calentarse, lo muerde una víbora. ¡Parece como si todos los demonios se hubiesen dado cita para cazarlo! Finalmente, tras llegar a Roma, lo dejan en una casa alquilada, donde vive durante dos años encadenado. ¡Imagínense qué clase de vida es esa!

Sin embargo, Pablo ve que, detrás de esa adversidad, el Señor está cumpliendo su propósito. Él se da cuenta de que Satanás no puede vencer. Pablo percibe que es el enemigo quien está detrás de él, pero ve que, sobre todo eso, el Señor está obrando y haciendo su voluntad; porque el diablo no puede impedir que Dios cumpla su propósito. Cuando el diablo nos ataca, lo hace bajo el control y la autorización de Dios; nunca puede hacerlo sin Dios, y Dios permite esto por varias razones.

Por qué Dios permite la batalla

Dios quiere que nosotros aprendamos cómo vencer al diablo. Juan dice: «*Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno*», es decir, habéis aprendido cómo vencer al maligno. Los niños aún no pueden, pero los jóvenes son los que ya han alcanzado cierta madurez y saben cómo ir a la batalla y vencer al maligno.

La iglesia está llamada a vencer al enemigo. Cuando la iglesia está en una condición espiritual débil, y no está caminando en el propósito de Dios, Satanás no se ocupa de ella, porque la iglesia no es una amenaza para él en esa condición. Pero, cuando ella empieza a tomar la tierra prometida, a tomar posesión del reino de Dios, a apropiarse de la plenitud de Cristo, entonces Satanás reacciona instantáneamente y comienza la adversidad. Esto es inevitable, porque con cada cosa que ganamos de Cristo, el enemigo pierde.

Si nosotros conocemos a Cristo, Satanás empieza a perder terreno, a perder su lugar. Recuerden el efecto de la misión de los setenta discípulos en el evangelio: «*Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo*». Cuando la iglesia se apropia de la autoridad de Cristo, Satanás empieza a perder terreno en los corazones y mentes de los hombres. Cada vez

que ustedes oran en autoridad aquí en la tierra, él es desplazado de los lugares celestiales, y pierde su influencia sobre las personas. Mucho de la predicación del evangelio se debe a que ustedes han abierto, por decirlo así, un camino en los lugares celestiales para que la palabra del Señor toque los corazones, han desplazado a los poderes de las tinieblas que mantienen cautiva la mente y el corazón de las personas.

Una parte de la predicación del evangelio es esta batalla que se libra en los lugares celestiales, por medio de la oración. La oración es fundamental. Este es el camino de la victoria, porque la oración es nuestra arma de batalla contra las huestes espirituales de maldad. Mas, Satanás se pone en campaña cuando oramos.

Apocalipsis 12 retrata muy bien la estrategia de Satanás y la manera en que actúa. Aquí aparece la iglesia como una mujer vestida con el sol, con la luna debajo de sus pies y en su cabeza una corona de doce estrellas. Este es el pueblo de Dios, retratado de manera gloriosa. El sol es figura del Señor Jesucristo, y la iglesia está vestida de Cristo. Sin embargo, tiene que dar a luz a los hijos de Dios, a lo largo la historia de este mundo, y por ello está con dolores de parto. Estos dolores describen la tribulación de la iglesia a través de la historia para dar a luz a los hijos de Dios.

Ahora bien, el dragón está de pie frente a la mujer, para devorar a su hijo apenas este nazca. El dragón está frente a ella, con las fauces abiertas, y casi parece que va a ganar la batalla, porque está ahí para devorar al niño. No obstante, cuando nace el niño, para humillación del dragón, el niño es arrebatado para Dios. Entonces el dragón se llena de ira contra la mujer. Pero dice, «*y la mujer huyó al desierto*», a un lugar secreto donde es guardada por Dios durante 1.260 días.

Preste atención a este hecho: el diablo pelea a muerte; esto no es un juego de niños. El dragón quiere devorar al niño, y luego, cuando no lo logra, quiere destruir a la mujer con un río; pero la tierra acude en ayuda de la mujer. Eso significa que Dios está en control de todo. Satanás puede hacer lo que quiera, pero el Señor nos va a librar; y por ello la tierra se traga el río, que probablemente representa la corriente de la persecución que viene contra la iglesia.

Entonces, «*el dragón se llenó de ira contra la mujer*». ¿Por qué se llenó de ira? Porque con la acción de la mujer (como después le revela un ángel a Juan), Satanás fue arrojado a la tierra. Cuando el niño varón sube al cielo, Satanás es arrojado a la tierra y pierde su posición de dominio sobre el mundo. Por lo tanto, observen lo que hace el dragón: «*...se llenó de ira contra la mujer*», y una voz del cielo dice: «*Ay de los moradores de la tierra porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira sabiendo que le queda poco tiempo*».

La mujer representa la iglesia gloriosa y celestial, concebida en el propósito eterno de Dios; y el niño va-

rón es la iglesia en acción en el mundo, que nace en el mundo y actúa en él. Es lo que Apocalipsis llama los vencedores, es decir, aquellos que vencen al diablo porque toman la visión celestial, la encarnan en el mundo y la llevan a su consumación. La mujer y el niño son una misma cosa vista en dos aspectos distintos. Por supuesto, el niño es Cristo que nace, crece y es formado en nosotros.

El diablo cae hasta la tierra y sabe que le queda poco tiempo. ¿Y qué hace? En Apocalipsis 13, ustedes verán la reacción final de él contra la iglesia. En nuestras traducciones dice: «*Me paré sobre la arena del mar*», como si el profeta se hubiera parado allí, pero, en el griego de los textos más antiguos dice «*Se paró sobre la arena del mar*». Es decir, el diablo, con el propósito de hacer guerra contra la mujer, fue y se paró a la orilla del mar y llamó a escena a la bestia y al falso profeta, para descargar toda su ira contra la mujer. Estas son sus armas finales, y él les da toda autoridad para que destruyan por completo a la iglesia.

Esta es una batalla a muerte y sin cuartel. Nuestro adversario nunca se cansa ni descansa, porque es un ser espiritual. Es importante decir, hermanos, que nunca debemos cometer el error de subestimar al enemigo. El diablo no es poca cosa. Piensen por un momento: es el más poderoso de los seres creados por Dios, y nos supera largamente en inteligencia, conocimiento y habilidades.

Si nosotros tuviéramos que pelear esta batalla sin el Señor, estaríamos perdidos; no tenemos ninguna manera de vencer. Satanás engaña y tiene bajo su dominio al mundo entero, a las naciones, a los más inteligentes y a los más sabios. Pero nuestra victoria está en Cristo. Él es el único que lo ha vencido y contra el cual Satanás no tiene poder. Pero, si nosotros nos separamos de Cristo, estamos perdidos y el enemigo ya nos venció.

Veamos lo que dice Apocalipsis 12, después que el Hijo varón fue llevado al cielo. El versículo 7 dice: «*Después hubo una gran batalla en el cielo*». Apocalipsis es uno de los libros fundamentales de la Biblia. Es el más difícil de entender, probablemente porque en él se revelan los secretos y principios por los cuales la iglesia vence a Satanás y se establece finalmente el propósito eterno de Dios en la historia. Usted tiene que ver aquí profundos principios espirituales en acción, que están actuando en la historia, y que Dios nos está revelando para que sepamos cómo se libra la batalla.

Entonces, el Hijo varón subiendo al cielo significa la iglesia asumiendo su posición celestial. Pero esto no es automático, sino que es producto de una serie de cosas que tienen que cumplirse. Sin embargo, cuando la iglesia asume su posición de autoridad en el cielo, ¿qué ocurre? Hay una gran batalla en el cielo. Es decir que, como producto de lo que ha pasado con la iglesia viene una gran batalla, en la cual Miguel y sus ángeles ex-

pulsan al dragón y sus ángeles del cielo, y éstos caen a la tierra. ¿Qué quiere decir esto? Lo mismo que aparece en el evangelio, cuando el Señor Jesucristo estuvo en la tierra: como resultado de la acción del Señor en el mundo, el diablo pierde su lugar y cae a la tierra.

Así también, como resultado de la acción de la iglesia en el mundo, esto es, de Cristo a través de la iglesia, el diablo cae a la tierra. Y esto es un principio en acción, que se cumple toda vez que la iglesia se manifiesta victoriosa, y que va a tener una manifestación definitiva al final de los tiempos, cuando surja la última expresión de la iglesia y la última operación del diablo en su contra. Pero no se cumplirá una sola vez, sino que ha venido cumpliéndose desde que el Señor Jesús vino a la tierra. Es un principio que está operando a través de la historia. Entonces dice: «*el diablo cae a la tierra*», *y* no prevalece. Sin embargo, ustedes deben ver a la iglesia por detrás de los ángeles que luchan contra Satanás.

El ejemplo de Daniel

Recuerden que el libro de Daniel nos revela esto mismo; corre un poquito el velo de los lugares celestiales y nos muestra cómo funcionan las cosas allí. Recuerden que Daniel descubre, leyendo la profecía de Jeremías, que ya han pasado los 70 años para que la nación judía regrese a Israel, y reconstruya el templo como estaba profetizado. Entonces él comienza a orar, pidiendo al Señor que se cumpla la profecía. Vean que, a pesar de que Daniel sabe que el profeta Jeremías ya lo dijo, no toma una actitud de decir: 'Bueno, el profeta lo dijo y se va a cumplir de todos modos'. Él sabe que tiene que orar, porque Dios no hace nada si no es en respuesta a la oración de la iglesia; sobre todo, cuando hay poderes espirituales de por medio, que quieren impedir que estas cosas se cumplan.

Claramente, el diablo no quiere que Israel vuelva a su tierra y reedifique su templo, porque un día, a ese templo reconstruido, va a venir el Mesías, y va a acabar con el imperio de Satanás. Entonces Daniel sabe que estas cosas no son automáticas, porque la voluntad de Dios en la tierra sólo se hace cuando la voluntad humana se une a la voluntad divina. Es un profundo axioma espiritual, porque Dios delegó al hombre el gobierno de la tierra y Dios nunca anula lo que ha hecho.

Si estamos efectivamente bajo la autoridad de Cristo, Satanás no nos puede tocar, porque él no puede tocar al Señor.

Dios quiere gobernar la tierra a través del hombre, y siempre lo va a hacer a través de éste; siempre va a buscar un hombre para ejercer su au-

toridad aquí. Por eso Cristo expresó la autoridad de Dios en la tierra, porque es el Hijo del Hombre (Jn. 5:27), el hombre perfecto, a través del cual la voluntad de Dios se hace en la tierra. Este es un principio espiritual que no puede ser quebrantado. Lo dice claramente en Ezequiel: «*Y busqué entre ellos hombre que hiciese vallado, y que se pusiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé*» (Ez. 22:30).

¿Se da cuenta de lo importante que es para Dios encontrar a esos hombres, y en el caso presente, al cuerpo de Cristo? Esta es la función de la iglesia. Por ello, el Señor nos enseñó a orar: «*Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga tu reino*». Y cuando dice, «*hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*», se nos muestra que es la iglesia la que debe traer la voluntad de Dios a la tierra. Por eso la oración de la iglesia es tan importante.

Vuelvo a la historia de Daniel. Daniel comienza a orar: «Señor que se cumpla tu palabra, que vuelva tu nación a su tierra, porque ya pasaron los setenta años». Una primera respuesta viene con el ángel Gabriel, quien trae la llamada «profecía de las setenta semanas». Sin embargo tras ello, Daniel continúa orando durante tres semanas, sin obtener respuesta. Pero, pasados estos días, vino un ángel y le dijo: «Daniel, desde el primer día que dispusiste tu corazón para orar... fueron oídas tus palabras y a causa de tus palabras yo he venido. Pero tienes que saber que durante 21 días el príncipe de Persia se me opuso…». Es decir: «Había una potestad maligna impidiendo que se responda a tu oración; pero, porque tú perseveraste en oración, finalmente esa potestad fue desplazada y yo pude pasar».

En consecuencia, los ángeles, al luchar contra las potestades malignas, tienen que ser apoyados por la iglesia, porque la iglesia está sobre los ángeles. Escrito está: «*...lo dio por cabeza* (a Cristo) *sobre todas las cosas a la iglesia*». Porque la iglesia expresa la autoridad de Cristo y los ángeles actúan en función de esa autoridad. Y si la iglesia no ora y no ejerce autoridad, los ángeles no pueden hacer nada.

Los ángeles actúan cuando la iglesia actúa. Eso es un secreto que nos es mostrado aquí. Miguel y sus ángeles actúan cuando la iglesia actúa, y producto de la oración de Daniel, el príncipe de Persia es desplazado y se abre el camino para que el ángel de Dios llegue con la orden y el mandato de Dios, y entonces viene a cumplirse la profecía.

¿Se da cuenta de lo importante que es todo esto? Esta es la batalla espiritual. No es una batalla simplemente por nuestra salud o bienestar, o nuestras situaciones personales. Esto va mucho más allá, hermanos. Debemos tener una visión mucho más amplia. Estamos luchando para que se cumpla la voluntad de Dios en la tierra, que Satanás sea desplazado y los propósitos eternos de Dios vengan a la tierra.

Entonces esa es la visión del libro de Apocalipsis. Detrás de esta batalla en el cielo, está también el principio de la iglesia, orando y haciendo que las cosas acontezcan, y abriendo un camino para que los ángeles de Dios, por decirlo así, arrojen a Satanás del cielo. Cuando el diablo cae a la tierra, se ensaña aún más contra la iglesia y llama a escena al falso profeta y a la bestia, pero eso todavía está más adelante.

Principios para la victoria

Veamos los principios por los cuales la iglesia vence a Satanás según Apocalipsis 12. Los versículos 10 y 11: «*Entonces oí una gran voz del cielo que decía: ahora ha venido la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios y la autoridad de su Cristo*». Lo que está aquí en juego es esto: que se establezca el reino de Dios y la autoridad de Cristo sobre la tierra, «*porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de Dios día y noche…*» Esto es una clara referencia a la historia de Job, y dice «*y ellos le han vencido…*». ¿Cómo? «*...por medio de la sangre del Cordero y la palabra del testimonio de ellos, y…* – observen la última condición– *menospreciaron sus vidas hasta la muerte*». Aquí están los tres elementos con los cuales la iglesia vence a Satanás.

La sangre del Cordero

Primero, la sangre del Cordero. Esto no significa, como algunos creen, que cuando uno está enfrentando las tinieblas tiene que invocar la sangre. No es una cosa mágica. Esto se refiere a que la principal obra que Satanás hace contra nosotros es la acusación.

No hay obra más insidiosa del diablo que la acusación. Él nos acusa constantemente. Como ya no nos puede acusar ante Dios, porque tenemos a nuestro Abogado, llega hasta nuestra mente y nos susurra: 'Tú eres un pecador, tú no sirves para nada, tú le fallas a Dios'. Y nos va poniendo un peso de culpa que, finalmente, si le hacemos caso, nos lleva a una derrota espiritual. Y lo segundo, que es tan insidioso como lo primero, es que nos acusa a unos contra otros. Satanás no sólo se contenta con acusarme ante mi propia conciencia, sino que va y me acusa con mi hermano y me sugiere: '¿Viste lo que tu hermano te hizo?', sembrando la discordia dentro del cuerpo de Cristo.

Hay una sola manera de defenderse de la acusación del diablo: la sangre de Cristo. Porque la sangre de Cristo implica que el Señor ha cancelado toda mi deuda. Satanás puede acusarnos todo lo que quiera, pero el Señor ya pagó por nosotros. Si peco (y todos pecamos ocasionalmente), tengo que acudir inmediatamente a la sangre, y confiar en ella. Satanás siempre va a tratar de desvalorizar la sangre, porque él sabe que el día que logre minimizar su valor, seremos derrotados. Porque, ¿quién nos puede defender de su acusación, sino la sangre de Cristo?

Recuerden que la acusación del

diablo busca desconectarnos de Dios. Cuando yo me siento culpable y pecador, no puedo tener comunión con Dios. Es imposible, debido a que Dios es santo, y, aunque la acusación sea mentira, ya me separa de Dios si la acepto. ¿Cómo puedo caminar con Dios, si me siento pecador?

Por eso, entre otras cosas (hago un paréntesis), en la iglesia primitiva mantenían la cena del Señor como el centro de su reunión, porque es el recordatorio, permanente y constante para todos, de que la sangre de Cristo fue derramada por nosotros. Es la sangre la que nos mantiene en comunión con Dios.

«...le han vencido por la sangre del Cordero». No podemos, ni debemos, aceptar ninguna acusación de Satanás, porque si lo hacemos estamos menospreciando el valor de la sangre de Cristo: «*Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad*». Pero, así como yo veo que Cristo me limpia a mí, también debo considerar que limpia a mi hermano; y que la misma sangre que me justifica a mí, lo justifica a él. Si mi hermano me ofende, si peca o hace algo errado, Cristo también lo defiende, porque es nuestro abogado. Él murió por los pecados de mi hermano y canceló la deuda de mi hermano al igual que la mía. En consecuencia, se aplica la sangre de Cristo en ambos casos para vencer al diablo.

La palabra del testimonio

Veamos ahora el segundo elemento: ***la palabra del testimonio de ellos***. Aquí la palabra del testimonio es la confesión de Jesucristo. Es el anuncio, la declaración de quién es Cristo para nosotros. Está expresado así, porque en la época en que Juan escribió el libro de Apocalipsis, se emitió un decreto imperial en el que todos tenían que adorar al emperador. Los cristianos tenían que hacer una confesión y decir: 'El emperador, César, es el Señor', es decir, el *Kyrios* (griego).

Si ellos no hacían eso, eran llevados a muerte. Era una confesión que se hacía con los labios y, por supuesto, los cristianos no podían decir que César era el Kyrios, porque Kyrios es un título exclusivo que declara no sólo la autoridad suprema del Señor Jesucristo, sino también su divinidad. Entonces, «*la palabra del testimonio de ellos*», es que Cristo es nuestro Señor y Dios. Y es no sólo una confesión, sino un hecho, que Cristo es nuestra cabeza, nuestro Señor.

Si estamos efectivamente bajo la autoridad de Cristo, Satanás no nos puede tocar, porque él no puede tocar al Señor. Pero para esto, se requiere que caminemos bajo Su gobierno, bajo Su autoridad, que le reconozcamos como nuestra cabeza en todas las cosas y así lo confesemos.

Menospreciaron sus vidas

Y el tercer elemento es, ***«menospreciaron sus vidas»***. Finalmente, sólo hay una manera de vencer a Satanás de manera definitiva: menospreciar esta vida hasta la muer-

te. Esto significa que debo estar dispuesto incluso a morir por el Señor. Si yo estoy dispuesto a perderlo todo, Satanás no me puede vencer. Pero si me aferro a algo, él ya me venció.

¿Recuerdan la historia de Job? ¿Qué le dijo Dios a Satanás? *«Anda y quítale».* Fue Satanás y le quitó todos sus bienes, después mató a su familia, y después, en la tercera ocasión, no contento con eso, fue y le quitó su salud, y aun la esposa de Job se volvió contra él. En breve tiempo Job lo perdió todo. Si hubiese estado aferrado a alguna de esas cosas, él habría sido vencido. Satanás habría ganado la batalla. Porque ¿cuál era la acusación de Satanás? «A ti Job te ama, te sirve y te obedece porque tú lo proteges. Te ama por lo que tú le das; pero quítale y vamos a ver». Finalmente, esta es una batalla entre Dios y Satanás por el corazón de Job.

Satanás sostiene que el hombre sólo sirve a Dios por interés, ya que él mismo no lo haría por otra cosa más, porque así es Satanás. Y Dios quiere que le sirvamos por amor. Es una batalla por el corazón. ¿Cuál es la única manera en que esto se puede mostrar? ¿Cómo se vence al diablo? Dios tiene que llevarnos por un camino donde nos despoja y nos quita aquello que amamos, para que se vea si efectivamente somos capaces de obedecerle y amarle, sólo porque él es digno y merece todo. Si Dios nos quita todo, ¿seremos capaces de seguir adelante? Por eso dice: «*...y menospreciaron sus vidas*», tal como Job.

Conciencia de la batalla

Pienso que uno de los grandes problemas de la Cristiandad es la falta de conciencia con respecto al tamaño y el grado de intensidad de la batalla en que está envuelta. Es una batalla por el gobierno del universo, por el dominio del mundo. Nosotros sabemos que la batalla ya la ganó el Señor, pero Satanás se resiste y no lo acepta ¿Quién va a gobernar: Cristo con su iglesia o el diablo? ¿Quién va a ganar el territorio? Es una pelea a muerte. Cuando el diablo pierda esta batalla será arrojado al lago de fuego y no habrá nunca más oportunidad para él. ¿Se dan cuenta de que él lucha por su vida, por su sobrevivencia? Entonces, se trata de un enemigo formidable; pero nosotros tenemos al Gran Vencedor.

Una batalla corporativa

Otra cosa importante que Pablo nos dice de esta batalla, se encuentra en Efesios, y es que la lucha contra el diablo no es solitaria. No podemos librar esta batalla solos. Tú y yo solos, luchando contra el diablo, ya estamos vencidos. Esta es una batalla que se libra en el cuerpo de Cristo. Esta es otra enseñanza fundamental de la Biblia. Lo que tiene poder para vencer al diablo no somos nosotros, solitariamente. Es en el Cuerpo que está la victoria y la autoridad de Cristo para vencer.

Vean lo que dice en Efesios 6:10, un pasaje muy conocido que muchos interpretan de manera individual,

pero que Pablo lo pone de manera colectiva. Recuerden que el asunto de Efesios es la iglesia. Primero nos revela el propósito eterno de Dios con respecto a la iglesia en el pasado, luego la edificación de la iglesia en el presente y luego la batalla de la iglesia contra las huestes espirituales de maldad, donde el nuevo hombre que es el cuerpo de Cristo (v. 11) se pone de pie para librar la batalla. Y nos dice: «*Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firme contra las asechanzas del diablo*». Se refiere a la iglesia. No a mí individualmente, sino a toda la iglesia, vistiéndose la armadura de Dios. El cuerpo de Cristo se viste de la armadura, pues es una lucha que libramos juntos.

Y entonces nos dice que hay armas ofensivas y defensivas, «*porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes*». Hay una batalla que la iglesia debe librar y está librando por el dominio de la tierra. Satanás domina al mundo con magia, espiritismo, hechicería, filosofías, religiones, etc. Son intervenciones de espíritus demoniacos en la vida de las personas. Sin embargo, esas cosas no funcionan contra la iglesia, porque está escrito: «*Ningún arma forjada contra ti prosperará*».

Cualquier principio de hechicería no funciona contra la iglesia, porque ella no está bajo el poder de Satanás. Estas cosas funcionan en un mundo donde Satanás es rey y señor. Pero la iglesia está bajo el poder y la autoridad de Cristo. Ni la hechicería, ni la brujería funcionan con ella, a menos que alguien se ponga en la posición de que estas cosas lo alcancen, saliendo de la autoridad o de la cobertura del Señor.

No obstante, nos dice Efesios que un creyente se mantiene bajo la autoridad del Señor de dos maneras: por un lado, cuando él está sujeto directamente al Señor en el corazón, y el Señor vive en él. Pero, por otro, también cuando alguien está sujeto directamente al cuerpo de Cristo. Si alguien elude la autoridad del cuerpo también se expone a los ataques de Satanás.

Pongo un ejemplo: cuando Pablo trata con el caso de aquel hombre que pecó en Corinto, dice: «*El tal sea entregado a Satanás*». ¿Qué significa eso? Dice: «*Reunídos vosotros, toda la iglesia y mi espíritu*» , y eso quiere decir que la iglesia, cuando aparta a una persona y la pone fuera de su comunión, la entrega a Satanás, porque queda fuera de la protección del cuerpo de Cristo.

Fíjense en la obra insidiosa de Satanás, cuando quiere destruir a un hijo de Dios. Primero, lo enemista con la iglesia y empieza a trabajar para apartarlo. Éste se empieza a aislar, a quedarse en la casa, y ya no se reúne con los hermanos. Rápidamente Satanás encuentra una manera de atacarlo y lo destruye. Es como el lobo. Cuando el lobo quiere atacar

al rebaño, va y aísla una ovejita, una sola. O los leones, que cuando atacan un rebaño de búfalos, no se lanzan sobre toda la manada; le caen a uno y lo aíslan. Así es Satanás, como un león rugiente. Él trata de aislarnos, porque sabe que separados del cuerpo estamos expuestos, porque el cuerpo de Cristo es nuestra protección contra él.

El día malo

Entonces dice: «*Vestíos…*», en plural. Es el cuerpo el que se viste de la armadura «*…de Dios para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo*». Y ahí explica lo de la lucha, como dice el 13: «*Por tanto, tomad toda la armadura de Dios para que podáis resistir en el día malo*».

Hay un día malo. No se trata de que Satanás pueda en todo tiempo y a cada momento atacarnos, sin cesar, durante toda nuestra vida, porque Dios sabe que no podríamos resistir algo así. Entonces, Dios le da tiempo, días, ocasiones y periodos para atacarnos. Por ejemplo, la ocasión en que el Señor le dijo a Pedro: «*Pedro, Satanás te ha pedido para zarandearos como a trigo*». Allí claramente Dios le concede esa posibilidad, pero no es que toda la vida de Pedro será un zarandeo; ¿pues quién va a resistir esto toda la vida? No, es por unos días, por unas semanas. Pero va a venir y va a estar allí y, claro, esto significa que Pedro llegará a negar al Señor, y a través de esa negación, finalmente se convertirá en el apóstol que el Señor está buscando. Antes Pedro era seguro e impetuoso, y después está quebrantado, humillado, y es ahí cuando el Señor lo puede usar.

«*...para que podáis resistir en el día malo*». Hay un día malo que viene sobre la iglesia, inevitablemente. Hay momentos en que parece que todo empieza a ir de mal en peor, como le pasó a Pablo, y las cosas se ponen difíciles. Vienen las enfermedades, los hermanos pierden sus trabajos, viene la pobreza. Es un día de remezón; pero ¿cuál es el propósito de Dios en aquello? Que todo lo que no es de Cristo, lo que es meramente humano, caiga y sólo quede en pie lo que es de Cristo.

Hermanos, a Dios no le interesa la cantidad, ni el éxito humano, ni que tengamos la iglesia más grande. Nada de eso le impresiona; lo que Dios quiere es que Cristo sea formado en nosotros, y para eso él tiene que separar la paja del trigo. Noso-

Tú y yo solos, luchando contra el diablo, ya estamos vencidos. Esta es una batalla que se libra en el cuerpo de Cristo. Esta es otra enseñanza fundamental de la Biblia.

tros no sabemos cuánto tenemos de Cristo hasta que pasamos por el día malo, pues cuando viene el zarandeo se desprende de nosotros todo lo que no es de Cristo. ¡Ay de ese día para algunas iglesias! Porque cuando las iglesias se edifican en la pura actividad, energía y capacidad humana, viene el zarandeo y no queda nada. Pero, cuando estamos realmente en Cristo, lo de Cristo siempre sobrevive, porque Satanás no puede destruir a Cristo.

Ahora, esto puede ser terrible para nosotros, porque de pronto son cosas que uno ama y cree que son reales, pero no lo son. ¿Quién de nosotros se conoce a sí mismo? ¿Quién de nosotros sabe hasta qué punto es perverso? No lo sabemos. Fíjense que no sólo el pecado es algo que Dios no acepta en su obra; él tampoco acepta nada que venga meramente del hombre. Dios no quiere nada que sea simplemente nuestra inteligencia, nuestra habilidad, nuestra fuerza. Dios quiere que todo sea Cristo, desde el centro hasta la circunferencia de la iglesia. Que todo esté fundado en Cristo, en la vida de la resurrección, en el poder de Cristo.

De eso se trata todo, y por esto el Señor, de tiempo en tiempo, permite que el diablo venga de manera especial contra nosotros, pues él está siempre listo para atacar y hacernos guerra. Pero, si estamos en Cristo, no nos puede vencer, y, en verdad, nos hace más que vencedores. Sólo en la batalla descubrimos la victoria. ¿Cómo va a saber usted de la victoria si nunca ha peleado una batalla? ¿Cómo va a saber que Cristo es vencedor si nunca se enfrentó al enemigo? ¿Cómo va a descubrir el poder victorioso de Cristo si nunca estuvo frente a frente con el dragón? Es inevitable.

«Estad firmes...»

«Estad, pues, firmes». El hermano Watchman Nee explica esto muy bien, diciendo que en la carta a los Efesios hay tres verbos que representan la posición de la iglesia, la actividad o la obra de la iglesia y la batalla contra Satanás. El primero es ***«sentaos»,*** que representa la posición celestial. Ahí yo no tengo que hacer nada, sino que descansar en la obra consumada de Cristo. Pero luego viene, ***«andad»*** y ahí se refiere a lo que yo hago en respuesta a la obra consumada de Cristo. Y finalmente, ***«estad firmes»***, lo que hacemos con respecto a Satanás.

Con respecto a Satanás, no hay que conquistar nada, ni ganar nada; hay que simplemente mantener el territorio que Cristo ganó para nosotros. *«Estad firmes» es* sostener lo que Cristo ya nos dio. ¿Qué va a tratar de hacer Satanás? Va a tratar de robar y destruir todo lo que Cristo nos dio.

Voy a poner un ejemplo: Supongamos que yo conozco mucho de la Palabra, la he estudiado y me he llenado de conocimiento. Dios, no obstante, no quiere mero conocimiento, sino que quiere realidad, quiere que viva Cristo en mí. Por ello, va a ve-

nir un día en que Dios va a permitir que Satanás me zarandee a tal punto, que todo ese conocimiento que yo creo tener, si no es algo que vino de Cristo, se va a hacer polvo. No me va a sostener en el día de la prueba, y entonces, yo voy a descubrir amargamente que mi conocimiento era puro concepto intelectual; que aunque yo creía saber muchas cosas, no las sabía, porque no me sostuvieron en la hora de la prueba. Y esta hora, inevitablemente, viene sobre todos los escogidos.

Otro ejemplo: Supongamos que yo sea una persona pacífica, amable y simpática por naturaleza. Pero Dios no quiere que yo sea meramente una persona amable y simpática. Él quiere que Cristo sea formado en mí, y que lo que haya en mí sea la amabilidad, la mansedumbre de Cristo. Entonces, Dios va a permitir que pase por un periodo de prueba. Cuando somos puestos bajo una presión muy grande, lo humano se derrumba. Entonces, de pronto ese hermano que era tan amable, simpático, y humilde, se convierte en una persona rebelde y agresiva. Todo aquello que era artificial se está cayendo y ahora él tiene una oportunidad de vestirse del carácter de Cristo, de la mansedumbre de Cristo. Ahí uno ve cómo Dios usa a Satanás.

Nuestra Armadura

Entonces la prueba, la batalla, viene. Pero, ¿cómo podemos estar firmes? «*Ceñidos vuestros lomos con la verdad*». Antes, las personas usaban túnicas, y para moverse con libertad en una batalla, esto constituía una dificultad. A un soldado que peleaba con túnica, ésta se le enredaba en las piernas. ¿Cómo se pelea así? Pues bien, había que ceñirse la túnica para poder pelear.

Esta es una figura de la verdad, pues recuerden que el ataque de Satanás siempre viene a la mente. Son dardos mentirosos que buscan engañar, pensamientos malignos que buscan apoderarse de nuestra mente. Entonces, ¿cómo podemos movernos en medio de ellos y esquivar todos los dardos que vienen de Satanás? Cuando ordenamos nuestra mente con la verdad. Así distinguimos rápidamente los golpes y nos movemos con agilidad, espiritualmente hablando.

«*Vestíos con la coraza de justicia*». Esto es lo mismo de lo que veníamos hablando sobre la sangre de Cristo. Esta justicia es la justicia que Cristo nos da para vencer, porque Satanás trata de atacarnos por medio de acusaciones, como ya hemos visto. ¿Cuál es la coraza que nos protege de sus dardos de acusación? El hecho de la justicia de Cristo: «*Justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios*».

Calzados los pies

«*...y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz*». Usamos los pies para caminar o correr. Recuerden, en medio de una batalla, los pies son fundamentales. Los soldados antiguos, a diferencia de hoy, depen-

día de sus pies. Los mejores soldados eran los más veloces, por dos razones: para perseguir al enemigo, y para huir. La velocidad era fundamental.

En nuestro caso, nosotros no tenemos que arrancar, sino estar firmes. Pero, los pies son fundamentales para movernos. Entonces hay que calzarse los pies con el apresto del evangelio de la paz. ¿Y por qué de la paz? Es que la batalla no la libramos solos, sino, en primer lugar, con el Señor a nuestro lado. Pero además, y en segundo lugar, la libramos juntos. Pero, si estamos peleados entre nosotros, ¿cómo podemos librar la batalla?

Satanás usa una antigua máxima: 'Divide para reinar'. Si él logra meter una cuña y dividir, logra vencer; porque un ejército dividido está derrotado. Por eso, el apresto del evangelio de la paz implica que caminamos juntos, nos movemos al unísono, como el ejército romano.

No hubo otro ejército semejante; una verdadera máquina de guerra. Y una de sus características (que es lo que tiene Pablo en mente) es que se movía al unísono, como un solo hombre coordinado. Si hubieran estado peleados unos con otros, cada uno tomando su propio camino, no hubieran vencido. Cuando tenían que enfrentar a los guerreros bárbaros, mucho más fuertes, pero que luchaban cada uno por su cuenta y no tenían ninguna organización, los romanos vencían porque se movían como un solo hombre. Así tenemos que movernos nosotros con el evangelio de la paz, pues el evangelio nos reconcilió con Dios y nos reconcilió los unos con los otros. Si estamos enojados unos con otros, Satanás ya tiene una manera de vencernos.

El escudo de la fe

«*Sobre todo*», o sea, por encima de todo, «*tomad el escudo de la fe*». Nosotros tenemos la coraza y la armadura, pero lo que cubre la armadura y la rodea es el escudo. El escudo romano era alto, y cuando el soldado lo ponía delante, quedaba tapado hasta los ojos; era como una especie de muro que lo protegía de cualquier ataque. Lo que hacía invencible a los escudos romanos, era que cuando venía el ataque del enemigo, ellos pegaban escudo con escudo y formaban una barrera impenetrable. Entonces el ejército enemigo chocaba contra una pared de escudos, de tal manera que era imposible penetrar a través de esa muralla.

Así es el escudo de la fe. Porque la fe no es algo meramente individual. Es toda la iglesia que se afirma en la Palabra del Señor, y que levanta así una muralla de escudos. Entonces, si un hermano se debilita, Satanás lo va a atacar, pero el hermano que está a su lado lo afirma. Estando unidos unos con otros, el enemigo no puede pasar a través de esa barrera. Entonces, hermanos amados, el escudo de la fe se levanta entre todos. A veces yo no tengo fe, pero mi hermano tiene fe; a veces yo me debilito, pero mi hermano viene y me le-

vanta. Eso es lo que hacía al ejército romano invencible. Por eso Pablo, que conocía del ejército romano, sabía lo que estaba hablando.

La iglesia es como un ejército imbatible, el ejército de Dios, mucho más poderoso que cualquier ejército humano. Pero, usando la figura del ejército romano, Pablo se daba cuenta de que ese ejército tenía cosas que otros no tenían y que lo hacían invulnerable. Por ejemplo, a veces los romanos se enfrentaron con elefantes. Enfrentar un elefante es una cosa difícil, pues es un animal gigante. Entonces ellos clavaban sus escudos en la tierra y los soldados de atrás ponían sus escudos como techo y tomaban una posición que llamaban *la formación de la tortuga*, contra la cual un elefante no podía hacer nada.

Esto es el escudo de la fe: algo maravilloso. Los romanos literalmente tapaban con los escudos su ejército: unos los ponían adelante, otros por arriba, otros por detrás y quedaban como un muro y un techo impenetrable. No había nada que pudiera penetrar ese escudo. Y eso lo hacían entre todos: ese era todo el secreto. Yo solo, con un escudo, ¿cuántos flancos puedo tapar? Ahora, si hacemos un escudo entre todos, podemos tapar todos los flancos. Este es *«el escudo de la fe, con el cual podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno»*.

El yelmo y la espada

«Tomad el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios». El yelmo de la salvación es el hecho de la obra completa de Cristo a nuestro favor. Satanás siempre ataca nuestra mente; pero, si yo me pongo el yelmo de la salvación, o sea la obra completa de Cristo, y armo mi mente con ese entendimiento, Satanás no puede contra mí, porque lo que Cristo hizo por nosotros cubre todos los flancos por los cuales Satanás puede venir.

«...la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios», es nuestra arma de ataque. Una cosa interesante: los romanos, a diferencia de otros pueblos, no usaban una espada larga. A veces uno cree que mientras más grande es la espada, es más poderosa. Pero los romanos se dieron cuenta de que cuando hay una lucha cuerpo a cuerpo, la espada larga no sirve de nada, porque para moverla se requiere un movimiento amplio. Entonces, ellos usaban la espada corta. La espada romana era mortal, porque era pequeña, y podía matar con un movimiento corto en la batalla cuerpo a cuerpo.

A veces, amados hermanos, la batalla se hace más intensa y terrible; el diablo nos ataca por todos lados, y la confusión nos rodea ¿Qué recursos tenemos entonces? La palabra de Dios, porque la palabra de Dios se abre paso a través de las tinieblas, las mentiras y la oscuridad, y en medio de toda esa trabazón y confusión, ella despeja y abre camino.

Un hermano está siendo acosado y oprimido por el diablo, pero la palabra de Dios entra en la mente del

hermano y despeja la oscuridad y se hace la victoria. Y, si la palabra de Dios está constantemente entre nosotros, compartida, confesada y cantada, esa palabra deshace cualquier ataque, cualquier artimaña, cualquier argumento del enemigo. Entonces esta es nuestra arma de ataque.

La oración como arma

Y el arma final de la iglesia, *«orando en todo tiempo…»*. ¿Por qué? Porque, en la oración, la iglesia cumple su ministerio de traer a la tierra el reino de Dios. Es por medio de ella que Satanás es despojado y arrojado fuera, como vimos antes.

En una primera parte están las armas defensivas, para protegernos del diablo. Pero, cuando pasamos al ataque, ¿qué usamos? La espada del Espíritu y la oración. Con la oración pasamos al ataque, porque un ejército no sólo vence defendiéndose. En algún momento tenemos que enfrentar al ejército enemigo y derrotarlo.

¿Cómo se derrota al diablo? Con la palabra de Dios y con la oración. Con la oración nosotros desalojamos al diablo, traemos a la tierra la voluntad de Dios, el reino de Dios, declaramos que en la tierra Jesucristo está reinando, y Satanás tiene que sujetarse.

Porque fíjense como dice: *«...con toda oración…»*. Y toda oración significa todo tipo de oración. No es una sola oración, sino una oración que cubre todas las circunstancias, todas las situaciones. *«...toda oración y súplica en el Espíritu»*, porque cuando oramos no somos solamente nosotros los que oramos; es el Espíritu de Dios quien trae a nuestro corazón la voluntad de Dios.

Nosotros no sabemos orar como conviene. Sin embargo, al orar, el Espíritu nos revela su voluntad y empezamos a declarar la voluntad de Dios, y entonces, se abre el camino para el cumplimiento del propósito de Dios. Cuántas veces al orar, el Espíritu nos carga con un entendimiento o una palabra específica y es él quien abre el camino con nosotros. Entonces no oramos solos; nos unimos a Dios en el Espíritu, para que su voluntad sea hecha en la tierra.

Y, hermanos, nada puede ser más poderoso en el mundo que cuando lo voluntad humana se rinde a la voluntad divina. Cuando la voluntad del hombre se hace una con la voluntad de Dios, se abre la compuerta del cielo y todo el poder de Dios y toda la autoridad de Dios desciende a la tierra, y frente a eso, ¿qué le queda al diablo? Solamente huir.

«...y velando en ello con toda perseverancia…». Consideremos el ejemplo de Daniel. No es una cosa automática. Hay que orar, orar y orar hasta obtener la respuesta, hasta alcanzar la victoria.

Orando por todos

Finalmente dice: *«por todos los santos…»*. La iglesia tiene que cubrir a todos los santos; tiene que preocuparse de todos ellos y ponerlos a to-

dos juntos en su oración. Y Pablo dice al final: «*...y por mí*». Porque Pablo, como todos los apóstoles, es la punta de lanza de la iglesia; el hombre que va adelante (por decirlo así). La iglesia es un ejército, y él es como los exploradores que son enviados al territorio del enemigo. Y Pablo no va solo. Muchas veces va solo físicamente, pero detrás de él está toda la iglesia. Aquí está la iglesia, avanzando y yendo a conquistar el territorio enemigo.

Entonces, es tan importante que cuando los hermanos son enviados a un territorio nuevo, adonde antes no estaba el evangelio, vayan apoyados constantemente por la oración de la iglesia. No hay nada que haga tanto por la obra misionera como la oración de la iglesia detrás de esa misión. Pablo dice que: «*...para cuando yo abra mi boca, me sea dado expresar con denuedo el misterio de Cristo*». Hermanos, porque la predicación es un misterio espiritual y no una cosa meramente humana.

Cuando alguien abre su boca para ministrar al Señor, para hablar del Señor, para anunciar el misterio de Dios, requiere que el Espíritu le entregue las palabras correctas e inspiradas. No se trata simplemente de saberse de memoria todo, y como un conferencista, empezar a dar un discurso. No es así. Esto es algo que tiene que ser inspirado por el Espíritu siempre, al punto de que las palabras en ese momento sean las correctas, las que el Espíritu da para tal efecto.

Por eso, nunca un mensaje va a ser igual a otro, porque el Espíritu va a dar palabras adecuadas para cada momento. ¿Pero, cuándo ocurre eso? Cuando la iglesia ora y todo se despeja.

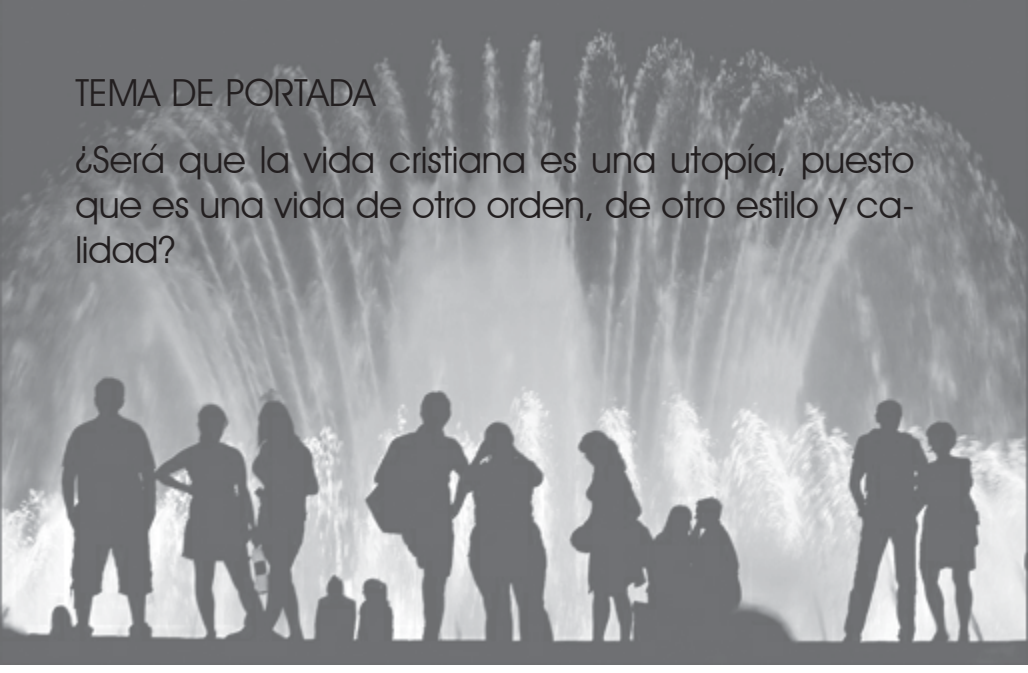
¿Usted ha estado alguna vez en una reunión en que al hablar la palabra siente una atmósfera opresiva y cargada? Esto es una obra de Satanás, pues hay poderes espirituales tratando de impedir que el evangelio llegue a los corazones. Pero, si la iglesia ora, se despeja todo ese ambiente espiritual y la palabra fluye y toca los corazones, y hay un cielo abierto.

¿Recuerdan cuando el Señor Jesús dijo a sus discípulos: «*De ahora en lo adelante veréis el cielo abierto…*»? Es algo fundamental que, cuando nosotros ministramos, haya un cielo abierto sobre nosotros, y los ángeles de Dios puedan descender. «*Los ángeles de Dios suben y descienden sobre el Hijo del Hombre*». Esto es lo que dijo Jesús, recordando la escalera de Jacob. Siempre sobre Cristo había un cielo abierto. Él era una escalera, un puente entre el cielo y la tierra, por el cual descendían los ángeles que traen la voluntad de Dios a la tierra. Con la iglesia, tiene que ser igual; sobre la iglesia siempre tiene que haber un cielo abierto, para que la autoridad de Dios y el reino de Dios desciendan a la tierra.

* * *

TEMA DE PORTADA

¿Será que la vida cristiana es una utopía, puesto que es una vida de otro orden, de otro estilo y calidad?



¿Puede el hombre vivir la vida cristiana?

Roberto Sáez

Sólo en Cristo

La única vida cristiana que ha existido y que existe es la vida de Cristo. El Nuevo Testamento se escribió para explicar a los cristianos cómo es que se vive la vida cristiana, la vida de Cristo. Cada epístola registra el consejo de Dios a través de los apóstoles referente a cómo es y cómo se ha de vivir la vida cristiana.

En sí mismo nadie puede vivir la vida cristiana. Sólo en Cristo es posible; es Cristo mismo la Vida cristiana y por tanto tan sólo él la puede vivir en nosotros. Entonces, ¿qué participación tenemos nosotros en la vida cristiana? ¿Cómo se reconcilia el hecho de que tan sólo Cristo puede vivir la vida cristiana, con el hecho de que se nos hace demandas a los cristianos para experimentar la vida de Cristo?

El creyente tiene una participación en Cristo, por la unión con Cristo, por él y en él; por lo tanto no tiene participación separado de Cristo, pues en tal caso, lo que haga es nada, aunque humanamente sea mucho; es por eso que en Juan 15 se nos pide que permanezcamos en él porque aparte de él no podemos hacer nada.

La vida cristiana, ¿puede ser aprendida y por lo tanto enseñada? Pablo habla de que él aprendió a «estar contento cualquiera fuese su situación». Esto nos dice que es posible aprender cómo se vive la vida cristiana (Fil. 4:12).

La vida cristiana es la vida de Cristo; y esta vida corresponde a un orden de vida infinitamente superior a la vida de los hombres terrenales; tan sólo por este hecho, es imposible que los hombres, con su vida creada y caída, puedan vivir la vida increada y eterna.

¿Será que, por esta imposibilidad de vivir en nuestra fuerza la vida del cielo, nos convertimos en personas pasivas, sin actividad y participación en la vida cristiana?

Esto es muy posible, debido a una comprensión inadecuada de la consistencia de la vida cristiana. No obstante, la vida cristiana es la más activa, graciosa, desafiante, dichosa y llena de propósito, de todas las formas de vida que existen, porque es la vida de Dios. Se plantea como una carrera, como un combate, como una lucha, como una potencia dinámica que actúa en los que creen en ella y la han recibido. Es agresiva y belicosa; está en permanente lucha contra el enemigo, la carne, el pecado, el mundo y toda adversidad; al mismo tiempo que es «*amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza*» (Gál. 5:22-23).

¿Una utopía?

¿Será que la vida cristiana es una utopía, puesto que es una vida de otro orden, de otro estilo y calidad? Esto es lo maravilloso y atractivo de la vida cristiana: que, siendo de un orden altamente superior al nuestro, haya venido para condescender con la bajeza del hombre y hacer de éste su habitación, para ser contenido y luego expresado por los que la reciben.

¿Cómo se entiende que Pablo invite a los cristianos a imitarle a él, como él imita a Cristo (1ª Cor. 11:1), siendo que la vida cristiana es Cristo mismo y el hombre en sí mismo, o en su carne, no lo puede imitar, pues el único que vive la vida cristiana es Cristo mismo? O, ¿cómo se entiende lo que dice Pedro, en cuanto a que Cristo nos dejó ejemplo para que si-

gamos sus pisadas? ¿Puede el hombre seguir a Cristo e imitar su vida? ¡No! El hombre en sí mismo no puede; el secreto está en lo que dice Pablo: «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*» (Gál. 2:20).

Sin duda, para poder vivir la vida cristiana, necesitamos comprender en qué consiste esta ecuación: Menos yo, más Cristo. Se nos presenta una resta y una suma; restamos la vida de nuestra alma, para sumar la vida de Cristo. Es algo simple y a la vez complejo, como todas las verdades que precisan de una revelación espiritual. Se trata de la aplicación de la cruz en nuestra vida terrenal, aquella misma que Jesús nos invita a cargar día tras día, y que constituye el camino estrecho par todo aquel que desea hacer la voluntad de Dios.

Aquí está el secreto de la realización de la vida cristiana en la naturaleza humana. Se trata entonces de una vida rendida y negada, para dar paso a aquella otra vida, la que preferimos antes que la nuestra.

Esta explicación de la vida cristiana, siendo tan verdadera, ¿no trae consigo la idea de una aniquilación de la persona? Sí, más de alguien lo ha pensado, y esto ocurre muy a menudo al interpretar las verdades parcialmente, sin considerarlas en su conjunto. El texto citado nos dice: «*Ya no vivo yo*». ¿A cuál *yo* se refiere? Al *yo* del alma. Nosotros, en la vida cristiana, tenemos un *yo* externo, y un *yo* interno, los cuales corresponden al hombre exterior y al hombre interior.

La función del alma

El texto citado tiene un segundo hemistiquio: «*…lo que ahora vivo (yo)…*». Este es el yo del hombre interior, el yo del espíritu humano, que ahora, amalgamado con el Espíritu Santo, vive la vida cristiana. El yo externo muere voluntariamente al tomar la cruz cada día, pero, experimenta vida de resurrección, que también es parte de la vida cristiana. En el proceso de aprehender la vida cristiana, el yo externo va muriendo y viviendo, muriendo a sí mismo y viviendo para Dios, para el espíritu, subordinado al espíritu.

No podemos vivir la vida del espíritu sin el alma; necesitamos el alma para expresar la vida cristiana. Sólo que el alma ha de estar rendida. Un alma sin cruz es un estorbo e impedimento para la expresión de la vida cristiana, pero un alma rendida a la cruz es absolutamente necesaria para participar, vivir y expresar aquella vida.

Entre el espíritu y el alma, se encuentra el corazón, el cual se inclina a uno u otro lado. Si va para el alma, todo se vuelve carnal, y si va para el espíritu, habrá una perfecta armonía, pues todo nuestro ser estará ordenado correctamente desde adentro hacia afuera. Siempre que el corazón se inclina a los deseos del alma, va a dar lugar a una vida contaminada, engañosa y extraviada. Sólo cuando el corazón sigue al espíritu va en la dirección correcta; luego, todo se vuelve bien coordinado en aquel universo interior dando lugar al fluir de los

ríos de aguas vivas que poseen los que han creído en Cristo.

Entendiendo la epístola a los Romanos

Pablo había explicado la vida cristiana en la epístola a los Romanos. Hasta el capítulo 7, venía exponiendo las verdades paso a paso. Cada verdad de la obra de Cristo a favor de los redimidos aseguraba más y más el corazón de los creyentes en cuanto a la naturaleza de la vida cristiana, con todas las implicancias de lo que Dios en Cristo tuvo que hacer para unirnos a la vida cristiana.

Sin embargo, al llegar al asunto de la ley, descubre que él es un miserable frente a las demandas de la ley divina. Descubre algo tremendo: la vida cristiana está reflejada en el carácter de la ley, y él se encuentra imposibilitado de vivir de acuerdo a ese carácter, que es también el carácter de Cristo, pues Cristo es el cumplimiento de la ley. «*Pero yo soy carnal, no puedo hacer el bien que quiero, apruebo con mi mente que la ley es buena, y me deleito en ella, pero el pecado está en mí...*». ¡Glorioso descubrimiento! Yo no puedo vivir la vida cristiana.

¿Quién me librará? No tengo remedio. En mí mismo, no puedo; la vida cristiana es imposible para mí… ¡Ah!, pero: «*Gracias doy a Dios por Jesucristo... porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte*» (Rom. 7:25; 8:2). Pablo supo que la vida cristiana no era una mezcla de su vida con la de Cristo, sino que en la medida que él moría a sí mismo, Cristo vivía en él.

¿Cuántos de nosotros hemos llegado a esta conclusión? Me temo que somos resistentes a recibir y aplicar esta verdad a nuestra existencia en la vida cotidiana. Tal vez sea por esta razón que Dios permite que sus hijos caigan en algunos pecados y otros caigan en otro tipo de faltas, tales como malas reacciones, iras, enojos, envidias y pecados diversos, pecados que a veces, son expuestos en público para avergonzar la carne; porque si no falláramos, lo más probable, es que pensaríamos de nosotros mismos que somos las personas más buenas del mundo y estaríamos criticando, juzgando y menospreciando a los demás, midiéndolos por nuestra justicia propia.

He visto esta actitud en mis funciones pastorales, con mucha pena,

Necesitamos comprender en qué consiste esta ecuación: Menos yo, más Cristo. Se nos presenta una resta y una suma; restamos la vida de nuestra alma, para sumar la vida de Cristo.

aquellos padres que tienen hijos buenos, aconsejar a aquellos padres cuyos hijos han fallado en algo. 'Ah, hermano, si no corriges a tu hijo, llegará a ser un delincuente'. '¡No, conmigo no! Yo manejo a los míos con disciplina y no les permito que me falten el respeto. Me han salido buenos, porque he sabido corregirlos'.

Eso puede estar bien, pero cada persona es diferente, y no está bien jactarse de lo bien que hemos hecho las cosas, porque entonces tu vida cristiana es fenomenal, pues tal vez seas la única persona que ha podido vivir la vida cristiana. En cuanto a Pablo y a mí, y a todos los que como él nos consideramos miserables, confesamos que si no es él quien vive en nosotros, que si no es él la Vida de nuestra vida, somos un completo fracaso, por muy bien que hayamos hecho las cosas.

¿Quién es la vida cristiana?

La vida cristiana tiene muchas falsas interpretaciones, desde las herejías, hasta las verdades sobreenfatizadas. Puesto que la vida cristiana es Cristo, preguntamos por «Quién» y no «Qué» es la vida cristiana.

Necesitamos estar muy claros respecto de quién es el Señor Jesucristo. El Señor Jesucristo es una persona con doble naturaleza: es completamente Dios y completamente Hombre. Es divino y humano, es Dios hecho hombre. Aquí es donde surgen las más variadas herejías en relación a su persona. Unos rebajan la divinidad, exaltando la humanidad por sobre la divinidad; otros, por el contrario, rebajan la humanidad levantando la divinidad al punto de señalar que Jesús no era humano; otros ven, en las dos naturalezas, dos personas.

Así, las herejías han fallado provocando una secuela de seguidores cuyas vidas no reflejan la vida cristiana, ni pueden reflejarla, porque el Cristo que profesan no es el Cristo revelado por el Padre en las Sagradas Escrituras, sino un cristo inventado por sus mentes caídas, un cristo teológico, elucubrado por su propia imaginación y de acuerdo a sus propias filosofías de la vida baja y terrenal. Hablan de un cristo conceptual y por tanto no conocen al Cristo revelado por el Padre en las Escrituras.

Las verdades sobreenfatizadas son tan dañinas como las herejías, pues también distorsionan el testimonio de Cristo y, por lo mismo, de la vida cristiana. Históricamente, los cristianos han descubierto alguna verdad que estaba escondida, enfatizan tanto esta verdad, que todo comienza a girar en torno a una verdad pero no en torno a la Verdad que es Cristo. Un aspecto de la obra o de la persona o de las enseñanzas de Cristo siempre será importante, pero siempre será una parte y no el todo.

La modalidad de la vida cristiana

La vida cristiana fue manifestada en Jesucristo; estaba contenida en él, al mismo tiempo que él mismo era

la sustancia de aquella vida. *«En él estaba la vida, y la vida era…»* (Jn. 1:4). *«Lo que era en el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada , y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó)»* (1ª Jn. 1:1.2).

La vida que encarnó Jesucristo es la vida de Dios, y Dios, es una pluralidad de personas. Por tanto, esta vida tiene las características propias de una vida colectiva, de una vida que se vive en comunidad, vida corporativa, vida compartida, en mutualidad, en reciprocidad, en diversidad y multiplicidad de relaciones. Es la vida que ha vivido eternamente el Padre con el Hijo, en la unidad del Espíritu Santo. Es una vida intratrinitaria, (vivida hacia adentro de la Trinidad) que se ha vivido con exclusividad desde la eternidad, y que ahora, en Jesucristo se ha manifestado a sus santos, para que sea extendida hacia la iglesia, de modo tal, que la iglesia es la prolongación de la vida del cielo en la tierra.

Cuando los discípulos supieron de esta vida, comprobando su realidad con todos los sentidos de la naturaleza humana, dieron testimonio de que aquella vida eterna que estaba con el Padre (refiriéndose a Jesucristo) se había manifestado y ellos eran testigos de esta maravilla que ahora anunciaban a otros, para que esos otros también entraran a tener esa comunión dispensada desde el cielo, con ellos.

La vida cristiana, toma su modelo (modalidad) de la vida eterna que estaba con el Padre y con el Hijo en la unidad del Espíritu. Esta vida tiene una forma de ser, un estilo, una imagen (su modalidad, precisamente). A esa imagen fuimos creados: a la imagen de un Dios que vive en pluralidad de personas y que se manifiesta, consecuentemente, en forma corporativa; de lo cual Cristo es la incorporación. Su vida en los días de su carne es un ejemplo de vida compartida con el Padre y con el Espíritu; siempre se le ve dar testimonio de su comunión y dependencia del Padre por el Espíritu Santo. Nada hace por si mismo; las obras que hace, dice que son las obras que el Padre hace a través de él.

La consejería de los apóstoles, en cuanto a vivir la vida cristiana en el vivir de la iglesia, precisamente, va orientada a la práctica de la consideración de los unos con los otros, de soportarse los unos a los otros, de orar unos por otros, de amarse los unos a los otros. Encontramos esta expresión decenas de veces en el Nuevo Testamento, lo que implica que el vivir de la iglesia es el resultado de que en ella fue depositada la vida trinitaria, posibilitando la prolongación y expresión de esta vida en la comunidad de creyentes.

La vida del hombre

La vida del hombre sin Dios, es una vida individualista, centrada en

La imitación de Pablo consiste en la actitud que se ha de tener en cuanto a la cruz de Cristo.

el ego. Desde el principio, cuando Adán cayó, en él cayó toda su descendencia; y la caída consistió en separarse de la vida dependiente de Dios, quedando con una vida cuya identidad se expresa en forma independiente.

El llamado de Dios a los hombres, es un llamado a salir fuera de esa condición, para regresar al modelo original, que consiste en una vida en comunión con Dios, por lo tanto, a una vida apegada a él y que depende de él. El árbol de la vida traía en su naturaleza la genética de esa vida; no así el de la ciencia del bien y del mal, que causó la separación del hombre de Dios y consecuentemente la muerte.

Porque la vida no está en ningún otro lugar más que en la fuente de la vida, la cual es Dios. Eklesía es una palabra griega que significa: «llamados afuera». Así, Dios llama a los hombres a salir fuera de esa vida egocéntrica, para regresar a la vida que está vuelta hacia él. Es por esto, que nos trajo de regreso el árbol de la vida en Jesucristo, para que, comiendo de Cristo, podamos recibir el poder de la vida trinitaria. Siendo participantes de esta vida, se hace posible vivir la vida cristiana.

Jesús se anticipó a decirnos: *«El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él»* (Jn. 14:23). En esto, Jesús muestra una modalidad de vida colectiva; anuncia que seremos introducidos en la participación de una vida intratrinitaria, vida en comunión, en pluralidad de personas. Sólo así saldremos del egocentrismo, al vivir una vida compartida, donde mis acciones están reguladas por los intereses y la voluntad de otros, donde voluntariamente, me entrego a la dirección de aquel que me dio la vida para amarlo, adorarlo y servirlo. Allí, en el seno de esa vida, aprenderé a dar y recibir, aprenderé a ser amado y amar como Dios es amor. Inmerso en esta vida, se hará posible vivir la vida cristiana, para lo cual la vida de iglesia aquí en la tierra me es indispensable.

Es absolutamente necesario vivir la vida cristiana insertos en el cuerpo de Cristo, que es la iglesia. Particularmente, soy apenas un miembro del cuerpo, y de la misma manera como un miembro no puede vivir sin la conexión con los otros miembros del cuerpo, así mismo en la vida cristiana, no podemos desarrollarnos en Cristo viviendo como ermitaños.

Hay quienes declaran que han aprendido más de Cristo estando solos que participando de la vida de iglesia. Esto es una tremenda irreali-

dad; los tales no saben lo que dicen. Dios ha dispuesto el cuerpo de Cristo en la tierra como un campo de entrenamiento para el aprendizaje de la vida celestial. Es aquí donde somos entrenados, evaluados y configurados a la imagen de Cristo para las glorias que nos esperan en el reino de los cielos.

Muchos cristianos no saben experimentalmente lo que es la regulación del cuerpo, no saben lo que es considerar a los demás, respetar, escuchar el consejo, obedecer, sujetarse, servir sin alterar a otros, sin hacerse notar, sin intereses de reconocimiento, dejando espacio para los que vienen creciendo, prefiriendo a los demás antes que a uno mismo, sufriendo con el que sufre, llorando con el que llora y gozándose con los que se gozan.

En fin, es mucha la multiplicidad de relaciones que conlleva la modalidad de la vida cristiana, es mucho lo que hay que aprender, pues hemos vivido una vida privada y particular con nuestra familia consanguínea, pero ahora, hemos sido llamados a compartir una vida con otras personas, que tienen diferente formación, y en esa diversidad, se va formando el carácter de Cristo, en el roce de las piedras vivas, como las piedras que van por la corriente del río se van puliendo unas a otras por el roce, la erosión que produce su viaje por la corriente hacia el mar, van juntas, chocándose unas con otras, así mismo, nos rozamos con los hermanos en las congregaciones, al asumir el desafío de vivir la vida cristiana que nos conduce al océano del amor de Dios.

Nosotros en Cristo

«…mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús…» (1ª Cor. 1:30). La expresión *«en Cristo»*, se encuentra numerosas veces en el Nuevo Testamento. Contiene un significado superlativo para el entendimiento de cómo fue la elección de Dios, el llamado, la justificación y glorificación de aquellos que él consideró en Cristo desde la eternidad pasada.

Dios nos puso en Cristo, en su obra y en su persona. Somos participantes de Cristo, estamos en él; Dios nos ve en Cristo, escondidos en Cristo y a través de Cristo. Estar en Cristo es mucho más que una posición, mucho más que una vida convertida, más que una vida consagrada. Estar en Cristo es la más bendita realidad experimentada por aquellos que han gustado del toque divino del amor de Dios al hacerlos participantes de la vida cristiana que es en Cristo.

«…por él (por Dios) estáis vosotros en Cristo». Por una elección divina, por un acto de la voluntad y del amor de Dios, por su intervención histórica a través de la obra redentora de Cristo, en quien vio a los que de antemano conoció en su presciencia. Por ser Cristo en quien se termina la antigua creación y comienza la nueva, por ser Cristo crucificado en quien Dios resumió toda la condenación de la raza de Adán, por la re-

surrección de Jesucristo, en quien Dios levantó la cabeza de una nueva raza. «*De modo que si alguno está en Cristo nueva creación es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*» (1ª Cor. 5:17). Sustancialmente, estar en Cristo es haber sido unidos por Dios, orgánicamente, a la vida cristiana que es en Cristo.

Toda la obra de Dios tiene a Cristo como punto convergente; todo es de él, por él y para él, y en él. «*Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo*» (1ª Cor. 5:19). Todo lo que Dios se ha propuesto hacer, y aún lo que hará en las edades venideras, tiene a Cristo como punto central.

Cristo en nosotros

Dios ha hecho que Cristo sea para nosotros, «*sabiduría, justificación, santificación y redención*» (1ª Cor. 1:30). En el contexto de este capítulo, Dios está tratando con los necios (v. 27), con los viles (v. 28), con los débiles (v. 27) y con los menospreciados (v. 28) del mundo. Para los necios, Dios hizo que Cristo sea su sabiduría; para los viles, Dios hizo que Cristo sea su justicia; para los débiles, Dios hizo que Cristo sea su santidad, y para los despreciados, Dios hizo que Cristo fuese su redención. De este modo, Dios se las arregló para unirnos a él mediante Jesucristo.

Dios hizo que Cristo fuese algo para nosotros, e hizo que nosotros fuésemos algo para él en Cristo. Sólo así, es posible vivir la vida cristiana, unidos a Dios en Cristo, jamás separados de él. La fe consiste en apropiarse de esta realidad de vida en Cristo; es imposible entrar en ella y disfrutarla si no es por medio de la fe.

«*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras*» (Ef. 2:10). Dios ha hecho algo de Cristo para nosotros, los que estamos en él; y ha hecho de nosotros algo para Cristo: nos creó de nuevo para que anduviésemos en las obras que él había preparado de antemano. Somos hechura de Dios en Cristo. Dios hizo que nosotros fuésemos algo en Cristo para un propósito: andar en sus obras.

Dios es el Supremo Hacedor. No entenderemos por qué ni para qué existimos, a menos que veamos lo que Dios hizo de nosotros en Cristo. Cristo en nosotros y nosotros en él, es la obra de Dios. Para lograr esta fusión, tuvo que hacer la obra más extraordinaria que jamás se ha hecho: manifestar la naturaleza divina en la carne humana de Jesús. El milagro más contundente: Dios manifestado en carne. Dios unido a la humanidad del hombre y el hombre unido a la divinidad de Dios.

Suposiciones de la vida cristiana

Algunos suponen que la vida cristiana consiste en que Cristo está produciendo cambios en nosotros, que está interesado en transformar lo viejo en algo nuevo, en reparar algo que se echó a perder.

Déjeme decirle, que Cristo no está interesado en hacer ningún cambio en su vida. No, él no está transfor-

mando su vida; él está haciendo algo mucho mejor que eso: él ha venido con toda la riqueza de la vida de Dios para implantarla dentro de usted. Él está esperando que usted comprenda que debe dejarle vivir su vida en usted, para lo cual usted ha de morir a todas sus habilidades, por buenas que sean.

Tal vez, ha llegado a pensar que el Señor le ayudará a cambiar ciertas cosas de su carácter. Usted ha pensado que sería la persona más perfecta del mundo si tan sólo no fuese tan pronto para airarse. Otro hermano habrá pensado que sería tan dichoso si tan sólo dejara ese vicio o esa manía de su modo de ser. Si es así, usted necesita comprender que la vida cristiana no es «yo más Cristo», sino «Cristo en mí». Si no cambia su modo de pensar, y asume el pensar de la mente de Cristo, seguirá fracasando en el intento de ser cristiano.

Su problema mayor es que usted tiene una muy buena opinión de sí mismo; usted reconoce que tiene algunas fallas, pero usted equivocadamente, le está pidiendo a Dios que le quite esas fallas. ¡Déjeme decirle que eso no funciona! Está perdiendo su tiempo, porque eso no es la vida cristiana. Pablo nos da un ejemplo práctico; en todos sus escritos, insistió de diversas maneras, con diferentes metáforas e ilustraciones, en el poder de la vida canjeada; no una vida cambiada ni transformada, sino la vida de Cristo sustituyendo a la nuestra.

La más grande enseñanza es que el supereminente poder que levantó a Cristo de entre los muertos, está operando poderosamente en aquellos que creen, que el Espíritu vivifica y capacita con poder a los que han creído y les conduce a Cristo para revelarlo, glorificarlo y hacerlo vida en cada corazón de los que le obedecen.

Otros han supuesto, equivocadamente, que la vida cristiana consiste en imitar a Cristo, tratar de ser como él es, siguiendo sus pisadas. Si así fuese, la vida cristiana sería un ideal y todos los cristianos deberíamos esforzarnos en seguir aquel modelo que se encuentra allá, distante de nosotros. Déjeme decirle que la vida cristiana no es un ideal, sino, una bendita realidad.

Los cristianos estamos llamados a participar de Cristo y no a imitar a Cristo. Nuestra participación en Cristo es, primeramente, gracias a la obra de Dios efectuada en la cruz del Calvario, y luego la obra presente de Dios, mediante su gracia que obra por el Espíritu Santo, comunicándonos la vida del cielo en nuestra naturaleza humana. A partir de nuestro encuentro con Cristo, comenzamos a participar de Cristo, no como quien se esfuerza por ser como Cristo, sino como quien ve lo que Dios tuvo que hacer para unirnos a Cristo, al mismo tiempo que contamos con una realidad interior, que consiste en tener la mismísima vida que Dios nos impartió en Cristo a través de su Espíritu.

Cierto es que Pablo nos llama a imitarle en la misma manera como él imita a Cristo (Fil. 3:17). No obstante, hemos de observar qué es lo que Pablo está imitando: él está siguiendo el ejemplo, la forma como Cristo se condujo, el sentir que hubo en Cristo, y eso tiene que ver con que Cristo se negó a sí mismo para preferir hacer la voluntad del Padre. Pablo está siguiendo el ejemplo de Cristo en esa modalidad, y en eso él es ejemplo de cómo seguir a Cristo, aceptando vivir una vida rendida a la cruz; ante lo cual hay algunos que son contrarios y, por tanto, enemigos de la cruz.

La imitación de Pablo consiste en la actitud que se ha de tener en cuanto a la cruz de Cristo, pero en cuanto al poder para experimentarlo se encuentra únicamente en nuestra participación en y con Cristo, considerando nuestra unión con él y en él, por la gracia de Dios.

El trabajo de Pablo en la vida cristiana

«*…presentar perfecto en Cristo a todo hombre... según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí... para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre y de Cristo, en quien está escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento*» (Col. 1:28-29; 2:1-3).

Pablo luchaba según el poder de Dios, no en sí mismo. Se esforzaba en la gracia, a fin de enseñar a los hombres creyentes cómo es que se vive la vida cristiana y esto es que, para poder vivir la vida cristiana hay que reconocer nuestra total impotencia, debilidad e insolvencia moral y espiritual, y lo imposible que es para la carne imitar a Cristo.

De ahí que algunos de los grandes errores del enfoque que se da al vivir cristiano es que usted será un muy buen cristiano si ora, si lee su Biblia, si da el diezmo, si asiste a todas las reuniones de la iglesia, si ayuna, si canta en el coro, si hace obras, si se esfuerza por predicar el evangelio, visitar los hospitales y las cárceles. Todo esto es muy bueno, pero esto no es la vida cristiana.

Es verdad que la Biblia, la oración y las reuniones de la iglesia son un medio para crecer en la vida cristiana, pero estos medios en sí mismo no son la vida cristiana. Si enfatizamos los medios de gracia, podemos caer en un activismo religioso y eso puede ser nocivo. En realidad hacemos todo esto en el cuerpo de Cristo, pero no para ser buenos cristianos, sino porque la vida cristiana, que es Cristo, está dentro de nosotros, y estamos aprendiendo cómo funciona y hemos sabido que es muriendo a nosotros mismos como él vive y se expresa a través de nosotros.

Dios es un gran dador, y si hoy ha ocultado su mano de dar, con frecuencia mañana dará el doble.

George V. Wigram

¿Qué verdad se esconde detrás de los juicios de Dios, que los hace justos?

Sus juicios son verdaderos y justos

Rubén Chacón

¿Son realmente justos y verdaderos los juicios de Dios? A pesar de su crudeza y de lo cruentos que son muchas veces, ¿siguen siendo verdaderos y justos? Y aunque la orden de Dios sea: *«Ve y ataca a los amalecitas… Destruye por completo todo lo que les pertenezca; no les tengas compasión. Mátalos a todos, hombres y mujeres, niños y recién nacidos, toros y*

«Porque sus juicios son verdaderos y justos» (Apocalipsis 19:2).

ovejas, camellos y asnos» (1ª Samuel 15:3 NVI) ¿siguen siendo justos y verdaderos los castigos de Dios? Si lo son ¿cómo podemos entender la verdad y la justicia de ellos? ¿Qué verdad se esconde detrás de los juicios de Dios que los hace justos?

Cuando la Maldad llega al Colmo

Una primera verdad que explica que los juicios de Dios son verdaderos y justos, es aquella que muestra que los juicios de Dios sólo caen una vez que la maldad de los hombres ha llegado a su colmo. Nuestro Dios no actúa bajo «arrebatos de ira», como nosotros muchas veces. Dios es «*lento para la ira y grande en misericordia*». Así le fue revelado a Moisés el carácter de Dios cuando vio sus espaldas (Éx. 34:6). Los juicios de Dios se hacen sentir una vez que la iniquidad de los hombres se ha extralimitado; cuando ya no hay posibilidad de retorno de la maldad.

Un primer ejemplo lo tenemos en el caso de los amorreos. Abraham ya se encontraba en Canaán y, sin embargo, Dios le revela que su descendencia no morará aún en la tierra prometida, sino en tierra ajena (Egipto), donde será esclava y será oprimida por cuatrocientos años. ¿Qué razón poderosa existe para que Dios haga dar una vuelta tan larga a los hijos de Abraham? ¿Por qué no tomar posesión de Canaán inmediatamente? ¿Por qué habrían de volver a Canaán, recién en la cuarta generación? Esta es la divina respuesta: «*Porque aún no ha llegado a su* ***colmo*** *la maldad del amorreo hasta aquí*» (Gén. 15:16). O como dice la NVI: «*Porque antes de eso no habrá llegado al colmo la iniquidad de los amorreos*». Es decir que Dios no ejecutará sus juicios contra ellos, a menos que la maldad de los amorreos haya sobrepasado todo cálculo. ¿Por qué? Porque los juicios de Dios son verdaderos y justos.

Nuestro Dios es lento para la ira y grande en misericordia. El Señor es primeramente lleno de amor y misericordia. Su paciencia puede esperar cuatrocientos años, porque él no busca ni quiere la perdición de los hombres. Su ira se manifiesta solamente cuando todos los recursos salvadores de Dios se han agotado. Ahora, quizás, podemos entender un poco por qué, cuando cae su ira, no tiene misericordia de nadie.

Sodoma y Gomorra

Un segundo ejemplo lo tenemos en Sodoma y Gomorra. Nuevamente tenemos a Dios hablando con Abraham. Dios se pregunta a sí mismo: «*Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer*». ¿Qué estaba pensando hacer el Señor? Destruir las ciudades de Sodoma y Gomorra. Entonces, le da a conocer sus planes a su amigo Abraham, en los siguientes términos: «*Por cuanto el clamor contra Sodoma y Gomorra se aumenta más y más, y el pecado de ellos se ha* ***agravado en extremo***» (Gén. 18:20).

«Agravarse en extremo» es una expresión equivalente a «llegar al colmo». Cuando un enfermo se agrava en extremo, el inexorable paso si-

guiente es la muerte. Así mismo aconteció con Sodoma y Gomorra, no sin antes librar el Señor «al justo Lot, que se hallaba abrumado por la vida desenfrenada de esos perversos, pues este justo, que convivía con ellos y amaba el bien, día tras día sentía que se le despedazaba el alma por las obras inicuas que veía y oía». Todo esto demuestra, dice el apóstol Pedro, «*que el Señor sabe librar de la prueba a los que viven como Dios quiere, y reservar a los impíos para castigarlos en el día del juicio*» (2ª Pedro 2:7-9 NVI).

Los judíos

Un tercer ejemplo, lo hallamos en el Nuevo Testamento con el caso de los judíos. El apóstol Pablo, escribiendo a los tesalonicenses en su primera carta, y refiriéndose a los judíos, les dice: «*Pues procuran impedir que prediquemos a los gentiles para que sean salvos. Así en todo lo que hacen llegan al* ***colmo*** *de su pecado. Pero el castigo de Dios vendrá sobre ellos con toda severidad*» (2:16 NVI).

Los judíos, no contentos con haber dado muerte al Señor Jesús y a sus propios profetas, además expulsaron a los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo. Pero el colmo de los colmos, según Pablo, es que nos impiden hablar a los gentiles para que éstos se salven. Así colman la medida de sus pecados. Que tremendo es pensar que si los judíos hubiesen creído al mensaje de los apóstoles, habrían encontrado salvación a pesar de haber dado muerte al Señor Jesús. Todo lo que tenían que hacer era creer y arrepentirse. Sin embargo, no solo no lo hicieron, sino que persiguieron a las iglesias judías e impedían que los apóstoles predicaran a los no judíos.

Tan solo veinte años después que Pablo hiciese esta denuncia, en el año 70 d.C., el juicio de Dios cayó sobre ellos. Los ejércitos romanos al mando del general Tito, destruyeron la ciudad de Jerusalén. Según Josefo, historiador de la época, los muertos durante el asedio a la ciudad ascendieron a un millón cien mil, y los cautivos en toda esta guerra, a noventa y siete mil judíos. La gran cantidad de habitantes de Jerusalén se explica porque de todas partes los judíos habían subido a celebrar la fiesta de la Pascua. ¡Qué paradoja! Celebraban la pascua, pero habían rechazado al Cordero de Dios. Y por casi dos mil años los judíos perdieron su tierra, desaparecieron como nación y fueron dispersos por todo el mundo. Allí fueron odiados y perseguidos. Hasta de refrán y burla fueron objeto (Deut. 28:37). Una vez más el principio divino se mantuvo. El juicio de Dios vino una vez que el pecado de los judíos hubo colmado su medida. Los juicios del Señor son verdaderos y justos.

Esta generación

Un último ejemplo, será lo que está pronto por suceder. Porque los juicios de Dios también caerán sobre esta generación. Esta será la última vez que sus juicios visiten la tierra.

Pero esta vez no será como las otras veces. Esta vez no caerán sobre un pueblo (el amorreo) o una ciudad (Sodoma), sino sobre toda la tierra.

Miremos nuevamente las palabras de Pablo, ahora en su segunda carta a los tesalonicenses: «*Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; solo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio*» (2:6-7). Pablo está profetizando aquí la venida del hombre que será la encarnación misma de la iniquidad. No obstante, dice que ese hombre no puede manifestarse todavía, porque algo o alguien, al presente, tiene frenada la maldad.

¿Por qué está frenada la maldad? Porque hoy todavía vivimos el tiempo de la salvación. La maldad no ha llegado a su colmo, porque Dios la tiene frenada. Nuestro Padre celestial aún mantiene las condiciones necesarias para que cualquiera de los hombres pueda ser salvo. Él no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Su paciencia y su amor han estado disponibles para todos los hombres por más de dos mil años.

Sin embargo, cuando el día de salvación termine y el tiempo aceptable culmine, y para que los juicios de Dios sean justos y verdaderos, Dios quitará el freno de la iniquidad a fin de que la maldad se desate sin ningún impedimento y llegue entonces a su colmo. Una vez más la ira de Dios se hará sentir solo cuando la maldad haya llegado a su colmo. El hecho portentoso, sin embargo, es que la iniquidad no llegará a su colmo hasta que el día de salvación haya terminado. ¡Qué grande es nuestro Dios! ¡Bendita su gracia y su misericordia! Pero una vez que aquel día termine y Dios haya quitado el freno de la maldad, «*entonces se manifestará aquel inicuo*». «*Inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos*» (vv. 8-9).

¿Cuál será el objetivo de este hijo del diablo, que Dios permitirá que se manifieste? «*Con* ***toda perversidad*** *engañará a los que se pierden por haberse negado a amar la verdad y así ser salvos. Por eso Dios permite que, por el poder del engaño, crean en la mentira. Así serán condenados todos los que no creyeron en la verdad sino que se deleitaron en el mal*» (vv. 10-11 NVI). Cuando la maldad se manifieste sin control alguno, todos los que no recibieron el evangelio serán engañados y ya nadie podrá ser salvo. Se harán así dignos de la ira de Dios, porque sus juicios son verdaderos y justos.

Por eso no es de extrañar lo que leemos en el Apocalipsis, cuando hablando precisamente de los juicios de Dios que vendrán, dice: «*El resto de la humanidad, los que no murieron a causa de estas plagas, tampoco se arrepintieron de sus malas acciones ni dejaron de adorar a los demonios y a los ídolos de oro, plata, bronce, piedra y madera, los cuales no pueden ver ni oír ni caminar. Tampoco se arrepintieron de*

sus asesinatos ni de sus artes mágicas, inmoralidad sexual y robos» (9:20-21 NVI). Ver también Ap. 16:9, 11, 21. En otras circunstancias, habría sido esperable que los que sobrevivieron a las plagas se hubieren arrepentido. Pero no en este caso; ahora ya no hay lugar para el arrepentimiento.

A decir verdad, los juicios de Dios no producen salvación, sino condenación. Por ello, no es de extrañar tampoco que Faraón, en lugar de arrepentirse, se hubiese endurecido una y otra vez, cuando las plagas divinas cayeron sobre los egipcios. El amor de Dios, su paciencia y su salvación, se habían manifestado sobre Egipto en los días de José, hijo de Jacob. Por alrededor de ochenta años, Egipto había sido objeto de la visitación de Dios a través de uno de los «*tipos*» de Cristo más perfectos de toda la Biblia. Pero ese tiempo ya había pasado. Ahora los juicios de Dios cayeron con toda severidad y no produjeron arrepentimiento alguno.

Los que no conocieron a Dios en su amor, lo conocerán en su ira. Los que menospreciaron la «copa» del nuevo pacto, beberán de las copas de la ira de Dios. Aquellos que no se cobijaron en el Hijo, el cual sufrió la ira de Dios por nosotros, tendrán que enfrentarla directa y personalmente. Pero éstos, sabiendo que es Dios quien hace sentir su ira, en lugar de arrepentirse, le levantan su puño en franca, conciente y suicida rebelión, para que sea evidente a todos que los juicios de Dios son justos y verdaderos.

Cuando los hombres rechazan a Cristo

Una segunda verdad que explica que los juicios de Dios son verdaderos y justos, es aquella que muestra que, teniendo el hombre la oportunidad de escapar de ellos, la rechaza. Es verdad que los pecados del hombre desatan la ira de Dios; sin embargo, no es menos cierto que Dios ha provisto una forma de escapar de ella. El hombre rechaza la oportunidad de librarse de los juicios de Dios cuando, en la práctica, rechaza al Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo.

Las Escrituras indican que él fue objeto de la ira de Dios por nosotros.

El hecho portentoso, sin embargo, es que la iniquidad no llegará a su colmo hasta que el día de salvación haya terminado.

Isaías anunció: «*Él fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades; sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz*» (53:5 NVI). Luego, agrega el profeta, que fue Dios quien sometió a tan grande sacrificio al Mesías: «*Pero el Señor quiso quebrantarlo y hacerlo sufrir*» (v. 10). ¿Por qué? Porque así Jesucristo hizo expiación o propiciación por nuestros pecados.

Por su parte, el apóstol Pablo, en su carta a los romanos, establece que Dios está de tal manera de nuestra parte «*que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros*» (Rom. 8:32). Y anteriormente había dicho que «*Dios puso como propiciatorio*» a Cristo Jesús (3:25). También, en su segunda epístola a a los corintios, Pablo declara que «*al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en él recibiéramos la justicia de Dios*» (5:21 NVI).

El apóstol Pedro agrega un dato interesante al cuándo del sacrificio de Cristo. Él dice que, aunque Jesucristo estaba «*ya destinado desde antes de la fundación del mundo*», no obstante, fue «*manifestado en los postreros tiempos*» (1ª Pedro 1:20). Esto quiere decir que Dios ejerció su paciencia por mucho tiempo antes de descargar su ira sobre su propio Hijo. En efecto, Pablo dice que «*anteriormente, en su paciencia, Dios había pasado por alto los pecados*» (Rom. 3:25). Ese «*anteriormente*» se refiere a toda la época antiguo testamentaria. Sin embargo ¿a qué pecados se refiere? ¿A los de todos los hombres de aquella época? No, ya vimos que Dios dejó caer su ira varias veces en el Antiguo Testamento.

Los pecados pasados que Dios pasó por alto fueron solamente aquellos que fueron «*cubiertos*» por los sacrificios del Antiguo Testamento. Nuestro Dios, en virtud del sacrificio ofrecido, el cual preanunciaba el sacrifico de Cristo, postergaba su ira temporalmente en su paciencia, hasta aquel día en que la descargaría sobre su Hijo Jesús. De esa manera Dios hacía justicia en aquella época y libraba así de su ira a los hombres.

Pero cuando nuestro bendito Señor fue crucificado en la cruz del Calvario, sufrió el castigo de Dios por todos nuestros pecados. Allí, él fue hecho propiciación por nuestros pecados; «*y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo*» (1ª Juan 2:2). ¡Qué gran salvación es la que logró nuestro Señor! No obstante ¿qué de aquellos que desprecian el sacrificio de Cristo? ¿Qué suerte les espera? El único destino que les espera es enfrentar ellos mismos la ira de Dios. Si a la hora de gustar la ira de Dios, Jesucristo tomó nuestro lugar, ¿qué será entonces de aquellos que lo rechazan?

Finalmente, la condenación no viene a los hombres por sus pecados, sino por no creer en el Hijo de Dios. Es verdad que nuestros pecados despertaron la ira santa de Dios, sin embargo, no es menos cierto que Jesucristo la sufrió por nosotros. Por lo tanto, la condenación de los hombres se produce, en rigor, a causa de no creer en el Salvador. «*Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él*» (Juan 3:17). Pero lamentablemente ésta es la causa de la condenación: «*Que la luz vino al mundo, pero la humanidad prefirió las tinieblas a la luz*» (Juan 3:19 NVI).

Reconciliando el amor con la justicia

Ahora bien, ¿por qué un Dios de amor requiere satisfacer necesariamente su ira? ¿Por qué en su gran misericordia no era suficiente que tomara una actitud tolerante para con nuestros pecados, o lisa y llanamente se desentendiese totalmente de ellos? Porque en este asunto tres cosas confluyen al mismo tiempo: Su amor, el pecado y su justicia. Su amor busca salvarnos, pero su justicia le impide hacerlo ilegalmente. Dios es amor, pero también es justo. Es su amor lo que Dios busca satisfacer, no su ira; no obstante, es su justicia la que exige que el pecado sea castigado, porque la paga del pecado es la muerte.

Por esta razón podemos decir que Dios tenía un gran conflicto en sí mismo: ¿Cómo conciliar su amor y su justicia? Dios es amor y justicia, y él no puede negarse a sí mismo; él no puede ir en contra de su naturaleza. Dios en su gran amor anhelaba rescatarnos, pero su justicia no le permitía pasar por alto el pecado. Él no es como nosotros. Cuando los hombres, por ejemplo, indultan a un pecador, hacen un gran acto de amor y misericordia. Sin embargo, es un acto sumamente injusto para la víctima y para sus familiares. Y aun cuando, el perdón viniese de la propia víctima o de sus familiares, todavía existiría injusticia en el acto, porque el delito continuaría impune.

Un perdón, para que a la vez sea justo, debe necesariamente hacerse cargo del delito. Aún más, en un caso hipotético, si un tercero se ofreciera a pagar con su vida para salvar al victimario, todavía sería injusto, porque el ajusticiado no es responsable de ese pecado. En este caso se cometería una injusticia con esta tercera persona.

El perdón del Señor, en cambio, no es injusto, porque está basado precisamente en la satisfacción de su justicia divina. ¿Cómo lo Dios hizo entonces? El ofendido pagó el precio. El mismo afectado vino y se sometió al castigo por nosotros. Como dice el hermano Nee: «Cuando el pecado entró en el mundo, el gobierno de Dios fue dañado. El orden que él estableció en el universo fue trastornado; su gloria fue pisoteada; su santidad fue profanada; su autoridad fue rechazada; y su verdad fue mal entendida… Por ser justo, él tenía que juzgar el pecado. Pero debido a que él es amor, tuvo que cargar con los pecados del hombre»[1]. Así Dios fue justo y, a la vez, el que justifica al que es de la fe de Jesús (Rom. 3:26). Su severidad y su bondad quedaron así reconciliadas y satisfechas.

Por esta razón no es sorprendente que el apóstol Juan diga en su primera carta que «*si confesamos nuestros pecados, él es fiel y* ***justo*** *para perdonar nuestros pecados*» (1:9). Cuando confesamos nuestros pecados, el perdón del Señor no es solo un acto de amor y de misericordia; es también un acto de justicia. ¿Por qué?

[1] «El Evangelio de Dios», pág. 78.

Porque si Cristo ya pagó por nuestros pecados en la cruz del Calvario, Dios estaría desconociendo el sacrificio de su Hijo si no nos perdonara. Nuestro Padre estaría con ello cometiendo una injusticia contra su propio Hijo. Aunque parezca increíble, es justo que Dios nos perdone si confesamos nuestros pecados, porque su perdón está basado en su justicia que fue satisfecha en la cruz de Cristo. Hoy, gracias al Señor, reina la gracia; sin embargo, ella reina mediante la justicia. Su perdón no es una bagatela; tuvo por el contrario, un alto precio. Amén.

El conjunto de nuestras vidas pasadas, la relevancia de cada acto, su motivación, así como su objetivo, se harán claros para nosotros, claros como la fuente de todo, si nuestras actividades surgieron de la energía de la carne o fueron producidas por el Espíritu de Dios, y cuánto de mezcla ha habido en lo que parecía ser nuestro servicio más devoto.

Todo esto será manifestado a nosotros en ese tiempo de la gracia paciente de nuestro bendito Señor; a nosotros individualmente, no necesariamente a otros en público.

El efecto será que magnificaremos como nunca antes la gracia de nuestro Dios, y estaremos contentos de reconocer, como ha dicho el apóstol Pablo, que no fuimos nosotros, sino la gracia de Dios que estaba con nosotros, la que nos dio la oportunidad y la capacidad de hacer cualquier cosa en Su servicio.

Por otra parte, será el deleite de Cristo, en ese día, atribuir cada buena obra hecha, buena según su estimación perfecta, a su pueblo amado.

Alguien podría preguntar cómo será posible resistir las exposiciones que necesariamente serán hechas, aunque delicadamente, en la perfecta luz de aquel día, recordando que cuando estemos frente al tribunal de Cristo, ya estaremos conformados a Su imagen. Debemos entonces estar en completa comunión con Su propio pensamiento, y también, nuestros corazones ofrecerán un sincero Amén ante cada sentencia que él dicte sobre toda obra de la carne que hayamos hecho.

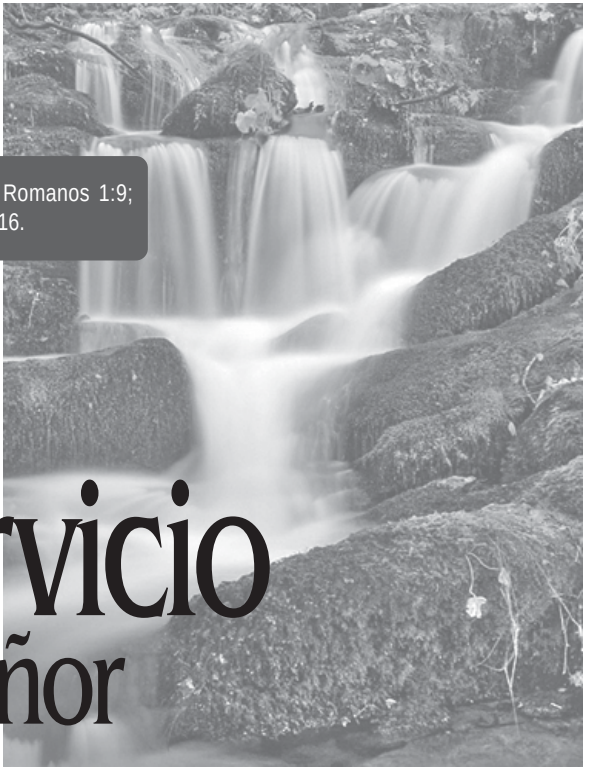
Aún más, nos gozaremos ante Dios porque nuestra presencia allí intensificará nuestra apreciación por Su gracia y ampliará nuestra percepción del amor eterno que él nos ha revelado a través de su Hijo amado.

Edward Dennet

Si esperamos en Dios, no hay peligro. Si nos apresuramos, él nos hará ver las consecuencias de aquello.

John Darby

Somos probados en cuanto a la realidad de nuestro ser interior, en su relación con Dios, por el espíritu de servicio que mostramos.



Lecturas: Éxodo 4:22-23; Romanos 1:9; 7:6; 12:1; Efesios 4:11-14, 16.

El servicio al Señor

T. Austin–Sparks

En cada uno de los pasajes anteriores, de una manera u otra, la cuestión del servicio se refiere a: «*…que dejes ir a mi hijo, para que me sirva*»; «*…a quien sirvo en mi espíritu*»; «*…que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu*»; «*…que es vuestro servicio* (culto) *racional* «; y por último, en la porción de Efesios, aunque la palabra no está explícita, es

evidente que toda esa parte de la carta se refiere al asunto del servicio.

Un principio subyacente de la creación

Sería una cosa muy simple decir que el servicio es un pensamiento que rige la existencia de este mundo y, de hecho, de este universo. Todo existe sobre el principio de servicio. Todo ha sido dispuesto para servir a un propósito, y aquello que no sirve está totalmente fuera del pensamiento divino. Cuando usted medita sobre ello, ¡qué libro de servicio es la Biblia! El pensamiento emerge con la creación y avanza hasta el Apocalipsis, donde aprendemos que «*sus siervos le servirán*», aun cuando estas edades hayan pasado, y haya llegado la eternidad. Todo el camino a través del pensamiento y la ley de servicio está en evidencia.

El espíritu de servicio es el espíritu del Señor Jesús; porque él dijo de sí mismo: «*El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos*». El Señor no sabe nada de una clase trabajadora y una clase inactiva. La palabra de Dios no toma nota de una parte de la creación como fuera de servicio, y no reconoce nada ni nadie que no sirva. Las más altas posiciones que la palabra de Dios revela como posibilidades nuestras de alcanzar, incluso en relación con Dios mismo, son mostradas como posiciones de servicio.

Estamos familiarizados con el término «hijo», y en nuestro uso de ciertos pasajes de la Escritura tal vez hemos hecho una falsa distinción entre los siervos y los hijos. Pero la palabra de Dios es muy clara y muy insistente, de que un hijo es un hijo que sirve; que incluso al llegar a la posición de filiación en su sentido más amplio no es llegar a ser en un hogar uno que no hace nada y que todo lo tiene hecho para él, sino alguien que está allí con una capacidad de servir. «*Israel es mi hijo, mi primogénito... Deja ir a mi hijo, para que me sirva*» (Éx. 4:22:23). Por lo tanto, directamente, usted verá que la filiación, la más alta posición espiritual que podemos alcanzar, es después de todo una posición de servicio.

El servicio es algo del Espíritu

Además, el servicio es un asunto del espíritu. Pablo dice: «*…a quien sirvo en mi espíritu*», y al decir esto, simplemente se refería a su hombre esencial. El hombre real es el espíri-

Todo existe sobre el principio de servicio. Todo ha sido dispuesto para servir a un propósito, y aquello que no sirve está totalmente fuera del pensamiento divino.

tu y él estaba diciendo en otras palabras: «…a quien sirvo en la realidad más interna de mi ser». En el tercer pasaje: «*…que sirvamos en el régimen nuevo del Espíritu*», él sólo está diciendo que su realidad más interna, este hombre real, es renovado por completo, y él sirve «en novedad de espíritu». Una vez sirvió en lo obsoleto de sus intereses, su esfera, sus energías. Era el viejo hombre tratando de servir.

El servicio real no es algo impuesto. El servicio de Dios no es algo tomado del exterior. No es una cuestión forzada o de obligación. No es algo que se nos diga o se nos ordene hacer, ni que tengamos que estar a la altura de aquello y vernos forzados a hacerlo. El servicio es una cuestión del espíritu, nuestro espíritu, y nosotros somos probados en cuanto a la realidad de nuestro ser interior, en su relación con Dios, por el espíritu de servicio que mostramos.

Eso nos lleva a Romanos 12: 1. «*Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional*». Sé que las palabras marginales son diferentes. Llegaremos a eso en un momento, pero el significado es el mismo. Es tener nuestro ser aferrado a Dios.

Eso es el servicio, y todo otro servicio emana de éste. «*…por las misericordias de Dios*». Y, por supuesto, Pablo ha hablado de esas misericordias a través de la mayoría de los capítulos anteriores al capítulo 12: las misericordias del juicio pasado, el juicio asumido por el Señor Jesús; las misericordias de justificación por la fe en Cristo; las misericordias de comunión con Dios. Todas esas maravillosas misericordias que se nos muestran en los primeros capítulos de Romanos, el apóstol las pone como base de su llamado. 'Así que…', dice, en efecto, 'debido a estas misericordias, el Señor tiene una demanda para ustedes, tiene derecho sobre ustedes y yo les suplico que reconozcan las demandas de Dios por sus abundantes misericordias; e, incluyéndolo todo, la presentación de sus cuerpos como sacrificio vivo es servicio'.

El servicio no es, en primer lugar, algo hecho. La palabra de Dios no habla nada acerca de eso. El servicio a Dios no es, en primer lugar, lo que hacemos por Dios, sino, según Su palabra, es en primer lugar lo que nosotros somos para Dios; es decir, que nosotros somos para Dios, totalmente del Señor, y cuando realmente llegamos a eso, todos los otros problemas o cuestiones sobre el servicio están resueltos. No se nos pide decidir qué haremos, dónde iremos, cómo trabajaremos. Estas preguntas nunca son planteadas por el Señor en realidad. La única pregunta que surge de él es: «¿Tú eres mío?». «Si es así», dice él, en efecto, «doy por sentado que puedo hacer exactamente lo que me plazca contigo y puedo obtener exactamente lo que quiero de ti. No contenderás conmigo si te pido que tomes una determinada lí-

nea, que sigas cierto curso, que vayas en una dirección determinada o que permanezcas en cierto lugar».

Todo eso se encuentra establecido en el asunto inicial, amplio y extenso de «*presentar sus cuerpos en sacrificio vivo*». Cualquier tipo de pregunta, argumento o dificultad con el Señor, como por ejemplo la naturaleza, la forma o dirección del servicio, representan algunas dudas básicas en cuanto a nuestra absoluta sujeción al Señor, como también la pregunta de ser totalmente de nuestro Señor. Así que, haber asimilado este hacer de nuestros cuerpos un sacrificio vivo para el Señor, haber asimilado realmente el significado de esa transacción, es haber resuelto de una vez y para siempre todas las otras incógnitas que puedan surgir.

La verdadera concepción del servicio

A través de la Biblia, hay un medio de ilustrar esto que se emplea con frecuencia, y está allí como una ley que gobierna el servicio. Es aquella de la ley y el propósito de la relación. Del pueblo de Israel, no sólo dijo el Señor a Faraón: «*Es mi hijo, mi primogénito*», sino que con frecuencia es representada en el Antiguo Testamento otra relación existente entre el Señor e Israel, e Israel y el Señor. Tomo un fragmento de un profeta: «*Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio, cuando andabas en pos de mí en el desierto, en tierra no sembrada*».

¿Ven la importancia de esto? Veamos de nuevo el conocido pasaje en Jeremías 31: «*He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová*». «*El amor de tu desposorio*». «*Yo fui un marido para ellos*». Ahora, si usted escudriña cuidadosamente la ley hebrea sobre este asunto, encontrará que la idea global de ese relacionamiento era una idea de servicio.

A veces un libro entero de la Biblia es dado para enunciar un solo principio. Se sabe que el libro de Ester, por ejemplo, tiene sólo un principio alrededor del cual gira todo. Es así también, una vez más, con el libro de Rut. ¿Cuál es el principio en este caso? Es la operación de una de las leyes del año de jubileo.

Una de las leyes relativas a ese año era que se debían restaurar todas las propiedades enajenadas. Pero debía haber un pariente que estuviese en una posición de capacidad y buena disposición, por un lado, para recibir, para hacerse cargo de la heredad restaurada y, por otro lado, para asumir la responsabilidad por aquellos involucrados en la pérdida de la herencia. Ahora, en pocas palabras, esa es una ley del año de jubileo. Cuando llegas al libro de Rut, encontrarás que, si bien el año del jubileo está a la vista, todo es una cuestión de la recuperación de una heredad perdida. Noemí regresa

para hallar que la herencia se ha perdido, ha caído en otras manos. Ella está en la miseria. Rut está con ella y las dos están conectadas con esa herencia perdida, pero totalmente incapaces de hacer algo por su redención.

Booz es un pariente que está en posición de recuperar la herencia: es un hombre próspero, un hombre estable, un hombre de recursos. Él es probado en el asunto y es encontrado no sólo capaz, sino dispuesto. Booz se compromete por entero; y conocemos la escena en la puerta de la ciudad donde él desafía a otro pariente que se muestra poco dispuesto y entonces él mismo entra en la negociación de redimir la heredad perdida. Habiendo redimido la herencia perdida, él también se entregó a otra ley íntimamente relacionada con la redención, la cual es asumir la responsabilidad por aquellos que perdieron la heredad.

Voy a dejar esto allí por ahora, y pasaré al otro lado del pequeño romance. Ahí está Rut y ella también conoce la ley sobre este punto. Ella está desposeída y depende totalmente de las misericordias de este pariente redentor para que la saque de su destitución, para salvarla de su desgracia y traerla de vuelta a una herencia rica y plena. Pero una cosa rige, a saber, que así como el pariente redentor debe estar dispuesto a asumir la responsabilidad por aquellos a quienes concierne la pérdida de la herencia, ellos también deben estar dispuestos a ser siervos de aquel pariente redentor, un servicio de por vida.

Y, ¿cómo debe ser esta relación? Porque esta es la ley, ¡oh, no de amo y siervo, sino de marido y mujer! Esto explica por qué Rut entra silenciosamente a la tienda de Booz cuando él ha ido a descansar y toma el cobertor de sus pies y lo pone sobre sí misma y sobre los pies de él. Ella está a sus pies. Ella está desde ahora en adelante en absoluto sometimiento a él, como su propiedad, para su servicio. Pues bien, todo lo que se necesita ahora es un reconocimiento formal de una relación, y eso significa su matrimonio.

Pero usted ve que es el principio del servicio, y Pablo simplemente está trabajando en ese principio cuando dice: «*…presenten sus cuerpos en sacrificio vivo... su servicio racional*». Las misericordias de Dios te lo demandan. La ley de las misericordias de Dios es que tú debes ser del Señor y debes ser traído hacia la relación más íntima de la iglesia con él, como la novia para el novio. La idea global de la iglesia es la del servicio.

La cuestión del servicio al Señor se revela a través de la Palabra de Dios. Está en el libro de Rut. La relación más sagrada y honrosa conocida en el cielo o en la tierra es esa relación de la cual el apóstol habla en Efesios 5: «*Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia*» (vv. 31-32).

La relación más santa y honrosa conocida en el cielo o en la tierra se expresa en el servicio. ¡Oh!, desde el punto de vista del cielo, el servicio no es servidumbre o vasallaje. Es la más santa y la más exaltada dignidad. El poder hacer algo por el Señor es el mayor privilegio. ¡Oh!, cómo debemos ser asidos y cautivados por Aquel a quien pertenecemos, y no considerar el servicio al Señor, porque toma ciertas formas, como algo a ser rechazado, a ser evitado o eludido.

La prueba de nuestra comprensión del Señor

Ahora, ahí está el principio, la ley del servicio. Después de todo, es una cuestión de gratitud al Señor. Cualquier forma que tome, es esta. Pero, entonces, nosotros pasamos a la cuestión de la forma, y aquí nos acercamos a las consideraciones prácticas. El Señor prueba nuestro espíritu, es decir, la realidad más interna de nuestro ser, a través de la línea de servicio. No habría ninguna prueba a nuestro ser interior si el Señor siempre nos pidiera hacer las cosas que son el mayor placer para nuestra carne.

No hay nada más probador que el servicio al Señor, porque ese servicio nos lleva enteramente de un ámbito a otro. Sí, ya sé que hombres fuera de Cristo sirven; se entregan a sí mismos. No es mi intención indagar cuánto del servicio humano se hace por motivos o intereses personales, por autosatisfacción y autogratificación, porque hacer un buen trabajo trae muy a menudo una gran satisfacción a quien lo hace. No me corresponde a buscar cuánta ambición hay tras este trabajo o búsqueda de fama, influencia, éxito, prosperidad y así sucesivamente; pero esto sé, que cuando realmente llegamos a las manos del Señor, la pregunta o el asunto del servicio se convierte en Su forma de encontrarnos a Él a nosotros.

Ahora, volviendo a Israel. «*Deja ir a mi hijo, para que me sirva*». Esa es la palabra que puede decirse está escrita sobre la salida de Israel desde Egipto. Ese era el objetivo. Moisés fue desafiado completamente en esa cuestión todo el tiempo. Israel también había comprendido algo de su significado, y Faraón, por su parte, fue reconociendo la importancia de aquel servicio al Señor en el desierto. La propia idea de Israel de salir a servir al Señor en el desierto era una idea muy romántica, y sin duda hubo mucho entusiasmo asociado a este servicio.

Aquella idea de servir al Señor era una idea atractiva, una idea cautivadora. Pero seguirlos, marcarlos en el desierto y ver si, después de todo, la idea demostraba ser tan romántica como ellos esperaban. Todo el entusiasmo de ellos murió: todo elemento de romance desapareció. El asunto tomó una forma que requería algo mucho mayor que todo el entusiasmo que ellos eran capaces de demostrar, y su actitud llegó a ser de desilusión. ¡Oh, esto no es lo que es-

perábamos! ¡Esto es algo completamente diferente! Pensamos esto y aquello. ¡Nunca pensamos que sería así!

Tarde o temprano, cuando llegamos a las manos del Señor, eso es lo que sucede. Cualesquiera que sean nuestras expectativas, llegamos al punto en que descubrimos que el servicio al Señor nos prueba en la esencia misma de nuestro ser, y el punto de apoyo es, sobre todo, si estamos obteniendo alguna gratificación, placer o satisfacción personal en esto, o si tenemos tal devoción al Señor que somos hallados en Su servicio y plenamente en ello, sólo porque es para Él, para Su placer, para Su satisfacción, por lo que Él es y por Sus misericordias. Dios nos pone totalmente en estrecho en aquella cuestión.

Ahora, esto funciona simplemente en miles de formas prácticas, todos los días. Si sólo el Señor nos dejara servirle en esta dirección, ¡cuán encantador, cuán satisfactorio sería! ¡Qué felices seríamos! El principio de servicio es una cosa; la forma del servicio es algo muy distinto, y allí somos probados. No somos probamos en nada menos que en nuestra devoción al Señor. La pregunta que se plantea todo el tiempo es: ¿Puede esto de alguna forma servir a los intereses del Señor, ser una contribución al conjunto?

No debemos preguntar cómo o en qué debemos servir con nuestro espíritu. Tú tienes el espíritu de servicio y no tendrás ninguna dificultad sobre la forma del servicio. Es la gente que no tiene el espíritu de servicio que siempre se encuentra en dificultades acerca del *cómo* del servicio. Ellos están en espera de algo que coincida totalmente con su idea de servicio. Ellos tienen sus ideas sobre qué es el servicio al Señor y, hasta que sus ideas tengan la posibilidad de realizarse, el servicio no existe para ellos. ¡Oh no!

La voz del verdadero servidor se oye en las palabras: «*…a quien sirvo en mi espíritu*». Ahí comienza. El espíritu de servicio resuelve todas las otras interrogantes. No empieces preguntando dónde servirás al Señor, cómo servirás, qué vas a hacer por él, sino considera que el Señor te posee total y absolutamente, que estás enamorado de él, que puedes decir que sus misericordias han capturado tu corazón. Yo soy del Señor, tan verdaderamente como Rut estaba a los pies de Booz, en el lugar de entrega y sujeción absoluta a Él, para siempre. Busca estar a los pies de tu Señor, casado con Cristo, y todas las otras cuestiones sobre el servicio dejarán de existir. El Señor podrá hacer lo que a él le agrada y tú no tendrás cuestionamientos ni debates.

Entonces, la cuestión del servicio parece ser definitivamente del espíritu. Eso es tratar sólo muy ligeramente el asunto.

El servicio tiene tres aspectos

Sólo quiero mencionar una cosa más, que el servicio tiene tres aspectos, tanto como puedo ver, en la pa-

labra de Dios; tres y sólo tres. Ante todo y sobre todo, el culto; porque, de hecho, a eso salió Israel para el desierto, y eso es lo que Dios llama servicio: «*…para que me sirva*». Cuando ellos llegaron a su destino, era un asunto de culto. No podían hacer mucho más en un desierto, en una tierra que no fue sembrada.

Escuchemos lo que el Señor dijo de ellos en el momento de su salida. «*Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio, cuando andabas en pos de mí en el desierto, en tierra no sembrada*» (Jer. 2: 2). Eso es culto, cuando Dios puede tenernos en un lugar, estado y posición de devoción a él, cuando nosotros no podemos hacer nada más, estando en un lugar estéril. ¡Oh!, nosotros podemos dar al Señor mucho de lo que llamamos culto cuando estamos teniendo un buen momento, cuando está ocurriendo todo tipo de cosas interesantes en lo que llamamos el servicio del Señor.

Pero cuando nos encontramos en un desierto, en una tierra no sembrada, es decir, cuando nosotros estamos separados de estas actividades auto gratificantes en el servicio, aislados de las cosas, y nos encontramos en silencio delante del Señor mismo y sólo tenemos al Señor y el corazón está con él, entonces tienes lo que Dios llama el servicio más alto. Él nos tiene a nosotros para sí mismo. Así fue allí en el desierto para Israel, donde el Señor pudo tener a Israel para Sí mismo y hallar a Israel respondiéndole y estando satisfecho con Él. Eso es lo que Dios llama el servicio más alto, eso es el culto. Por lo tanto la interpretación alternativa de esas palabras en Romanos 12: 1 es «*su culto espiritual*»: «*su servicio racional*».

No voy a hablar de estas tres cosas, sólo para mencionarlas, pero la forma más alta de servicio a Dios es el culto; es decir, donde el Señor es el único objeto de nuestra devoción, no por lo que obtenemos, no por la bendición que se acumula en nosotros, no por placer o satisfacción de nuestro propio ser, sino sólo por Él mismo. Él llama a eso servicio. Es maravilloso, creo, que el servicio que se presta al Señor, además es Su propia satisfacción. Es decir, si el Señor tiene una vida que es realmente de adoración, dedicada, dada a él por Su propia causa, hay una influencia que emana desde aquella vida, hay un poder en esa vida, hay un testimonio en aquella vida. Ahí es donde comienza el servicio, y es un servicio inconsciente; es un servicio de fructificación inconsciente, sólo para el Señor.

Luego, hay otras dos fases más del servicio. Una de ellas es el ministerio a los santos, y la otra, por supuesto, es el testimonio al mundo. Tres aspectos del servicio; culto, ministerio a los santos, testimonio al mundo. Cuando usted ha dicho esto, puede resolverlos en dos: primero, Dios operando directamente, y en segundo y tercer lugar el trabajo del hombre, obrando Dios indirectamente. Como he dicho, no hablaré en

detalle sobre esas tres cosas, pero quiero decir esto, que, en la palabra de Dios, todo el pueblo del Señor es considerado en todas y en cada una de estas fases del servicio; todas las personas del Señor, del menor hasta el mayor. Los adoradores no son una clase por sí mismos. Supongo que aceptarán la declaración de que todas las personas del Señor son considerados adoradores, totalmente para el Señor. Bueno, eso es el servicio; ese es el servicio del pueblo del Señor para Él.

Todo el pueblo del Señor es también considerado participante en el servicio a los santos. Es un asunto que cada vez debemos enfrentar más y más y es justamente esto lo que trata el capítulo 4 de la carta a los Efesios. Ciertamente, el Señor dio dones especiales a la iglesia; algunos apóstoles y algunos profetas, y evangelistas, pastores y maestros. ¿Con qué propósito fueron dados éstos? Para el perfeccionamiento de los santos para la obra del ministerio. Creo que eso es lo que Pablo quería decir. La puntuación debe organizarse de acuerdo con ese sentido. Fue para el perfeccionamiento de los santos, para llevar a todos los santos a una posición donde ellos puedan cumplir con la obra del ministerio.

El resto del capítulo lo deja claro. Ustedes ven lo que quiere decir: «*…de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor*» (Ef. 4:16). El cuerpo, con cada una de sus partes trabajando de acuerdo a su medida, se autoedifica. Es lo que llamamos '*mutualidad*'. El servicio del Señor, en segunda instancia, es el ministerio mutuo de los santos, la mutua edificación del cuerpo de Cristo. No es que uno ministre a los santos, sino que todos los santos se ministran el uno al otro en la medida espiritual y cada uno en su medida. Esto tiene un lugar muy importante en la palabra de Dios, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Entonces, por último, está el testimonio al mundo. Me parece que este tercer aspecto de servicio ha tomado preeminencia, como si los otros fueran secundarios. El testimonio al mundo –puedes llamarlo evangelización o ganancia de almas– se ha convertido en el servicio al Señor. Eso es lo que las personas llaman «trabajar para el Señor» hoy; muchas personas tienen esto en mente. No quiero menoscabar la importancia de este aspecto del servicio, sino más bien fortalecerlo. Aquí, de nuevo,

La forma más alta de servicio a Dios es el culto; es decir, donde el Señor es el único objeto de nuestra devoción.

quiero decir que la palabra de Dios considera también a todo el pueblo del Señor en este aspecto del ministerio o servicio. Todas las personas del Señor son testigos. Puedes no ser un evangelista en el sentido específico, pero eres un testigo, y eso es una parte del servicio del Señor en la que todos debemos permanecer fieles.

Aquí, entonces, están los tres aspectos del servicio, y todos nosotros hemos sido considerados como participantes en ellos; culto, ministerio a los santos, testigos para el mundo. Sí, en cada uno de nosotros, individualmente, recae este servicio triple al Señor.

El servicio y la casa de Dios

Ahora, amados, para finalizar, quiero recordarles que el servicio siempre empieza en la Casa. Si buscas en el Nuevo Testamento, encontrarás que la base de todo servicio es la asamblea local. La asamblea local tiene en sí todos los elementos de servicio necesarios para servir. Es allí que se expresa la forma más alta de servicio, a saber, el culto, y la asamblea local está constituida sobre la base del culto. Estamos por el Señor, para el Señor; somos del Señor. La asamblea local también está constituida sobre el principio del ministerio mutuo de unos a otros; y, además, debería estar expresando en su vida y en todos los valores de una asamblea local, los recursos y energías para testimonio al mundo.

Ahora, esto abre un gran asunto. La asamblea local es el lugar para la capacitación y entrenamiento para el servicio. Cuando hay una verdadera vida de asamblea, se proporciona una garantía contra toda una serie de riesgos que están conectados con el servicio; y eso significa un gran asunto más. Pero quiero que ustedes lleguen a una comprensión –sin detallar– de lo que es el servicio y lo que éste significa, y especialmente dejarles con esta urgencia en sus corazones, que la prueba de nuestra relación con el Señor se encuentra, primero, en el espíritu de culto y devoción a él; y en segundo lugar, en cuán involucrados estamos en la edificación de su pueblo y en el camino de ese ministerio; y luego, el espíritu de servicio es probado por nuestro testimonio al mundo, nuestra preocupación por los intereses del Señor hacia los inconversos. Esta es la triple prueba del espíritu de servicio.

Que el Señor nos encuentre en compañía de aquel siervo suyo que dijo: «*…a quien sirvo en mi espíritu… que sirvamos bajo el régimen nuevo del espíritu… que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo… vuestro culto racional*». Y que en ninguno de nosotros haya nunca en presencia del mundo una vacilación para declarar nuestra lealtad como aquel siervo del Señor en las palabras: «*…de quien soy y a quien sirvo…*».

Traducido de:
«A Witness and A Testimony».

* * *

En el camino

No te des prisa por correr delante de Dios.

Cuando los israelitas iban a cruzar el Jordán, se les dijo que dejaran un gran espacio entre ellos y el Arca que los guiaba; que ellos no sabrían cómo ir, porque no habían transitado aquel camino antes.

Apresurarnos con impaciencia tras los pasos de Dios, puede hacer que nos extraviemos. Permítele ir al frente, para que estés seguro de cuál camino quiere Él que sigas, antes de ir. Y si no tienes certeza de cuál es el camino que Él quiere que tomes, asegúrate de que en ese momento él no quiere que vayas a ningún lugar.

Tenemos que tomar el presente con manos ligeras, a fin de estar preparados para plegar nuestras tiendas y emprender la marcha, si Dios quiere. No debemos presumir una continuidad o echar nuestras raíces tan profundo que se necesite un huracán para removernos

Para aquellos que fijan a su mirada en Cristo, ninguna forma presente de la cual él desee moverles puede ser tan buena como aquella nueva condición a la cual él les hará pasar.

Es difícil abandonar un lugar, aunque sea en el desierto, donde hemos acampado tanto tiempo que ha llegado a ser como un hogar. Podemos mirar con pesar el círculo de cenizas negras en la arena donde nuestro pequeño fuego ardió alegremente. Nuestros pies pueden doler y nuestro corazón mucho más cuando retomamos la marcha, pero debemos atender a encontrarnos con Dios, aceptando el cambio con alegría, a pesar de que el primer aspecto pueda ser duro.

También necesitamos cultivar el hábito de la pronta obediencia. *"Me apresuré y no me retardé en guardar tus mandamientos"*, es el único lema seguro. La obediencia lenta suele ser el germen de una incipiente desobediencia. Es más fácil cumplir nuestro deber cuando primero estamos seguros de él. Viene entonces el impulso que nos permite sortear los obstáculos en la cresta de la ola; mientras que la vacilación y demora nos dejan varados en aguas poco profundas. Si seguimos la columna, hemos de seguirla de inmediato.

Un corazón que espera y busca la dirección de Dios, que aplica el sentido común así como la fe para desentrañar las perplejidades pequeñas y grandes, y está dispuesto a ignorar el presente, aunque éste sea grato, a fin de no perder las indicaciones que dicen: "Levántate, éste no es tu descanso", cumple con las condiciones con las cuales podemos estar seguros de que Él nos guiará por el camino correcto y nos traerá por fin a la ciudad habitable.

Alexander McLaren

El libro de Apocalipsis

Viendo a Cristo como el heredero de todas las cosas

Stephen Kaung

Lecturas: Apocalipsis 1:1-13; 19:10b.

Estudiaremos ahora el último libro del Nuevo Testamento, el Apocalipsis. El primer libro de la Biblia es el Génesis. Este es el comienzo, y sabemos que en el comienzo nos es revelado el propósito de Dios. Apocalipsis es el último libro, y en el final nosotros tenemos la consumación del propósito de Dios: todas las cosas convergiendo en Cristo.

Apocalipsis es un libro de profecía, pues leemos en el inicio: *«Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca»*. Sin embargo, necesitamos recordar que el espíritu de la profecía es el testimonio de Jesús. En Apocalipsis hay muchas palabras proféticas concernientes a los eventos que aún están por acontecer, los cuales ocurrirán prontamente. No obstante, esos eventos venideros son sólo la letra de la Palabra, pues el espíritu de la Palabra es el testimonio de Jesús.

Hermanos, todos nosotros somos curiosos por naturaleza, ansiosos por saber lo que va a ocurrir pronto. De cierta forma, nos sentimos más seguros si tenemos conocimiento de aquello que nos aguarda en el futuro, pero el propósito del libro de Apocalipsis no es satisfacer nuestra curiosidad. Es verdad que nos habla con respecto a sucesos que deben acontecer muy en breve, pero el propósito de este libro no es darnos a conocer lo que está por venir, sino a Aquel que está viniendo. El espíritu de la profecía es el testimonio de Jesús.

¿Qué pasaría si nosotros conociésemos todos los hechos que están por ocurrir y, sin embargo, no estuviésemos preparados para la venida del Señor? ¿Qué sucedería si llegásemos al conocimiento de la palabra de la profecía y no penetrásemos en el espíritu de la profecía? Si eso nos ocurriera, descubriríamos que la letra mata; es el Espíritu el que da vida.

En otras palabras, si tuviésemos un conocimiento intelectual acerca de los eventos futuros mencionados en el libro de Apocalipsis, sin tener, al mismo tiempo, un corazón preparado para la venida del Señor, ese conocimiento meramente intelectual nos traerá condenación en lugar de salvación. Por esta razón, creo que, al estudiar este libro de profecía, es muy importante que tengamos convicción y claridad en nuestros corazones con respecto a nuestro propósito.

Debemos tener muy claro que nuestro principal interés no son los eventos descritos, sino más bien la Persona de aquel que está por venir, Aquel a quien estamos esperando. Si eso está claro en nuestros corazones, ciertamente seremos bendecidos. *«Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas»*.

El libro de Apocalipsis es *«la revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto»*. El apóstol Juan no es el autor del Apocalipsis, aunque su nombre sea mencionado cuatro veces allí. Al leer el evangelio de Juan y su primera epístola, vemos que su nombre no se menciona en ninguno de ellos. Sin embargo, en Apocalipsis, su nombre aparece en cuatro ocasiones. Pero Juan es apenas un escriba, un copista.

El autor del libro de Apocalipsis es el propio Dios, pues en Apocalipsis 1:1 está escrito: *«La revelación de Jesucristo, que Dios le dio…»*. Es la revelación de Jesucristo. En Apocalipsis, el velo es quitado, y Jesucristo es revelado. Y esta revelación de Jesucristo es dada por Dios. Es Dios quien retira el velo, permitiendo que sepamos lo que va a acontecer con su amado Hijo. Dios dio esa revela-

ción a Cristo, y Cristo, a su vez, la mostrará a sus siervos. El Apocalipsis es, por tanto, el Padre revelando al Hijo a su propio Hijo; y su Hijo, a su vez, muestra a sus siervos las cosas que irán a acontecer.

Las siete iglesias en Asia fueron las primeras en recibir y leer este libro; pero ellos no son los únicos a los cuales fue dirigido. Lo que fue revelado allí debe ser mostrado a los siervos de Jesucristo.

¿Quiénes son estos siervos? ¿Quiénes son sus esclavos por amor? Nosotros sabemos que Pablo se sentía honrado en llamarse a sí mismo *«siervo de Jesucristo»*. ¿Quiénes son, entonces, los siervos de Jesucristo? Nosotros, los que fuimos comprados por la preciosa sangre del Señor Jesús. Cada uno de nosotros, cada uno de los que fuimos comprados por la preciosa sangre de Jesús, somos sus esclavos por amor. Él nos compró y nos concedió libertad; podríamos irnos ahora si quisiésemos, pero nosotros no queremos esa libertad, porque le amamos y queremos servirle.

«Y me dijo: Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto» (Apoc. 22:6). Este versículo muestra, por tanto, que el libro de Apocalipsis fue, indudablemente, escrito para nosotros. Mas no sólo eso, pues también está escrito: *«Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana. Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven»* (Apoc. 22:16-17a).

Estas cosas fueron mostradas a la iglesia de Dios y, a medida que la iglesia ve todas estas cosas, «…el Espíritu y la Esposa dicen: Ven». Así, podemos ver que, en verdad, el libro de Apocalipsis fue escrito para la novia. La iglesia, los siervos, la novia, todos son uno. Nosotros somos los siervos de Jesucristo comprados por su sangre, nosotros somos la iglesia de Jesucristo, nosotros somos su novia. Y nosotros somos las personas que recibieron el libro de Apocalipsis.

Muchas personas no leen Apocalipsis porque piensan que este es un libro terrorífico. No obstante, debemos recordar que Apocalipsis es una carta de amor, no una historia de terror para asustar a la gente. Para nosotros que somos la iglesia de Dios, que somos los siervos de Jesucristo, que somos la novia de Jesucristo, Apocalipsis es una carta de amor. Es la última carta de amor escrita para nosotros por nuestro Novio antes de las bodas.

Si consideramos el libro de Apocalipsis desde este punto de vista, podremos constatar cuán precioso y significativo es su contenido. Es la última carta de amor que nosotros recibimos. ¡Después de esta carta, el próximo acontecimiento que nos aguarda es su propia presencia! Él estará aquí y, entonces, serán celebradas las bodas. ¡Eso es algo maravilloso!

El apóstol Juan recibió esta revelación en la isla de Patmos, donde él estaba exiliado, enviado allí por el emperador Domiciano. Algunos piensan que ello ocurrió en la época de Nerón, pero no es verdad, porque en la época de Nerón la persecución aún

no se había extendido hasta Asia, sino que estaba centralizada en Roma. Además de eso, en la época de Nerón, el castigo a los cristianos consistía en lanzarlos a los leones o quemarlos. Enviar a los cristianos al exilio fue el método usado por Domiciano.

Por tanto, fue en la época de Domiciano que Juan fue desterrado a la isla de Patmos, una isla estéril y rocosa en la costa de Asia Menor, en el mar Egeo. Fue en Patmos que Juan recibió el libro de Apocalipsis.

El Apocalipsis, el último libro de la Biblia, es la consumación, la culminación de la revelación de Dios. ¿Cuál es el eterno propósito de Dios? El eterno propósito de Dios está centrado en su Hijo amado. La voluntad de Dios es que su Hijo amado sea el heredero de todas las cosas (Heb. 1:2). Es decir, todas las cosas serán sujetas a Cristo Jesús.

De entre todas las cosas, el hombre es lo central y lo más importante a ser traído en sujeción a Cristo Jesús, porque el hombre es el centro de todas las cosas que fueron creadas, y es a través del hombre que Cristo heredará todas las cosas. Así, en primer lugar, Cristo nos recibirá a nosotros como herencia. Él hereda a los seres humanos, y después de eso, a través del hombre, él heredará todas las cosas. De esta forma, descubrimos que el hombre ocupa una posición muy importante en todo el plan y el propósito de Dios.

«De la boca de los niños y de los que maman, fundaste la fortaleza, a causa de tus enemigos, para hacer callar al enemigo y al vengativo» (Sal. 8:2). En cuanto al hombre, él es como un niño de pecho en comparación con las otras cosas creadas por Dios, porque el hombre fue el último en ser creado, en el sexto día. «Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza» (Gén. 1:26). Y el hombre fue hecho a Su propia imagen.

De tal manera que, en lo referente al orden cronológico en que las cosas fueron creadas, si comparamos al hombre con el planeta Tierra, por ejemplo, o con el universo, concluiremos que, de hecho, nosotros los hombres, somos los que llegamos último; nosotros somos como bebés que maman. Sin embargo, de la boca de los niños y de los que maman, Dios dice que suscitaría alabanzas. ¿Por qué? *«…a causa de tus enemigos»*.

Dios tiene un adversario, Satanás. Pero Él usará a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles –el hombre– para hacer enmudecer al enemigo y al vengativo. En otras palabras, Dios va a usar al hombre como Su vaso e instrumento para traer todas las cosas en sujeción a Él, lo usará para derrotar a su enemigo Satanás, para cerrar la boca del enemigo, para cumplir el propósito de Dios, a fin de que Cristo pueda heredar todas las cosas. No es de sorprenderse que el salmista haya preguntado: *«¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria?»* (Sal. 8:4).

Hermanos amados, cuando recordamos que no somos nada más que polvo y cenizas, los últimos en haber sido creados, cuando recordamos que no somos sino niños de pecho, nos sentimos muy pequeños. No obstante, Dios se acordó de nosotros, primero para que seamos su herencia, y después, para que él venga a

heredar, a través de nosotros, todas las cosas. Agradó a él usarnos como sus vasos e instrumentos para derrotar a su adversario, y traer Su eterno propósito a una realización plena. Considerar todo esto nos lleva a humillarnos delante de él y adorarle.

En el libro de Apocalipsis descubrimos que Dios va a hablar con respecto al destino de la humanidad. Es la revelación final de Jesucristo con relación a los hombres; en Apocalipsis se nos muestra cómo él va a poner a los hombres y todas las cosas debajo de Sus pies. De acuerdo con 1ª Corintios 10:32, la humanidad es dividida en tres grupos: los judíos, los gentiles y la iglesia de Dios.

Nos sentimos más seguros si tenemos conocimiento de aquello que nos aguarda en el futuro, pero el propósito del libro de Apocalipsis no es satisfacer nuestra curiosidad.

En este estudio, abordaremos el libro de Apocalipsis a partir de estos tres grupos: la iglesia, los judíos y las naciones (los gentiles). Veremos cómo Cristo heredará a su novia; cómo él, el León de la tribu de Judá, la raíz de David, heredará a los judíos, y como Rey de reyes y Señor de señores, él heredará las naciones.

La iglesia

La iglesia es parte del propósito eterno de Dios con relación a su amado Hijo. La iglesia era un misterio escondido en Dios a lo largo de muchas generaciones en las épocas pasadas. Cuando el tiempo apropiado se cumplió, Dios reveló este misterio y se hizo manifiesto por el Espíritu Santo a través de los apóstoles y profetas, de modo que hoy nosotros podemos conocer qué es la iglesia.

La iglesia era algo desconocido en el pasado; era un misterio escondido en Dios, el cual no podía ser conocido antes que Cristo viniese al mundo. Era necesario, en primer lugar, que Cristo viniese al mundo, pues, sin su venida, no podría haber iglesia. Fue a través de su venida, de su encarnación, a través de su vida aquí en la tierra, su muerte y resurrección, que la iglesia vino a existir.

Cuando nuestro Señor estaba en la cruz y murió, un soldado abrió su costado con una lanza, y de esa herida manó sangre y agua. Por tanto, cuando nuestro Señor Jesús murió, su sangre fue derramada para remisión de nuestros pecados, y su vida fue derramada como agua, para que nosotros pudiésemos recibir vida. La iglesia nació por medio de esa sangre y esa agua que brotaron de su costado. Después de eso, en el día de Pentecostés, el Espíritu Santo vino, y ciento veinte creyentes, que eran ciento veinte individuos, fueron bautizados en un cuerpo, una iglesia.

La historia de la iglesia en los pri-

meros años nos es relatada en el libro de los Hechos. Se estima que el Señor Jesús vivió aproximadamente treinta años aquí en la tierra, en tanto que el libro de los Hechos, a su vez, también cubre un periodo aproximado de treinta años, desde el día de pentecostés hasta la época en que Pablo estaba viviendo en Roma, en una casa alquilada, donde predicaba el reino de Dios y enseñaba las cosas concernientes al Señor Jesucristo (Hechos 22:30-31), entre el año 62 ó 63 d. de Cristo. El libro de los Hechos, por tanto, cubre cerca de treinta años, los treinta primeros años de la historia de la iglesia.

El libro de Apocalipsis, por su parte, nos muestra una continuación de la historia de la iglesia. En los primeros tres capítulos, son mencionadas siete iglesias. Estas iglesias son, sin duda, la iglesia del final del primer siglo, pues nosotros sabemos que, al final de ese tiempo, todos los otros apóstoles ya habían muerto, con excepción del apóstol Juan. Juan fue el apóstol que vivió una vida más larga, y fue durante sus últimos años de vida que él recibió esta revelación. Los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis son, por tanto, una continuación del libro de los Hechos, y nos relatan la historia de la iglesia al final del primer siglo.

¿Qué es la iglesia? En el libro de Apocalipsis, las siete iglesias son representadas por medio de siete candeleros de oro. Un candelero, a su vez, no es un objeto con un fin en sí mismo. El propósito de un candelero es sostener la luz de manera que todos puedan verla. De la misma forma, la iglesia no existe para sí misma; ella no es un fin en sí misma, sino un medio para que un objetivo sea alcanzado.

El objetivo de la iglesia es sostener el testimonio de Jesús de modo que todos puedan verlo, de manera que todos puedan ver la luz. Y si la iglesia falla en expresar, en manifestar la luz del testimonio de Jesús, entonces ella habrá fallado en su misión. La iglesia no tiene como objetivo final atraer a las personas a sí misma, sino conducir a las personas a Cristo. Así, las siete iglesias de Asia son representadas por siete candeleros de oro.

Las siete iglesias

Las siete iglesias mencionadas por Juan en el libro de Apocalipsis son iglesias que realmente existían en Asia Menor al final del primer siglo. La Asia Menor mencionada en este texto no se refiere al continente asiático, sino a la provincia romana llamada Asia Menor. El apóstol Juan trabajó en esas siete iglesias en los últimos años de su vida. En realidad, él estaba trabajando en esas iglesias cuando fue enviado al exilio; por eso, él estaba pensando en ellas en el día del Señor, cuando recibió la revelación.

Estas cartas revelan la condición espiritual de aquellas iglesias delante de Dios. Este es un hecho real, es algo histórico. En realidad, en aquella época, había más de siete iglesias en Asia Menor, pues también había iglesias en Colosas y Hierápolis, por ejemplo. Pero el libro de Apocalipsis es un libro profético, y creemos que el Espíritu Santo escogió aquellas iglesias porque ellas hablan proféticamente con respecto a toda la historia de la iglesia hasta la venida de Cristo.

Éfeso

La primera iglesia mencionada en el libro de Apocalipsis, la iglesia en Éfeso, representa a la iglesia en el periodo de tiempo comprendido entre el final del primer siglo y los años iniciales del segundo siglo. La palabra Éfeso tiene dos significados diferentes: *deseo*, y también *debilidad*, *negligencia*, *apatía*. En el principio, había en la iglesia en Éfeso un gran deseo por el Señor.

La actitud de aquella iglesia podría ser descrita por el Salmo 73:25: *«¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra»*. Esta debería ser la actitud de la iglesia para con el Señor. El deseo de la iglesia es el Señor; la iglesia debe amar al Señor con todo su corazón. Si lees loa historia de la iglesia en sus primeros años, en el libro de Hechos, descubrirás que había un deseo muy intenso por el Señor. Ellos amaban al Señor de modo muy profundo; había en la iglesia el primer amor.

Posteriormente, en la propia iglesia en Éfeso, si lees la carta a los efesios, percibirás que ellos recibieron aquella revelación tan maravillosa y profunda porque ellos amaban al Señor. En el principio, por tanto, ellos amaban al Señor; pero ese deseo intenso por el Señor se fue volviendo cada vez más débil, negligente y apático, hasta que, en los últimos años del primer siglo, la iglesia había abandonado su primer amor.

El Señor desea que su iglesia lo ame intensamente. Él no tiene otro deseo mayor que ese. La iglesia, al final del primer siglo, poseía obras, labor, conocimiento, discernimiento, y no se había desviado de la enseñanza del Señor Jesús; sin embargo, ellos habían perdido su primer amor. El Señor les dice: *«Pero tengo contra ti … arrepiéntete…»*.

Esmirna

La segunda iglesia es Esmirna. La palabra Esmirna es derivada de la palabra *mirna*, que significa *amargura*. Cuando la iglesia empezó a perder su primer amor por el Señor, el Señor reaccionó enviando la persecución. No siempre la persecución es algo totalmente malo. Dios usó la persecución para despertar a la iglesia, para que ella tomara conciencia de que había perdido el primer amor. Así, la iglesia fue duramente perseguida a lo largo del segundo y tercer siglos; mas, como fruto de esa persecución, se reavivó la búsqueda del Señor y el deseo intenso por el Señor.

Pérgamo

La palabra *Pérgamo* significa *torre elevada*. Al comienzo del cuatro siglo, aproximadamente en el año 303 d. de C., Constantino el Grande llegó a ser el emperador romano. Después de haber conquistado el imperio, Constantino intentó proteger y apoyar el Cristianismo. Favorecido por el emperador, el Cristianismo ya no fue más perseguido, y se volvió la religión más popular del mundo. Innumerables personas, multitudes, entraron en la iglesia.

El emperador dijo a sus soldados que, aquellos que fuesen bautizados, recibirían como recompensa una cantidad de plata y vestimentas. De esa forma, muchos solados se hicieron bautizar, no sólo a causa de la recompensa material, sino también para ob-

tener privilegios del emperador. De inmediato, la iglesia se volvió una torre elevada. La iglesia cayó en el mundo, se mezcló con el mundo, comenzó a aceptar y a enseñar otra doctrina que no era la verdad de la Biblia. Así, a partir del siglo IV hasta el final del siglo VI, la iglesia es representada por Pérgamo.

Tiatira

Después de Pérgamo, viene la iglesia de Tiatira. La palabra *Tiatira* significa *sacrificar*, *ofrecer asiduamente muchos sacrificios*. Tiatira representa el sistema católico romano, el cual se inició al final del siglo VI con el papado de Gregorio I en el año 590, y se extendió hasta la época de la Reforma. El sistema romano fue oficializado y, como consecuencia, fue introducido el sacerdocio especial y la adoración de ídolos. Así, todas estas cosas empezaron a introducirse en la iglesia.

Sardis

Después de Tiatira, viene la iglesia de Sardis. *Sardis* significa *reavivamiento* o *restauración*. En el siglo XVII, Dios levantó reformadores tales como Lutero y Calvino, entre otros. Hubo un reavivamiento, una restauración; pero, por desgracia, nada es perfecto, y la Reforma se transformó en una mera cuestión de nombres en lugar de ser realidad, y gradualmente murió. El nombre permaneció, pero no había vida en su interior. Esta es, aún hoy, la condición espiritual de las iglesias protestantes. Ellas tienen un nombre, pero, ¿dónde está la realidad? ¿Dónde está la vida? Sin embargo, gracias a Dios, hay una nueva reacción de parte de Dios, y tenemos entonces la iglesia de Filadelfia.

Filadelfia

Filadelfia significa *amor fraternal*, *amor de hermanos*. A principios del siglo XIX, Dios empezó a levantar un movimiento en la iglesia, al cual nos referimos hoy como el Movimiento de los Hermanos. En todo el mundo, los hermanos empezaron a salir de las denominaciones, pasando a llamarse simplemente 'hermanos'. Ellos se amaban unos a otros y guardaban la palabra de Dios. Ellos restauraron verdades que habían sido olvidadas por años. Fue un movimiento muy grande e impresionante en el Cristianismo; pero descubriremos que, por desgracia, de manera gradual se transformaron en Laodicea.

Laodicea

Laodicea significa *opinión popular*. Laodicea es muy democrática, en lugar de ser teocrática. Cuando aquello acontece, aparece la apatía, la tibieza y un enorme orgullo falso. Ellos empiezan a pensar que lo poseen todo; sin embargo, están pobres, ciegos y desnudos. El Señor los llama al arrepentimiento, pues, de lo contrario, los vomitará de Su boca. Laodicea representa a la iglesia de nuestros días; nosotros estamos viviendo en la época de Laodicea.

Lecciones de la historia de la iglesia

Hermanos, al considerar la historia de la iglesia a lo largo de todos estos años, ¿a qué conclusión llegamos? ¿Cuál es la lección que nos enseña la historia de la iglesia?

Hay básicamente dos lecciones.

En primer lugar, vamos a constatar que, siempre que Dios confía el testimonio de su amado Hijo en manos de los hombres, dentro de muy poco tiempo, el hombre fracasa. Cuando Dios obra y reacciona, cuando él da revelación, ocurre un gran reavivamiento y una restauración. En la primera generación, parece lleno de vida, dinamismo y vibración; mas, luego, todo empieza a ser organizado. El hombre intenta preservar aquello que Dios empezó.

En la segunda generación, la organización se hace más fuerte, y en la tercera generación, todo lo que resta es una organización sin vida en su interior. Al parecer, este proceso se ha repetido una y otra vez a través de la historia. Siempre que Dios confía su revelación al hombre, el hombre rápidamente la pierde. Esta es la primera lección que obtenemos de la historia.

Sin embargo, gracias a Dios, hay otra lección que nos enseña la historia: Dios nunca desiste. No importa la forma en que el hombre fracase, hemos visto que el hombre fracasó y falló reiteradamente; pero Dios nunca falla. Él nunca desiste. Él está siempre obrando a fin de restaurar todo lo que puede ser restaurado, y él, de hecho, restaura.

Es por esta razón que, en los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis, al final de las cartas a cada una de las iglesias, hay un llamamiento a los vencedores. El Señor está diciendo: 'Yo les he confiado a ustedes mi testimonio, y no se puede negar que ustedes han fracasado. Pero, a pesar de su fracaso, yo estoy llamando a vencedores de entre ustedes'.

Los vencedores

¿Quiénes son los vencedores? Obviamente, no son personas que están fuera de la iglesia. Los vencedores están en la iglesia, y no son 'súper' cristianos; son cristianos normales. Muchos son anormales, hoy las personas viven en un nivel inferior a la vida cristiana normal, pero Dios está llamando a los cristianos normales, aquellos que responden a la gracia de Dios y son fieles a Su testimonio.

Al final del primer siglo, comprobamos que, en las siete iglesias, sin excepción, Dios llama a los vencedores, y él encuentra a sus vencedores. En los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis, son mencionados los vencedores de la iglesia al final del primer siglo. Fue a través de aquellos vencedores que el testimonio de Dios fue mantenido en esa época. Los vencedores sostuvieron el testimonio de Dios y, al hacerlo, mantuvieron ese testimonio en nombre de toda la iglesia.

En Apocalipsis 7:10 es mencionada una gran multitud que nadie podía contar. Ellos estaban delante del trono de Dios, con vestiduras blancas y palmas en sus manos. Esa multitud clamaba a gran voz: *«La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero»*. ¿Qué multitud es aquella? ¿Quiénes son esas personas? Sabemos que los vencedores recibirán vestiduras blancas como recompensa; esas vestiduras representan la justicia de los santos. Sabemos también que las palmas, en la Escrituras, son símbolos de victoria. Esta es, por tanto, una visión de los vencedores de la iglesia desde el final del primer siglo hasta los últimos días.

De hecho, al considerar la historia de la iglesia, percibimos que, desde el final del primer siglo hasta nuestros días, Dios tiene sus vencedores en todos los lugares, de generación en generación, y son una multitud incontable. Podemos ver fallas y fracasos por doquier, mas damos gracias a Dios, porque él tiene sus verdaderos vencedores, innumerables vencedores, en todo lugar. Es posible que, a los ojos de los hombres, ellos estén escondidos, pero ellos son conocidos por Dios y, a través de estos vencedores, el testimonio de Jesús ha sido preservado a lo largo del tiempo. ¡Gracias a Dios por ese número incontable de vencedores!

Al llegar al capítulo 12, encontramos otra visión, la visión de la mujer que da a luz un hijo varón. ¿Cuál es el significado de esta visión? Ella nos habla de algo que ocurrirá en los días postreros. Hermanos, permítanme decirles algo: ¡Nosotros estamos viviendo en los últimos días! La mujer descrita en esta visión representa a la iglesia en los últimos días. ¿Ella está revestida de una gloria tan grande! En verdad, eso es lo que la iglesia debería ser, una iglesia gloriosa.

Sin embargo, nosotros vemos que el dragón no está interesado en la mujer, ni aun se preocupa de ella. ¡Piensen en lo que eso significa! La mujer está revestida de mucha gloria, pero el dragón, no obstante, no la toma en cuenta. Esto significa que el dragón sabe que ella no puede hacer nada contra él; ella no tiene ningún poder o influencia en la esfera espiritual. La iglesia debería ser gloriosa, pues fue salva de manera gloriosa, y de modo glorioso recibió gracia y dones. Sin embargo, en el ámbito espiritual, Satanás, el dragón escarlata, sabe que no hay poder en la iglesia; la iglesia no significa amenaza alguna para su reinado.

Así, pues, Satanás no se ocupa con la mujer, sino que concentra su atención en la criatura que está por nacer. Aquella mujer encinta estaba próxima a dar a luz, y le nacería un hijo varón; y el dragón pretendía devorar a la criatura cuando ésta naciese, porque él sabía que el hijo varón sería lleno de poder. Ese hijo representaría su caída. Por esta razón, Satanás quería devorar al hijo varón cuando éste naciese; mas, este hijo fue arrebatado para el trono.

El hijo varón mencionado en esta visión se refiere a un grupo de personas, porque, posteriormente, en el mismo capítulo 12, descubrimos que los hermanos vencieron al enemigo, al acusador, *«…por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte»* (Apoc. 12:11). El hijo varón representa a los vencedores en los últimos días. Dios aun va a tener sus vencedores en los últimos días, los cuales serán arrebatados vivos para el trono.

Hermanos, ¡nosotros no estamos esperando la muerte, sino que esta-

La iglesia no tiene como objetivo final atraer a las personas a sí misma, sino conducir a las personas a Cristo.

mos esperando ser arrebatados en vida! Nosotros estamos viviendo el fin de los tiempos. ¡Tenemos esta oportunidad, este privilegio; estamos viviendo un momento emocionante y lleno de impresionante expectativa! Nosotros estamos esperando y deseando ardientemente que nazcan los vencedores, y en cuanto el número de ellos esté completo, serán arrebatados para el trono, y el enemigo será lanzado desde los aires a la tierra.

«…por medio de la sangre del Cordero…». Los vencedores de los últimos días son aquellos que vencieron por medio de la sangre del Cordero; no vencieron por ser perfectos. Son tan débiles como cualquier otro, pero ellos confesaron sus pecados. Ellos confían en la sangre de Jesús y están siendo lavados constantemente, de modo que sus vestiduras son mantenidas blancas todo el tiempo.

«…y de la palabra del testimonio de ellos». ¿Cuál era su testimonio? El testimonio de los vencedores es: «Jesús es el Señor». Jesús es el Señor de la vida de ellos, y ellos declaran esto abiertamente y poseen una vida que comprueba el testimonio de sus labios. Tal testimonio tiene poder.

«…y menospreciaron sus vidas hasta la muerte». Por amor al Señor, ellos están dispuestos a perder, a entregar su propia vida, la vida de su alma. Hermanos, estos son los vencedores en los últimos días. ¡Oh, que nosotros podamos, por la gracia de Dios, estar entre los vencedores!

Al inicio del capítulo 14, es mencionado un grupo de 144 mil personas, sobre el monte de Sion, junto con el Cordero. Ellos cantaban un cántico nuevo, conocido sólo por ellos. ¿Quiénes son estas personas? Son, sin duda, los vencedores al final de la gran tribulación, pues sabemos que habrá una siega al final de la gran tribulación. Este grupo de 144 mil junto al Cordero sobre el monte de Sion, por tanto, son los vencedores de la iglesia al término de la gran tribulación.

En el capítulo 19 se describe a un hombre montado sobre un caballo blanco. Es el propio Señor Jesús, el Verbo de Dios. Él es seguido por un ejército, que representa a los vencedores en la segunda venida de Cristo. Ellos serán la esposa del Cordero.

Los capítulo 21 y 22 describen la consumación, o sea, toda la iglesia estará en aquella nueva ciudad, la nueva Jerusalén, porque el nombre de los doce apóstoles está sobre los cimientos de la ciudad. El Señor heredará su iglesia y ella será su Esposa eternamente.

El libro de Apocalipsis nos dice que, a pesar del fracaso del hombre, Dios tendrá la novia para su Hijo, y el Hijo, por su parte, tendrá finalmente una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa y sin defecto. Habrá una unión eterna con Cristo. ¡Gracias a Dios por ello! Él es digno. Esta, por tanto, es la revelación de Dios con relación al destino final de la iglesia.

Los judíos

Los judíos son otro misterio. Dios escogió a los judíos por causa de Abraham, el padre de ellos. En Romanos 9:4-5, Pablo nos dice que los judíos son el pueblo escogido de Dios. *«…de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quie-*

nes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén».

Los judíos fueron escogidos por causa de su padre, Abraham. Ellos son una raza escogida, a ellos les pertenece la adopción, la filiación, la gloria, el pacto, la ley, el culto, las promesas, los patriarcas, y el propio Señor Jesucristo desciende de ellos. Sin duda, ellos son un pueblo muy privilegiado.

Sin embargo, por causa de su ceguera, ellos rechazaron al Mesías cuando él vino, y fueron, como nación, puestos temporalmente aparte. Sin embargo, es necesario recordar que eso no significa que todos los judíos fueron rechazados; sólo la nación fue temporalmente puesta de lado, pero eso no es algo permanente. A lo largo de los siglos, muchos judíos han sido salvos. En verdad, al principio, todos los creyentes eran judíos que se habían convertido al Señor. El propio Pablo dice que él mismo, siendo judío, pertenecía al Señor.

Por tanto, a través de los siglos, los judíos, no como nación, sino individualmente, se han tornado parte de la iglesia. La iglesia está formada tanto por judíos como por gentiles, pues en Cristo no hay diferencia entre judío y gentil. Los judíos, como nación, fueron puestos aparte a causa de su ceguera. Han sido dejados de lado momentáneamente como raza escogida, hasta que haya llegado la plenitud de los gentiles o la plenitud de las naciones, y entonces todo Israel será salvo (Rom. 11:25-26).

Hermanos, a causa de su ceguera, los judíos fueron esparcidos por todo el mundo. La única cosa que el Señor Jesús maldijo cuando estuvo en la tierra, fue una higuera. Aquella higuera tenía hojas, pero no frutos. La higuera es símbolo de la nación judía. Dios había sido bondadoso para con ellos. Cristo había venido a ellos y había trabajado en su medio por tres años, sin que ellos produjesen fruto alguno. Ellos sólo tenían hojas (apariencia), tenían la forma de la piedad, pero carecían del poder correspondiente. Por eso, el Señor maldijo a la higuera, y ésta se secó desde la raíz.

Por muchos años, el pueblo de Israel vivió esparcido por todo el mundo; sin territorio, sin gobierno, sin nación. Entretanto, curiosamente, ellos nunca fueron asimilados y, al contrario, de diferentes formas, ellos han controlado el mundo. Ellos fueron perseguidos injustamente, pero el Señor dijo que llegaría el tiempo en que las ramas de la higuera comenzarían a brotar, y eso es señal de que el verano está cerca. A través de eso, sabríamos que el Señor está a las puertas.

En 1948, para sorpresa de los políticos y estadistas del mundo entero, la nación de Israel fue restablecida de modo repentino, como surgida de la nada. Sin embargo, debemos recordar que aquella fue una restauración política; la restauración religiosa aún no ha ocurrido.

Aunque la nación de Israel haya sido restablecida, ellos estaban cercados de enemigos por todos lados. Nunca se sintieron seguros. El mayor problema de la nación israelita era la falta de seguridad. ¿De qué forma Israel podría sentirse seguro? ¡De ninguna manera! Pues el Príncipe de Paz

aún no venía. Ellos no tenían paz. Por esta razón, el mayor deseo de la nación de Israel es tener seguridad y, de acuerdo con Daniel capítulo 9, cuando el fin estuviese próximo, surgirá alguien afirmando poder garantizar la seguridad de Israel.

Un día, el anticristo hará un pacto de paz con la nación de Israel, prometiendo garantizar la paz y la seguridad de la nación por un periodo de siete años. Toda vez que la paz y la seguridad son la mayor preocupación de Israel, ellos creerán en las promesas del anticristo y caerán en una trampa, pues, en medio de ese periodo de siete años, el anticristo va a revelar quién es él realmente, y quebrantará el pacto hecho con Israel. Entonces la nación de Israel entrará en el *«tiempo de angustia»* profetizado en Jeremías 30:7.

Es cierto que Dios se refiere a los judíos en el libro de Apocalipsis, pues en el versículo 1:7 está escrito: *«He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén»*. Sabemos que, en aquel día, las naciones van a sitiar Jerusalén y se lanzarán sobre ella.

«Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito» (Zac. 12:10). Al seguir leyendo el libro de Zacarías, vemos que será abierta una fuente a fin de limpiarlos de todas sus iniquidades.

Al inicio del libro de Apocalipsis, el Señor nos muestra que, al final, él va a retornar a la nación de Israel. El Señor nunca olvidó su promesa, nunca olvidó su alianza con Abraham, Isaac y Jacob. Así, vemos que en la primera parte del capítulo 7 de Apocalipsis hay 144 mil que fueron sellados con el sello del Dios vivo. No debemos confundir aquellos 144 mil con el grupo mencionado en el capítulo 14, porque son dos grupos diferentes de personas.

En el capítulo 7, este número se refiere a judíos de las doce tribus de la nación de Israel, sellados con el sello del Dios vivo. Recordemos que ellos no son sellados con el sello del Cordero, sino con el sello del Dios vivo. O sea, antes que venga la 'angustia de Jacob', Dios preparará a su pueblo escogido. Habrá, entre aquellos que pertenecen a la nación de Israel, un determinado número de judíos piadosos. Ellos no son cristianos, pues no tienen sobre sí el nombre del Cordero, mas son judíos piadosos sellados con el sello del Dios vivo. Ellos creen en el Dios vivo.

Por tanto, aunque haya habido un reavivamiento político de la nación de Israel, cuando el fin esté próximo, Dios tendrá un grupo de hombres y mujeres entre el pueblo de Israel que tendrá sobre sí el sello del Dios vivo, judíos piadosos y devotos. Cuando venga la 'angustia de Jacob', ellos serán intensamente perseguidos, mas Dios ya habrá puesto su sello sobre ellos y, por el poder de Dios, ellos serán preservados.

En el capítulo 11 está escrito que Dios les enviará dos hombres, dos testigos. Se trata de dos profetas que van a fortalecerlos, porque ellos estarán

pasando por la 'angustia de Jacob'. Para los cristianos, ese periodo es llamado la Gran Tribulación. Ambos son eventos simultáneos; de hecho, son una única cosa.

Cuando el anticristo haya creado su imagen y desee que todos lo adoren, habrá dos grupos de personas que se rehusarán a adorarlo: los cristianos y los judíos piadosos, y por tal motivo, ellos serán perseguidos por un periodo de tres años y medio. Pero Dios enviará a dos testigos, los cuales fortalecerán a los judíos piadosos (Apoc. 11). Es muy probable que estos dos hombres sean Moisés y Elías, los más respetados entre el pueblo judío: el legislador y el profeta.

Entonces, en Zacarías capítulo 14, está escrito que las naciones se reunirán en torno a Jerusalén. La ciudad será tomada, pero el Señor mismo vendrá y pondrá sus pies sobre el monte de los Olivos, el cual será hendido por el medio, y un tercio del pueblo judío que esté en Jerusalén huirá a través del valle allí formado. Él vendrá a libertar a su pueblo. Ellos lo verán con sus propios ojos, se arrepentirán, serán lavados y purificados, y todo Israel será salvo.

Después de la batalla de Armagedón, habrá el reino milenial. Durante este reino, la nación judía será el centro de todas las naciones. Ellos serán una nación de sacerdotes; saldrán y enseñarán los caminos de Dios a las otras naciones.

Finalmente, sabemos que ellos tendrán un lugar en la nueva Jerusalén, pues el nombre de las doce tribus está escrito sobre las doce puertas. Será la consumación, la realización final de toda la obra de Dios a través de los siglos. Tanto los santos del Antiguo Testamento como los del Nuevo Testamento estarán juntos, siendo parte de la esposa del Hijo eterno. Cristo heredará a la nación judía. Él será aceptado como el Hijo de David, el León de la tribu de Judá.

Las naciones

¿Qué nos dice el libro de Apocalipsis con respecto a las naciones? En el capítulo 5 se describe una visión en la cual el Cordero está delante del trono y recibe un librito de aquel que está sentado en el trono. Este libro es el certificado de propiedad de esta tierra. O sea, la tierra no le pertenece a Satanás; al contrario, Satanás es un usurpador y no el propietario. Dios es el propietario; e él pertenece la tierra. Él nunca entregó a nadie el derecho a poseer la tierra; pero ahora, al pasar el librito a las manos del Cordero, Dios está entregando la tierra a su amado Hijo, al que venció.

Luego, vemos que el Cordero comienza a traer a las naciones de la tierra en sujeción al Señor, hasta que ellas estén debajo de sus pies. Sin embargo, cuando Dios, a través de su amado Hijo, comienza a traer de vuelta a sí mismo a las naciones de la tierra, entonces surge la oposición. Eso explica por qué empieza a ocurrir toda aquella serie de desastres y catástrofes a medida que los sellos son abiertos y las trompetas se hacen oír. Estos desastres son el resultado de la oposición satánica y de resistencia al cumplimiento del propósito de Dios.

Satanás y el mundo tratarán de impedir que Cristo venga a recibir la tierra por herencia y, por este motivo,

comienzan a ocurrir todos aquellos desastres y catástrofes. Eso explica los 'Ay, ay' que sobrevienen al mundo. No culpen a Dios por esas cosas. En verdad, esto es apenas el comienzo de los dolores de parto. Dios hará que algo nazca a través de todos aquellos desastres. Todas esas catástrofes serán un instrumento en las manos de Dios, a través del cual nacerá algo que está en su corazón. ¡Cuán grande es la sabiduría de Dios!

A medida que el final se aproxima, el anticristo, Satanás, intenta hacer su último esfuerzo a fin de resistir al reino de Dios. Mas el Señor herirá a sus enemigos con la Palabra de su boca (Apoc. 19). Satanás será atado y arrojado al abismo, el cual será cerrado y sellado; el anticristo y el falso profeta serán lanzados al lago de fuego, y aquellos que resistieron al Señor serán muertos.

Después de aquello, entonces, habrá un juicio de las naciones, las naciones serán reunidas ante la presencia del Hijo del Hombre, y serán separados unos de otros, como el pastor separa a los cabritos de las ovejas (Mateo 25), y vendrá el reino milenial.

El Milenio

El Milenio es aquello con lo cual siempre soñaron y desearon los filósofos y los idealistas, la utopía. Un día, la utopía se hará realidad. Cuando Cristo reine aquí en la tierra, él reinará con justicia y regirá a las naciones con vara de hierro (Isaías 11:5-10).

En Miqueas 4:3, está escrito que las naciones poderosas convertirán sus espadas en rejas de arados, y sus lanzas en hoces: una nación no levantará su espada contra otra nación, ni se ensayarán más para la guerra. Habrá paz sobre la tierra, porque ,finalmente, llegará el Príncipe de Paz. Esta es la descripción del Milenio.

El juicio final

Después del Milenio, habrá la última rebelión, y luego el último juicio (Apoc. 20). Todos los muertos resucitarán, y serán juzgados de acuerdo con las obras que realizaron en la tierra. Todo aquel cuyo nombre no esté escrito en el Libro de la Vida será juzgado en aquel día y lanzado al lago de fuego. El viejo cielo y la vieja tierra serán quemados. Habrá nuevos cielos y nueva tierra. La nueva Jerusalén descenderá sobre la tierra, y las naciones andarán a la luz de la ciudad santa y traerán su gloria a Dios.

Hermanos amados, Cristo será el Rey de reyes y Señor de señores. En esto consiste el libro de Apocalipsis: el testimonio de Jesús; Dios dando testimonio de que su Hijo heredará todas las cosas – la iglesia, el pueblo judío y las naciones.

Siendo así, ¿qué responderemos a la luz de todo esto? Nuestra respuesta como la novia de Cristo debe ser: «¡Ven, Señor Jesús!».

> Deberíamos ser pacientes, porque Él es el hacedor de todo, y cuando no somos pacientes, estamos en realidad encontrando faltas en Él y en su obra.
>
> *George V. Wigram*

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica.

El bautismo

Watchman Nee

Comprendiendo la amplitud del bautismo en la Biblia, vamos a centrar nuestra consideración en sólo dos de sus aspectos que, estamos convencidos, cada nuevo creyente debe conocer. Estos dos aspectos son: (1) ¿Qué puede hacer el bautismo por una persona? y (2) ¿Cuál es el verdadero significado del bautismo?

Antes que el creyente sea bautizado, debería mirar hacia delante y preguntar: Ahora que voy a entrar en el agua, ¿qué hará el bautismo por mí? Esto es ver el bautismo por adelantado. Pero, después del bautismo, el creyente debe mirar hacia atrás y hacer una segunda pregunta: ¿Cuál es el significado de esto que he experimentado? Lo primero es previsión, una comprensión antes del bautismo; lo segundo es en retrospectiva, una averiguación después del bautismo.

¿Qué puede hacer el bautismo por una persona?

«El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado» (Mar. 16:16).

Ahora debemos tener claro el significado de la palabra «salvación» en la Biblia. ¿Cuál es el objetivo de la salvación? Esto puede no ser fácilmente comprensible para los nuevos creyentes, porque carecen de un conocimiento preciso de lo que la salvación es. De acuerdo con la Biblia, la salvación tiene relación con el mundo, no con el infierno. Lo contrario de la vida eterna es la perdición (perecer), mientras que lo contrario de la salvación es el mundo. Nosotros vamos a ser salvados del mundo. En la medida en que nosotros pertenecemos al mundo, nos encontramos en el estado de perdición.

Observemos los cuatro hechos cardinales con respecto al mundo, como se nos muestra en la Biblia: (a) el mundo está condenado o juzgado ante Dios, (b) el mundo está bajo el maligno, (c) el mundo crucificó al Señor Jesús, y (d) el mundo es enemigo de Dios. Por favor, tenga en cuenta que el mundo no sólo peca, sino que también ha crucificado al Señor Jesús. Por lo tanto, es enemigo de Dios. Estos son los cuatro hechos cardinales del mundo como Dios lo ve. Todos los que están en el mundo, independientemente de su conducta personal, ya han sido juzgados, y por lo tanto están en perdición.

Lo que está mal con la gente en este mundo es mucho más que los hechos de una conducta personal injusta. Su verdadera posición está mal delante de Dios. ¿Cómo puede una persona abandonar el mundo si ella está todavía muy consciente de su amor por el mundo? Pero un día se le hizo ver la posición errada del mundo delante de Dios. No importa cuán encantador pueda ser el mundo, tiene que ser abandonado. Por lo tanto, la salvación trata con la liberación de una posición y una relación inapropiada con el mundo.

Entonces, ¿cuál es el significado de la salvación? Ser salvo es ser liberado de esa fraternidad, de esa posición y esa relación en el mundo y con el mundo. En otras palabras, yo salgo fuera del mundo. Las personas están generalmente más preocupadas con su justificación personal, pero necesitan que se les recuerde el lugar desde donde han sido salvadas. La salvación es ser salvado hacia afuera del mundo, no sólo del infierno, porque el mundo está bajo el juicio de Dios.

EL BAUTISMO SIGUE AL CREER

No hay la menor duda que quienquiera que cree en el Señor Jesús tiene la vida eterna. Hemos predicado esta buena nueva durante muchos años. Tan pronto como alguien cree

El bautismo es un testimonio. Quien se bautiza notifica al mundo que, tras unirse con Cristo, ya

en el Señor Jesús, sea quien sea, recibe la vida eterna, con la cual es favorecido para siempre por Dios. Pero recordemos: creer sin ser bautizado todavía no es salvación. De hecho, usted ha creído; de hecho, tiene vida eterna; pero, a los ojos del mundo, usted no es todavía considerado como una persona salva. En la medida en que usted no es bautizado, no será reconocido como salvo. ¿Por qué? Porque nadie conoce su diferencia con el resto del mundo. Usted debe levantarse y ser bautizado, declarando el término de su relación con el mundo; entonces y sólo entonces, usted será salvo.

¿Qué es el bautismo? Es su emancipación del mundo. Le liberta de la fraternidad a la cual usted perteneció una vez. El mundo sabía que usted era uno con él, pero en el momento en que usted es bautizado, de inmediato advierte el hecho de que usted ha terminado con él. La amistad que había mantenido tantos años ha llegado a su fin. Usted fue puesto en la tumba, terminó su curso en el mundo. Antes del bautismo, sabía que tenía vida eterna; después del bautismo, usted sabe que ha sido salvado. Todo el mundo reconoce que usted es del Señor, porque le pertenece a él.

«El que creyere y fuere bautizado será salvo». ¿Por qué? Porque, habiendo creído y habiendo sido bautizado, es ahora un hecho concreto donde usted se encuentra. Donde no hay fe, no habría aquel hecho interior que sólo hace reales las cosas. Pero con esa realidad interior, bautismo lo pone a usted fuera del mundo y termina la antigua relación con el mundo. El bautismo, por lo tanto, es separación.

SIN BAUTISMO, NO HAY TESTIMONIO

«Mas el que no creyere, será condenado». La incredulidad, por sí sola, es suficiente para la condenación. En la medida en que uno pertenece a la fraternidad del mundo, su incredulidad sella su condenación. Por contraste, quien cree debe ser bautizado; porque, mientras él no es bautizado, no ha salido del mundo en el testimonio exterior.

¿Cuál es el significado real del bautismo?

Ahora que el cristiano es bautizado, necesita mirar hacia atrás y valorar el significado real del bautismo. *«¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?»* (Rom. 6.3). *«…sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos»* (Col. 2:12). Esta es una mirada hacia atrás, no hacia adelante.

Romanos 6 enfatiza la muerte y la sepultura, aunque además hace referencia a la resurrección. Colosenses 2, sin embargo, subraya la sepultura y la resurrección. Por lo tanto, es un paso más allá, porque su punto focal es la resurrección. El agua sirve como una tumba. Lo que es sepultado debe estar muerto, pero lo que emerge debe estar vivo en resurrección. Romanos describe la primera parte de la verdad y Colosenses la última parte de la misma verdad.

Por lo tanto, amado, cuando usted va al agua del bautismo, o cuando usted mira hacia atrás su bautismo tras el lapso de muchos años, debe recordar que usted ya está muerto. Usted pide a las personas que lo sepulten, porque usted cree que está muerto. Sin duda, usted se opondría vigorosamente si alguien quisiera enterrarle antes de su muerte. Incluso si fuese demasiado débil para expresar su objeción, de seguro se resistiría a ser sepultado antes de exhalar su último aliento. Por lo tanto, la muerte es el requisito previo de la sepultura.

Los nuevos creyentes deberían ser instruidos que, en el momento de la crucifixión del Señor Jesús, ellos también fueron crucificados. Es sobre esta base que ellos solicitan ser sepultados en el agua. Pero, así como el Señor Jesús fue levantado de entre los muertos, ellos también serán levantados por obra del mismo poder de resurrección dentro de ellos. Al salir del agua, ellos se convierten en resucitados; ya no son más lo que antes fueron.

Esto es algo que a menudo ellos deberían volver a mirar. Habiendo creído que estaban muertos, pidieron ser sepultados. Por lo tanto, ahora, habiendo emergido del agua, deberán andar en novedad de la vida. Ahora ellos están en el lado de la resurrección.

Traducido de «SPIRITUAL EXERCISE»
A Simplified Version of the Basic Lessons on
Practical Christian Living
By Watchman Nee, Chapter I.

Se puede escribir la historia espiritual de cada cristiano en dos frases: "Tú en mí" y "Yo en Ti".

En los planes de Dios, Cristo y el cristiano se vuelven uno, de tal manera que Cristo es ambos –en lo celestial y sobre la tierra– y el cristiano es ambos – en la tierra y en lo celestial. Cristo en lo celestial es la parte invisible del cristiano. El creyente en la tierra es la parte visible de Cristo. Este es un pensamiento asombroso. Su evidente importancia es que tú y yo debemos traer a Cristo desde los cielos a la tierra para que los hombres vean quien es Él y qué es lo que Él puede hacer en una vida humana. Esto significa tener la vida de Cristo, viviéndola en nosotros tan plenamente que, al verlo a Él en nosotros, las personas sean atraídas a Él en fe y amor.

Ruth Paxson

Lo que comienza de forma muy rudimentaria con el

El amor después del amor

Marcelo Díaz

La unión matrimonial

La unión matrimonial posee características inigualables. Una de ellas es el amor. La importancia de éste en el matrimonio es vital. De allí la necesidad de preocuparse porque el amor crezca y madure.

El amor logra que dos personas tan distintas se unan en uno por toda la vida. El amor que crece en los esposos puede formar una alianza tan profunda en el matrimonio que es capaz de soportar absolutamente los embates de la vida en el mundo.

En el matrimonio, espíritu, alma y cuerpo se unen para consolidar una nueva 'carne', es decir una nueva realidad. Esta unión se diferencia de otras uniones en que tiene la exclusiva unión del cuerpo físico, puesto que en la práctica podemos unirnos en un solo espíritu y también en una sola alma con los hermanos, pero no así en el cuerpo. Sólo podemos unirnos en un solo cuerpo con nuestro cónyuge.

La unión matrimonial es la única que tiene profundidad en estas tres grandes dimensiones: la unión del espíritu, el alma y el cuerpo. La unión del espíritu es la unión de propósito; allí confluye la esencia del por qué y para qué del matrimonio. La unión del alma es la unión en proceso, donde se articula el cómo. Y la unión del cuerpo es la unión que certifica y legaliza lo anterior en un pacto exclusivo, trascendente, de fidelidad y amor.

En el libro de Génesis, una de las primeras palabras en relación al matrimonio dice: *«Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne»* (Gén. 2:24). Fijando la atención en los verbos, este versículo puede ser dividido en tres partes.

Unión espiritual

«…dejará el hombre a su padre y a su madre…». Esta es una dimensión espiritual. El hombre y la mujer deben abandonar su familia de origen, para establecer el propósito divino en una nueva realidad. El sentido de una nueva familia sólo alcanzará su verdadera dimensión espiritual al dejar la paternidad individual, para establecerse bajo la cobertura de Dios Padre, quien por su Espíritu toma dominio real en la familia que comienza. En las Escrituras, sólo a Dios se le llama *«Padre de los espíritus»* (Heb.12:9).

El apóstol Pablo, en la carta a los Efesios, habiendo explicado el propósito de Dios y su misterio, concluye con una oración importantísima y reveladora tocante a las familias y al Padre celestial: *«Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra…»* (Ef. 3:14-15).

Al iniciar este verso con la expresión *«Por esta causa...»*, Pablo pone especial atención en todo lo dicho anteriormente en los tres primeros capítulos de Efesios, donde se revela el sentido divino de todas las cosas creadas. De modo que los esposos cristianos encontrarán allí la fundamentación del matrimonio, que será profundizada luego en el capítulo 5 a su plenitud en relación a Cristo y la iglesia.

En Abraham encontramos un ejemplo de lo que venimos hablando. A él se le pidió dejar su tierra (patria), padres y parentela, para iniciar un viaje de fe a la Tierra Prometida, la cual es figura de Cristo. *«Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición»* (Gén. 12:1-2).

Así entonces, concluimos que los esposos tienen su finalidad en Cristo. Ellos deben tomar en serio este llamado, procurando no dañar las relaciones familiares que por momentos son tan importantes y útiles, y dejar la vida hogareña con sus padres; y es-

tablecer límites claros para unirse en un espíritu como esposos, buscando la intención más práctica del Padre en la nueva realidad familiar, la cual en estrecha unión al Cuerpo de Cristo irá creciendo para la gloria de Dios.

Unión del alma

«…y se unirá a su mujer…». Los esposos se unirán. Esta unión corresponde al alma. El alma es lo que somos o cómo somos, nuestra personalidad, nuestra conciencia de nosotros mismos. De manera que esta es la unión más consciente y resistente. El alma está en constante crecimiento y trato con Dios; por tanto, está unión será un proceso. Corresponde a lo más visible, lo que llamamos 'el ajuste' del matrimonio.

El trabajo de unir los pensamientos, las emociones y la voluntad es un proceso complejo que requiere de una firme decisión delante de Dios y un sólido amor capaz de soportar las pruebas. Una vez que deciden dejar sus orígenes, los esposos se establecen como una nueva realidad espiritual, para luego implementar una base sólida de acuerdos. *«¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?»* (Amós 3:3). Profundizar en el conocimiento mutuo, interactuar con sus emociones, aceptarse mutuamente, planificar, decidir juntos, irá progresivamente uniéndoles en una misma alma. Esta es la tarea más difícil de todas.

El alma debe ser pastoreada, conducida, salvada día a día. Por ello, Dios entrega a los esposos, en sus inicios, un sentimiento tan poderoso, difícil de soportar; lo que comúnmente llamamos 'enamoramiento'. Lejos de ser una distorsión del amor, el enamoramiento es más bien una hipersensibilidad de ello, que, bien conducido, traerá a los esposos, en sus primeros años de existencia matrimonial, la capacidad de tolerar los difíciles momentos del ajuste.

Este sentimiento tiene como fin impulsar a los esposos a la unión del alma. Allí donde confluyen dos personalidades tan diferentes, se activa el enamoramiento para equipar el ánimo y encontrar el 'cómo' ellos llegarán juntos a ser uno en todo.

Unión corporal

«…serán una sola carne». Por último, tenemos la unión de los cuerpos, que confirma y legaliza el vínculo. La exclusividad, la santidad de los esposos, el compromiso de fidelidad mutua, sella la unión. El deseo sexual es otra gran ayuda que Dios proporciona a la unión matrimonial. Ahora desde lo sensorial, la necesidad de verse, tocarse, estimularse y unirse genitalmente, da fuerza al vínculo.

El enamoramiento no es la meta, el sustento ni el fin del matrimonio, sino más bien el primer impulso de algo superior.

Esta vez, el amor tiene una dimensión sensual erótica, no por ello exenta del principio de la negación, de la cruz, como enseña Pablo a los matri-

monios en la iglesia de Corinto: *«El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido. La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro…»* (1ª Cor. 7:3-5).

La sexualidad tiene la fuerza para fortalecer profundamente el vínculo matrimonial. Sin embargo, mal conducida, ésta puede separarlo con la misma intensidad. Por ello, el amor erótico debe ser gobernado por el principio del amor pleno. El amor no busca lo suyo (1ª Cor. 13:5). La intención de otorgar placer, de disfrutar junto al otro y la negación mutua, dará a los esposos, en la unión de sus cuerpos, plenitud y gozo. Una sexualidad con respeto y límites les garantizará dignidad, ratificando la fuerza de la unión.

El amor en la vida matrimonial es fundamental. Lo que comienza de forma muy rudimentaria con el enamoramiento, debe crecer hacia la madurez. Notemos que el enamoramiento no es la meta, el sustento, ni el fin del matrimonio, como suele entenderse, sino más bien el primer impulso de algo superior. Estudios psicológicos concluyen que el enamoramiento en la pareja dura alrededor de tres a cuatro años, tiempo suficiente para que los esposos logren establecer ciertas bases de relacionamiento que será vehículo para su futura relación.

Después del enamoramiento, viene la etapa que denominamos 'amor después del amor'. Allí, el amor debe comenzar a dar sus primeros pasos sin la calidez y motivación del enamoramiento. Crece desde el egoísmo auto-referencial a la completa rendición por lo que se ama. En la Biblia tenemos ejemplo de ello. En el Cantar de los cantares, los esposos experimentan el progreso del amor. Como producto de ello, la relación madura; las adversidades, las pruebas, las ausencias, no son más que abono para el crecimiento.

Del Cantar de los Cantares

Dice ella: *«Mi amado es mío, y yo suya»* (Cant. 2:16). Aquí encontramos un amor centrado en el *yo*. Todo lo que ella declara por él se centra en ella. Ella lo quiere para sí y solo para sí. En primera instancia, parece loable, pero es un amor 'enamoradizo', posesivo y egoísta. No piensa en el otro, no hay espacio para ello; sólo sabe lo que ella siente por él. Sólo es consciente de lo suyo, y aunque está dispuesta a rendirse por él en todo, su base de amor y rendición sigue siendo ella misma.

Este tipo de amor puede sufrir una devastadora desilusión, pues idealiza tanto al otro, que niega lo que ella no quiere ver. Sólo piensa en las gratificaciones que el amado le puede entregar; se centra en el recibir. Pero esta clase de amor tiene su final. La etapa natural de un desarrollo saludable le hace crecer. Ella se cansa de esta clase de amor posesivo, e inicia el camino de salir de sí, para ir en busca del otro.

«Yo soy de mi amado, y mi amado es mío» (Cant.6:3). Aquí se observa con mayor conciencia que ella aprendió el camino de la mutualidad. El amor creció y ahora es más consciente de él. La oración se invierte; ahora ella comienza a disfrutar su esencia de ser, en él. El amor da un paso más,

da y recibe. Sin embargo aún tiene el sesgo de su centralidad. Las pruebas harán que ella crezca a un amor aún más maduro diciendo: *«Yo soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento»* (Cant. 7:10). Otras versiones dicen: *«Yo soy de mi amado y su cariño es para mí... Yo pertenezco a mi amado, ¡y él me desea!... Yo soy de mi amado, y hacia mí tiende su deseo vehemente… Yo soy de mi amado: los impulsos de su amor lo atraen a mí»*.

Notemos que ella terminó con el conflicto de la inseguridad, que la llevaba a querer poseerlo. Ahora no demanda que él sea de ella; ahora sabe lo que él siente por ella, y esto le da confianza y descanso. El amor ha madurado más allá de la mutualidad. Ha salido de sí misma y se ha centrado en él, ha hallado la paz. Ahora tiene absoluta seguridad en él; ya no pide pruebas, no necesita recordarle que él es de ella; ahora vive y disfruta el deseo de su amado. Él la ha amado tan intensamente que ella se ve en él. En conclusión, al olvidarse de sí, ella se encuentra a sí misma en el amado. Así se completa el círculo perfecto del amor matrimonial maduro.

Arrepentimiento para vida

Por último, mencionemos que el amor también puede morir. Cuando uno de los esposos, o ambos, han dejado de alimentar el amor, la unión está en serio peligro. Ejemplo tenemos en el libro de Apocalipsis, que contiene una de las palabras más tristes de la Biblia, la del amado que, viendo el peligro, hace un esfuerzo enérgico por recuperar lo perdido. *«Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente, y no has desmayado. Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor...»* (Apoc. 2:2-4).

Aquí tenemos la prueba más fidedigna de una mujer que ha olvidado hacer madurar el amor por su amado. Las preocupaciones de la vida y su esmero en el servicio han hecho que él no sea el todo para ella. Lentamente, su corazón se fue deslizando; su trabajo, o los quehaceres legítimos de la casa, la han cegado. Sin darse cuenta, su amor se ha marchitado. Como consecuencia, la unión se ha debilitado y corre peligro de muerte.

Sin embargo, no todo está perdido si se es consciente. Por esta razón, el amado enfrenta el problema y sin imponerse, la llama al cambio, diciendo: *«Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras...»* (Apoc. 2:5). El arrepentimiento trae de vuelta el corazón a quien obedece, le garantiza volver al punto donde se perdió, para luego, en la vida del Espíritu, hacer lo que es más importante.

El soplo renovador del Espíritu siempre traerá vida al matrimonio, pues el amor es como brasas, que aun a punto de extinguirse, pueden volver a encenderse. Así lo atestiguan los enamorados del Cantar de los cantares: *«Porque fuerte es como la muerte el amor… Sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama. Las muchas aguas no podrán apagar el amor…»* (Cant. 8:6).

* * *

Fósiles jóvenes de dinosaurios llaman a reescribir la historia de la vida en la Tierra.

Un desafío a la ciencia

Ricardo Bravo

Ha sido una constante en las últimas décadas, en que descubrimientos científicos que se perfilan en contra de determinados supuestos de teorías fundamentales de la ciencia, y que de paso muchos de ellos sin proponérselo avalan más bien las tesis bíblicas sobre determinados procesos, encuentren una férrea resistencia en fracciones impor-

tantes de la comunidad científica. Posteriormente cuando ya la evidencia no es factible de ser eliminada, estos se ignoran rotundamente, o se terminan aceptando algunas de estas «anomalías» de la teoría, pero adecuándola al paradigma existente, evitando con ello la revolución científica que debiera cambiar o eliminar la teoría (Kuhn, 1962).

Este fenómeno ocurrió con la Teoría de Gaia con la cual James Lovelock postulaba a nuestro planeta como un superorganismo, muy especial y único en el universo, lo que le valió que lo tildasen de místico chiflado, pero con el paso de los años fue aceptado por la comunidad científica, aunque hubo de ser cambiado el nombre de su teoría. Posteriormente ocurrió también con el cúmulo de evidencias que daban cuenta de un surgimiento súbito y explosivo de todas las líneas de los animales en una sólo época de la historia de la Tierra, el denominado Big Bang biológico, que complicaba sobremanera al gradualismo darwiniano. Está ocurriendo parcialmente en la actualidad con la última teoría evolutiva conocida como EVO-DEVO, la que está siendo aceptada sólo en parte de la comunidad científica porque deja sin piso al evolucionismo clásico al señalar que la adaptación, teniendo como base a las mutaciones y la selección natural, no puede explicar la macroevolución o surgimiento de las distintas líneas de animales. Y está por verse qué ocurrirá con los descubrimientos de un gran número de fósiles «jóvenes» de dinosaurios que complicarían enormemente a la teoría evolutiva clásica en su escala temporal, establecida en cientos de millones de años.

Desde el punto de vista de la evolución gradualista darwiniana, estos fósiles debieron formarse lentamente con el paso de muchos millones de años, mostrando en este proceso aumento de complejidad y transición morfológica gradual. Desde la perspectiva bíblica, los fósiles sólo tendrían algunos miles de años; y estos habrían aparecido en la Tierra de forma súbita, en un solo periodo, cuando fueron creados.

La cantidad de datos científicos que han sido recabados sobre el problema del origen de los animales, obtenidos a partir del registro fósil, ha sido enorme en los últimos años: Bengtson, 1992; Briggs *et al*., 1995; Hou *et al*., 2004; Caron *et al*., 2006; Conway Morris & Caron, 2007; Shu, 2008, por nombrar sólo algunos. Todos ellos están apuntando firmemente a que el surgimiento de todas las principales líneas (filos) de los animales ocurrió en un solo periodo de la historia de la Tierra denominado como Cámbrico o muy cercano a su inicio, considerando cierta fauna denominada «ediacarana» (Narbonne, 2005). Este importante antecedente, ya consensuado por la mayoría de los científicos, se ajusta a la propuesta del génesis bíblico en que hubo un periodo de creación de todos los grupos de animales, con aparición súbita en la Tierra y sin ancestros de los cuales descendieran. Lo que no concuerda hasta ahora entre la propuesta científica y la bíblica, es la enorme diferencia de tiempo entre ambas, la cual se traduce en varios órdenes de magnitud numérica. Sin embargo, están surgiendo contundentes evidencias que pueden disminuir fuertemen-

te la brecha temporal, minando más aún la propuesta evolutiva.

En los últimos años la ciencia de la paleontología ha producido un descubrimiento de tal magnitud, que cualquier adjetivo que se use para destacarlo queda corto. En repetidas ocasiones y en distintos estudios, se ha encontrado tejido esponjoso blando al interior de huesos de dinosaurios, dejando atónitos a sus descubridores, puesto que si los dinosaurios se extinguieron hace unos 65 millones de años, sus huesos debieran estar absoluta y totalmente petrificados, sin ningún vestigio de tejido blando. Algunos de los sorprendidos científicos descubridores de estos hechos han comentado lo siguiente: «…*estos* (tejidos) *se ven tan frescos que pareciera que sus cuerpos han yacido muertos sólo unos pocos miles de años*».

El conflicto por tanto es colosal. Conocidas las tasas de descomposición de tejido orgánico que es de pocos miles de años como máximo (Sykes, 1991), ¿cómo se ha mantenido este tejido orgánico blando (vasos sanguíneos, proteínas y glóbulos rojos) por 65 millones de años o más sin experimentar degradación por acción química y microbiológica?

Cuando un animal muere, todos los tejidos blandos como musculatura, piel, vasos sanguíneos y otros órganos blandos, son descompuestos por microorganismos y terminan desapareciendo con el paso de los años, en tanto que sus restos se mineralizan. Los tejidos duros como los huesos permanecen y se convierten en fósiles debido al proceso de mineralización y la materia orgánica blanda dentro de los huesos (material celular) también se descompone y sus restos son mineralizados.

Lo que indirectamente estos estudios cuestionan es el supuesto de existencia y desaparición de los dinosaurios en la Tierra, establecido en varias decenas de millones de años sino, llevándolo sólo a algunos miles de años. Esto significa un cambio de escala temporal de varios órdenes de magnitud.

Si sólo hubiese habido un hallazgo de huesos de dinosaurios conteniendo tejido blando en su interior, tal vez tendría sentido el alto rechazo que están soportando estas investigaciones, no obstante se cuentan muchos estudios similares desde 1987, lo cual hace imposible su rechazo, argumentando errores en los métodos de análisis u otras rebuscadas hipótesis como aquella que apunta a «ciertas condiciones ambientales especiales» que habrían preservado el material celular por tantos millones de años sin descomponerse.

La investigadora Mary Schweitzer, a la cabeza de un equipo de connotados científicos se cuenta entre quienes más han investigado sobre la temática de tejidos blandos en el interior de huesos de dinosaurios (Schweitzer *et al*. 1997, 2005, 2007, 2009) No sólo en un tipo determinado de dinosaurios como son los tiranosaurios, sino también ha encontrado tejidos blandos en hadrosaurios. Estos resultados han sido además corroborados por grupos de investigadores independientes (Bern *et al*. 2009), los cuales quisieron por si mismos determinar la veracidad de tales hallazgos, a pesar que los artículos publicados por Schweitzer se habían

publicado en prestigiosas revistas científicas, lo cual avalaba que los datos recabados correspondían a datos científicos duros. Los resultados por tanto están siendo demasiado contundentes y todo indica que algo ha andado mal en las interpretaciones que asignan millones de años de antigüedad a la existencia de fósiles de dinosaurios. Las conclusiones a las que llegan Schweitzer y su equipo son tajantes; «*La explicación más parsimoniosa a los datos es que las moléculas originales persisten como tales en algunos fósiles de dinosaurios cretácicos. Sin embargo químicamente no es posible explicar su preservación».* (Schweitzer, *et al*. 2009) Se entiende por tanto de esta conclusión final que dado que se ha encontrado moléculas y tejido orgánico blando, la escala de millones de años no está bien aplicada para los dinosaurios. Conviene recordar que el periodo cretácico habría concluido hace unos 65 millones de años.

Diversos estudios han mostrado que el material celular blando, como por ejemplo las moléculas de ADN dentro del núcleo, debiera descomponerse totalmente en un lapso no superior a 10.000 años, si los organismos se preservaron en clima temperado (Smith, *et al*., 2001; Sykes, 1991; Willerslev and Cooper, 2005). Pasada esta fecha aproximada, este material biológico blando sufre deterioro irreversible. Se ha propuesto que la máxima duración que pudiera presentar un tejido biológico blando, antes de descomponerse y mineralizarse es de 30.000 años, siempre que se den las condiciones óptimas de preservación (Bada *et al*. 1999). Este supuesto teórico apunta a un tejido estructural denominado colágeno, el cual tiene una alta resistencia debido a que se compone de proteínas estructurales. El colágeno es una proteína fibrilar extracelular que está presente en animales cuyos tejidos están sometidos a estiramiento forzado o que soportan peso, ejemplo de ello son la piel, los huesos y los cartílagos. Sin embargo, aunque se cumpliese el supuesto de 30.000 años como plazo máximo de descomposición para el colágeno, es absolutamente obvio que no guarda relación alguna con los 65.000.000 de años que han sido establecidos como fecha de desaparición de los dinosaurios.

Es indudable que otras variables a considerar en la tasa de descomposición de material biológico blando son ciertas condiciones ambientales tales como la temperatura y la humedad. Razonablemente la variación debida a estos factores puede enmarcarse en un rango de cientos o miles de años. Pero afirmar que estas variables pueden explicar rangos de

En los últimos años la ciencia de la paleontología ha producido un descubrimiento de tal magnitud, que cualquier adjetivo que se use para destacarlo queda corto.

variación de varios órdenes de magnitud para llegar a 65 millones de años, es más bien propio de ciencia ficción.

Algunos científicos han tratado de zanjar la discusión señalando que los vasos sanguíneos descubiertos en huesos de dinosaurios serían sustancias bacterianas muy posteriores, que simularían un vaso sanguíneo. Esta rebuscada hipótesis ha sido rápidamente rechazada por cuanto el tejido blando encontrado en dinosaurios presenta también fibras de colágeno, material biológico que las bacterias no producen (Schweitzer *et al.* 2009). Otros en tanto están planteando como hipótesis que la ciencia de la química orgánica y de la bioquímica no tendrían claro como se produce la descomposición del tejido blando. Pero esto último es muy difícil de sostener porque la química orgánica y la bioquímica son dos de las ciencias que más han avanzado en las últimas décadas, demostrando empíricamente las hipótesis planteadas y sus metodologías de investigación han sido ya largamente probadas. La Paleontología y la Geología en tanto cuentan con más supuestos que pruebas empíricas para establecer la cronología de aparición y desaparición de animales en el tiempo.

Llama la atención que antes de Schweitzer nadie haya reparado sobre la médula ósea de dinosaurios conteniendo células rojas, vasos sanguíneos y otros tejidos blandos, o tal vez sí, pero la férrea convicción del paradigma darwiniano de los millones de años les impedía aceptarlo probablemente. Esto le ocurrió a la propia Mary Schweitzer en sus investigaciones iniciales con tejido óseo de dinosaurios (Morell, 1993). Al examinar un fino corte histológico de este tejido del famoso *Tyranosaurus rex* al microscopio, ella notó una serie de estructuras pequeñas y redondas al interior de lo que parecía ser un vaso sanguíneo. Sin embargo rápidamente Schweitzer pensó que esto no podía ser, dado que las células sanguíneas y los vasos sanguíneos, en tanto son tejido blando, debieron haber desaparecido hace muchos millones de años. No obstante le comentó al técnico de laboratorio que se le había puesto la «piel de gallina» con lo que acababa de observar al microscopio y agrega «*era exactamente como estar mirando un corte de tejido de hueso moderno. Pero por supuesto, yo no puedo creer esto*». Sin embargo, en sus estudios posteriores, esta investigadora logra romper el paradigma y termina aceptando esta fuerte realidad que socaba los cimientos de la teoría evolutiva gradualista, la que para muchos constituye la piedra angular de la biología.

Pero estos asombrosos hallazgos de tejido blando en fósiles de dinosaurios, calificados de raros o muy ocasionales por parte de la comunidad científica, en realidad no lo son, porque la situación se repite también con muchos otros animales. En estudios similares llevados a cabo en el Reino Unido, se realizaron excavaciones en lo que habría sido parte de un lecho marino, descubriéndose una alta cantidad de organismos fósiles de distintos grupos (crustáceos, cefalópodos, amonites y peces), los cuales presentaban también tejidos blandos (Wilby *et al.*, 2008). Esta

gran cantidad de animales habría muerto de forma rápida por algún fenómeno durante el periodo denominado Jurásico. En parte de esta zona que hoy corresponde a Wiltshire, fue encontrado un calamar fósil al cual se le asignó una edad de 150 millones de años (Wilby, Op cit.). Este calamar fue encontrado cuando una roca se partió, revelando entre otras estructuras, el saco negro de tinta que tienen estos organismos, de una pulgada de largo. La tinta del calamar, compuesta por materia orgánica, habría permanecido intacta todos estos «150 millones de años». Uno de sus descubridores, el Dr Wilby señaló «*es difícil imaginar cómo se pudo haber mantenido el saco de tinta dentro de una roca por 150 millones de años»* agregando que «(estos fósiles) *pueden ser disecados (*abiertos y cortados*), como si fueran animales vivos, pudiéndose ver las células y fibras musculares*». Posteriormente, los paleontólogos dibujaron un borrador de la figura que habría tenido el calamar, y escribieron su nombre científico en latín, utilizando el propio pigmento extraído de la bolsa de tinta del animal fosilizado. Antes de usarse la tinta, se le retornó al estado líquido con una solución de amonio.

Lo curioso de este fenómeno de fósiles frescos, es que determinados científicos le han denominado el «efecto medusa», queriendo decir con ello que se trata de una fosilización casi instantánea, en que el animal muere en forma muy rápida y queda también rápidamente inserto en la roca sedimentaria. El nombre del fenómeno es atractivo y recuerda precisamente la fosilización de las medusas. El problema es que se trata de un círculo vicioso dado que tampoco es posible explicar cómo fosilizan las medusas, cuyo cuerpo está constituido esencialmente de agua. Precisamente uno de sus nombres comunes es «aguas vivas». Estos invertebrados tienen solo unos pocos tipos celulares y una gran matriz acuosa denominada mesoglea. No obstante existen importantes registros fósiles datados del periodo Cámbrico, que han sido muy bien preservados como compresiones orgánicas en sedimentos marinos de grano muy fino, que es posible compararlos claramente a algunas especies actuales (Cartwright, 2007). La pregunta que cabe hacerse aquí, es ¿cómo llegaron a ser fósiles estas medusas si se supone que ese proceso es de muy largo tiempo y estos animales son sólo agua con unas pocas células blandas, las que entran en descomposición en un breve tiempo? La respuesta obvia es que la conversión en fósiles de estas medusas debió haber sido muy rápida. Nuevamente esta es una fuerte evidencia en contra del modelo de millones de años.

En otros estudios un grupo de científicos extrajeron tejido muscular blando de un fósil de salamandra, datado con una edad de 18 millones de años. El descubrimiento fue realizado por un equipo de investigadores del University College de Dublín, el Reino Unido y España, publicado en las Actas de la Royal Society B (McNamara, 2010). Según los geólogos de la Universidad College de Dublín, el tejido muscular blando, extraído del costado de la columna vertebral de la salamandra, está extraordinariamente bien preservado en tres dimensio-

nes, con los vasos sanguíneos llenos de sangre. Vasos sanguíneos y células sanguíneas en excelente estado, factibles de ser estudiadas bajo microscopio, que no han sido descompuestas en los supuestos 18 millones de años que tendría la salamandra.

Las implicancias que trae aparejadas este descubrimiento de fósiles «frescos» con tejido blando de distintos animales son múltiples, especialmente considerando los datos de dinosaurios, que son los más antiguos de esta serie de fósiles jóvenes. Por largo tiempo y de distintas ramas de la ciencia (Geología, Paleontología y Biología) se ha asegurado que estos reptiles gigantes habrían desaparecido hace 65 millones de años. Todas ellas debieran revisar profundamente sus supuestos a la luz de estos categóricos antecedentes. La datación o determinación cronológica de fósiles queda en muy mal pie con estos hallazgos y cobran fuerza los trabajos de escasos científicos que se han atrevido a cuestionar en parte estos métodos (Turney *et al*., 2006; Whitfield, 2007). Por otra parte las bases del gradualismo evolutivo quedan también fuertemente cuestionadas, dado que ésta depende en último término de la asignación de millones de años para sustentar la evolución biológica.

La extraordinaria preservación de tejidos orgánicos blandos de una gran cantidad y variedad de animales encontrados en rocas sedimentarias de distintas partes del mundo, están hablando fuertemente, que sólo son miles de años y no millones de años que habrían pasado desde que estos animales murieron, produciéndose además una fosilización de forma muy repentina, tanto que incluso las medusas pudieron quedar preservadas. Ambos procesos sugieren fuertemente un entierro rápido en sedimento blando, producto de una catastrófica inundación, algo así como aquella que se señala en el relato bíblico del Génesis.

Bibliografía citada.

Bada, J., X. Wang, and H. Hamilton. 1999. Preservation of key biomolecules in the fossil record: current knowledge and future challenges. *Philosophical Transactions of the Royal Society: Biological Sciences*. 354 (1379): 77-87.

Bengtson, S. 1992. The cap-shaped Cambrian fossil Maikhanella and the relationship between coeloscleritophorans and mollusks. Lethaia 25, 401–420. (doi:10.1111/j.1502-3931. 1992. tb01644.x)

Bern, M., B. Phinney and D. Goldberg. 2009. Reanalysis of *Tyrannosaurus rex* Mass Spectra. *Journal of Proteome Research*. Published online July 15, 2009.

Briggs, D. & Fortey, R. 2005. Wonderful strife: systematics, stem groups, and the phylogenetic signal of the Cambrian radiation. Paleobiology 31, 94–112. (doi:10. 1666/0094-8373(2005)031[0094:WSSSGA]2.0.CO;2)

Caron, J., Scheltema, A., Schander, C. & Rudkin, D. 2006. A soft-bodied mollusc with radula from the Middle Cambrian Burgess Shale. Nature 442, 159–163. (doi:10. 1038/nature04894)

Cartwright P., Halgedahl S., Hendricks J., Jarrard R., Marques A., Collins A., Lieberman B. 2007. Exceptionally Preserved Jellyfishes from the Middle Cambrian. October, Issue 10, e1121. PLoS ONE.

Conway Morris, S. & Caron, J. B. 2007. Halwaxiids and the early evolution of the lophotrochozoans. Science, 315, 1255–1258. (doi:10.1126/science.1137187)

Hou, X.-G., Aldridge, R., Bergström, J., Siveter, D. & Feng, X.-H. 2004. The Cambrian fossils of Chengjiang, China. Oxford, UK: Blackwell Science Ltd.

Kuhn, T. 1962. La estructura de las revoluciones científicas. Editorial: Fondo de Cultura Económica, México.

Narbonne, G. 2005. The Ediacara biota: Neoproterozoic origin of animals and their

ecosystems. Annu. Rev. Earth Planet. Sci. 33, 421–442. (doi:10.1146/annurev.earth.33.092203.122519)

McNamara M., Orr P., Kearns S., Alcalá L., Anadón P. and Peñalver-Mollá E. 2010. Organic preservation of fossil musculature with ultracellular detail. Proc. R. Soc. B. vol. 277 no. 1680, 423-427.

Manning P. *et al.* 2009. Mineralized soft-tissue structure and chemistry in a mummified hadrosaur from the Hell Creek Formation, North Dakota (USA). *Proceedings of the Royal Society B.* 276, 3429–3437 Published online, July 1, 2009.

Morell, V. 1993. Dino DNA: The hunt and the hype. Science. 261 (5118): 160.

Schweitzer, M. and T. Staedter. 1997. The Real Jurassic Park. *Earth.* 6 (3): 55-57.

Schweitzer, M., J. Wittmeyer, J. Horner, and J. Toporski, 2005. Soft-tissue vessels and cellular preservation in *Tyrannosaurus rex*. Science 307:1952–1955.

Schweitzer, M., J. Wittmeyer & J. Horner. 2007. Soft tissue and cellular preservation in vertebrate skeletal elements from the Cretaceous to the present. Proc. R. Soc. B. 274, 183–197.

Schweitzer M. *et al.* 2009. Biomolecular Characterization and Protein Sequences of the Campanian Hadrosaur *B. Canadensis*. Science 324, 626-631.

Shu, D. 2008. Cambrian explosion: Birth of tree of animals. Gondwana Research 14, 219–240.

Smith, C., *et al.* 2001. Neanderthal DNA: not just old but old and cold? Nature 410:771–772.

Sykes, B. 1991. The past comes alive. Nature, 352 (6334): 381.

Turney, C., Roberts, R., Jacobs Z. 2006. Progress and pitfalls in radiocarbon dating. Nature 443, 14.

Whitfield, J. 2007. Fossils challenge DNA in the dating game. NATURE, Vol 447. 894-895.

Willerslev, E., and A. Cooper. 2005. Ancient DNA. Proc. R. Soc. B 272:3–16.

Wilby, P., Duff, K., Page, K. P. Martin, S. 2008. Preserving the unpreservable: a lost world rediscovered at Christian Malford, UK. Geology Today. Volume 24, Issue 3, pages 95–98. DOI: 10.1111/j.1365-2451.2008.00666.x.

¡Cuán gozosas se rinden las almas que son llamadas por el sonido del evangelio! Las trompetas del Evangelio son para el alma como las arpas de David fueron para Saúl – ellas expulsan el espíritu maligno del dolor, la tristeza y la desesperación.

Las trompetas del Evangelio nos llaman al encuentro con Dios, en el cual le glorificamos con sacrificios de alabanza y de justicia. Ellas traen el gozoso sonido de las promesas del pacto de su gracia con nosotros; ellas nos llaman a reclamar sus promesas grandes y preciosas. ¡Oh, cuán alegre es su sonido!

¡Regocíjate, cristiano! Dios el Padre es tu amigo; el Hijo de Dios es tu garantía para bien; Dios el Espíritu es tu guía y consolador. ¡Ten buen ánimo, tus pecados son perdonados!

Considera también: los ángeles son tus guardianes; tú eres templo de Dios. Dios hará trabajar todas las cosas juntas para tu bien. Estas son las bendiciones espirituales reservadas para el creyente. ¡Dichoso sonido! ¡Cuán vivificante! ¡Cuán cautivador!

Las bendiciones que la palabra de Dios nos lleva son tesoros inigualables. ¡Qué gozoso sonido de la trompeta debe ser el que nos conduce a ellos!

Un pueblo que tiene el Evangelio y conoce el sonido feliz sabe disfrutar del rico favor de Dios. Y los lugares que disfrutan de las Escrituras y tienen la realidad de la iglesia, con la fe del Evangelio, son altamente favorecidos del Señor.

Cotton Mather

Sólo el Dios omnisciente podía haber hecho que aquella mujer llamase a aquella cabina en aquel preciso instante.

Dios conoce nuestro número telefónico

Ken Gaub

Mientras viajaba con mi familia en un tráiler, yo reflexionaba: «Dios, a veces me pregunto si tú sabes dónde estoy». Entonces, una melancólica autocompasión oscureció mi mente. Me agarré firmemente al volante, mirando fijo hacia adelante del vehículo. Mi fe parecía agotada de tanto ministrar para otros. «Señor, hasta un predicador necesita saber que te preocupas por él de vez en cuando».

«¡Papá, vamos a comer pizza!». La voz de Dan, mi hijo menor, me desper-

tó de mi introspección. Mi hija Becky y Bárbara, mi esposa, estuvieron de acuerdo. Era un largo viaje, y ya estaba pasando la hora de comer.

Salimos de la carretera I-75 e ingresamos en la autopista 741, al sur de Dayton, Ohio. Coloridos letreros luminosos daban la bienvenida a una gran opción de restaurantes de comida rápida. Oí suspiros de alivio cuando avistamos una pizzería.

Mientras estacionaba el tráiler, Dan y Becky salieron del vehículo y corrieron a la pizzería. Bárbara descendió y se quedó esperándome. Yo tenía la mirada fija. «Ken, ¿tú no vendrás?», preguntó. «No, no tengo mucha hambre», respondí. «Ve tú con los niños. Necesito estirar las piernas y relajarme un poco».

Regresé al vehículo, me senté con las manos cruzadas detrás de la cabeza, y me recosté para pensar un poco. «Qué lindo día», pensé, mirando por la ventana. «Necesito tomar aire puro». Salí y cerré la puerta. Mirando alrededor, vi un pequeño negocio al final de la vía. «Voy a comprar alguna cosa para beber».

Compré una gaseosa y caminé reposadamente en dirección al tráiler. Un teléfono empezó a sonar insistentemente en algún lugar de la calle, perturbando mi melancolía. El sonido venía de una cabina pública, en un puesto de gasolina cercano. Mientras me aproximada, el aparato seguía tocando.

Me detuve para observar si alguien atendería la llamada. El intenso tráfico debió haber impedido que el empleado del puesto oyera, pues seguía atendiendo a los clientes. «¿Por qué nadie atiende este teléfono?». El ruido continuaba. Imaginé que podría ser una llamada importante. ¿Y si fuese una emergencia?

Continué en dirección al tráiler. Con todo, mi curiosidad venció a mi indiferencia. Entré a la cabina y tomé el aparato. «¡Aló!», dije de manera desinteresada mientras bebía mi refresco. La telefonista refunfuñó: «Larga distancia para Ken Gaub». ¡Abrí los ojos y casi me atoré con un trocito de hielo de la bebida! Sorprendido, dije: «¡Usted está loca!», aun sabiendo que no era la forma adecuada de hablar con una telefonista. Y agregué: «¡No puede ser! Yo estaba andando por la calle sin molestar a nadie, cuando de repente el teléfono empezó a sonar».

La operadora ignoró mi ingenua explicación, y preguntó otra vez: «¿Ken Gaub? Hay una llamada interurbana para él». Hice una pausa en mi discurso, y finalmente respondí: «Sí, soy yo». Buscando una explicación a lo que estaba ocurriendo, concluí: «¡Ya sé! ¡Estoy siendo observado por una cámara oculta!».

Y buscaba la cámara, mientras me ordenaba el cabello. Quería mostrar la mejor apariencia delante de los millares de espectadores. Salí al exterior de la cabina y miré rápidamente en todas direcciones, casi cortando el cable del teléfono, de tanto estirarlo. No vi cámara alguna.

La telefonista, impaciente, me interrumpió de nuevo: «Llamada de larga distancia para Ken Gaub. ¿Él está?». Medio atónito y tremendo, respondí: «¿Cómo es posible? ¿Cómo me encontró? Yo sólo caminaba por la calle, el teléfono público empezó a tocar y decidí responder». Mi voz iba subiendo de tono con la excitación.

«Atendí por casualidad. ¡Usted no está hablando en serio! ¡No es posible!».

«Bueno…», respondió ella. «¿El señor Gaub se encuentra o no?». El tono de voz mostraba que su paciencia estaba en un hilo. «Sí, soy yo», respondí. Ella no se convenció, y continuó: «¿Está seguro?».

Aun confundido, y en son de broma respondí: «Hasta donde yo sé, soy yo». Entonces, entró otra voz en la línea: «¡Es él, telefonista. Estoy segura que es él!».

Perplejo, vi que una voz extraña me identificó y exclamó: «Ken Gaub, me llamo Millie y soy de Harrisburg, Pennsylvania. Usted no me conoce, pero estoy desesperada. ¡Por favor, ayúdeme!».

«¿En qué puedo ayudarla?».

Ella comenzó a llorar. Aguardé un instante, hasta que se recuperó para proseguir: «Estoy a punto de suicidarme, y acabo de escribir una nota. Empecé a llorar y le dije a Dios que no quería matarme. De repente recordé haberlo visto a usted en la televisión, y pensé que, si al menos hablase con usted, tal vez me podría ayudar. Sabía que sería imposible localizarlo, además de no conocer a nadie que pudiese ayudarme. Seguí escribiendo la nota sobre mi suicidio, ya que no hallaba salida a mi situación. Entonces, unos números me vinieron a la mente, y los anoté».

En aquel instante, ella comenzó a llorar de nuevo, mientras yo oraba silenciosamente, pidiendo sabiduría para socorrerla.

Ella continuó: «Miré los números y pensé: ¿No sería maravilloso si, por un milagro de Dios, él me hubiese dado el número telefónico de Ken? Entonces decidí marcar los números y comunicarme. Pensé que valdría la pena intentarlo. ¡Y valió! ¡No puedo creer que esté hablando con usted! ¿Usted está en su oficina en California?».

Respondí: «Señora, no tengo ninguna oficina en California; mi oficina está en Yakina, Washington».

Sorprendida, ella preguntó: «¿En serio? ¿Dónde está usted, entonces?».

«¿Usted no sabe?», fue mi respuesta. «¡Fue usted quien hizo la llamada!».

Ella explicó: «Ni yo misma sé a qué número DDD estoy llamando. ¡Simplemente disqué los números que estaban en el papel!».

«¡Señora, usted no va a creerlo, pero estoy en una cabina telefónica cerca de Dayton, Ohio!», le dije.

«¿Es así?», exclamó. «¿Y qué está haciendo usted allí?».

Buscando una explicación a lo que estaba ocurriendo, concluí: «¡Ya sé! ¡Estoy siendo observado por una cámara oculta!».

Respondí bromeando: «Bueno, estoy atendiendo su llamado. El teléfono sonó cuando yo pasaba cerca, y atendí».

Consciente de que ese encuentro telefónico sólo podía haber sido arreglado por Dios, empecé a aconsejarla. La presencia del Espíritu Santo

inundó la cabina telefónica, dándome palabras de sabiduría, mucho más allá de mi capacidad, en tanto ella me hablaba de su desesperación y sus frustraciones. En pocos minutos, ella oró, reconociendo que era una pecadora, y encontró al Único que podría librarla de aquella situación.

Salí de la cabina con una clara percepción sobre el interés de nuestro Padre celestial por cada uno de sus hijos. Quedé maravillado, al considerar la remota probabilidad de que aquello hubiese acontecido por casualidad, con millones de números telefónicos en infinitas combinaciones posibles. Sólo el Dios omnisciente podía haber hecho que aquella mujer llamase a aquella cabina en aquel preciso instante.

Citado por DeVern Fromke
Traducido de «A Janela Mais Amplia».

De todas las actividades espirituales, la que más honra a Dios es aquella de bendecirle. Hay mucho más implicado en ello que sólo dar gracias. Bendecir al Señor es sin duda alabarle con palabras, pero también es asumir una actitud hacia él.

La palabra traducida como 'bendición' está relacionada de alguna manera con la palabra que significa 'arrodillarse'; por lo cual, la persona que bendice al Señor, está haciendo más que abrir su boca - está doblando sus rodillas ante Dios. Bendecir a Dios le da a Él el honor que se merece, porque los labios están abiertos para alabarle y las rodillas están dobladas para rendirle culto y adorarle.

Cuando Elías subió al Carmelo para darle a Dios alabanza por la gran victoria del fuego, el rey podía ir a festejar, pero el profeta sólo deseaba adorar. No leemos ninguna de las palabras que habló, pero se nos dice que él puso su rostro entre sus rodillas. Eso es más de lo que algunos de nosotros somos capaces de hacer, por una razón u otra, pero él lo hizo.

Aquellos que son todavía jóvenes y ágiles deben probarlo. Deben sentarse sobre sus talones y poner su cabeza entre las rodillas, y luego apreciarán cuán bajo llegó a estar Elías delante de Dios. No era sólo que él quería decir: "Gracias, Señor", sino, en el sentido más profundo, él quería bendecir al Señor. No hay nada que le dé a Dios el honor que se merece más que aquella bendición que debemos entregarle. Se trata de algo más que agradecimiento; también implica el aprecio de Su grandeza, la alabanza a él no sólo por lo que ha hecho, sino por lo que él es.

J. Alec Motzer

Si Él me utiliza, es un gran honor. Si me deja a un lado porque mi ser estaba entusiasmado, es una gran misericordia. Él está diciendo: "Satisfazte conmigo, conténtate con saber que te amo". ¿Estás contento con su amor? El secreto de todo servicio es el debido reconocimiento de la gracia del Maestro.

John Darby

Cartas

Fruto

El Señor siga prosperando vuestro ministerio y el fruto será el testimonio de muchos cristianos como yo, que bebemos de ese manantial de agua de vida que ustedes nos proporcionan. No teman ni desmayen; el Señor nuestro Dios les dará fuerzas y los sustentará con su brazo de justicia.

Raymundo Gómez Zavala.
Nueva Rosita, Coahuila (México)

Diez años

Una vez más damos gracias al cielo por vuestras publicaciones. La revista nos llena de mucha alegría el corazón. Gracias al Señor por la vida de cada uno de los hermanos que usa el Señor para que sea posible su publicación. Se han cumplido diez fructíferos años de gracia en este trabajo y rogamos al Señor que continúe por mucho tiempo.

María Beatriz Duran.
Bogotá (Colombia).

Crecer

Aprecio sinceramente su compartir espiritual, el cual edifica nuestro espíritu y nos ayuda a crecer hacia la Cabeza del cuerpo, nuestro Salvador Jesucristo. A él sea la gloria, honra y alabanza por su mover en ustedes. Oramos para que sigan adelante honrando el ministerio que Dios les ha dado.

Carlos Cruz Porras.
Ciudad Mendoza (México).

Apego a la Palabra

Un saludo afectuoso para cada uno de quienes son parte del ministerio de su prestigiosa revista. El enfoque y la temática son de calidad, y están presentados con un apego a la Palabra, y con artículos y escritores de trayectoria evangélica reconocida. En el nombre de Jesús, les animo a que sigan adelante en la obra de Dios.

Javier Gallegos Labra.
Lebu, VIII Región (Chile).

Sólo Cristo

Actualmente estamos mi esposa y yo empezando una Misión, atendiendo niños, jóvenes y matrimonios. Para nosotros ha sido de una abundante bendición haber encontrado la página de Aguas Vivas. Cristo ha abierto nuestros ojos y le hemos empezado a ver. A partir de esto el Señor nos ha llevado a compartir sólo de Cristo.

Pastor Luis Valle Uribe.
Mexicali, Baja California (México)

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

DISTRIBUCION: Mario Contreras (45) 343429 Temuco / E-mail: mcontreras46@gmail.com.
IMPRESA EN CHILE EN DICIEMBRE DE 2010.